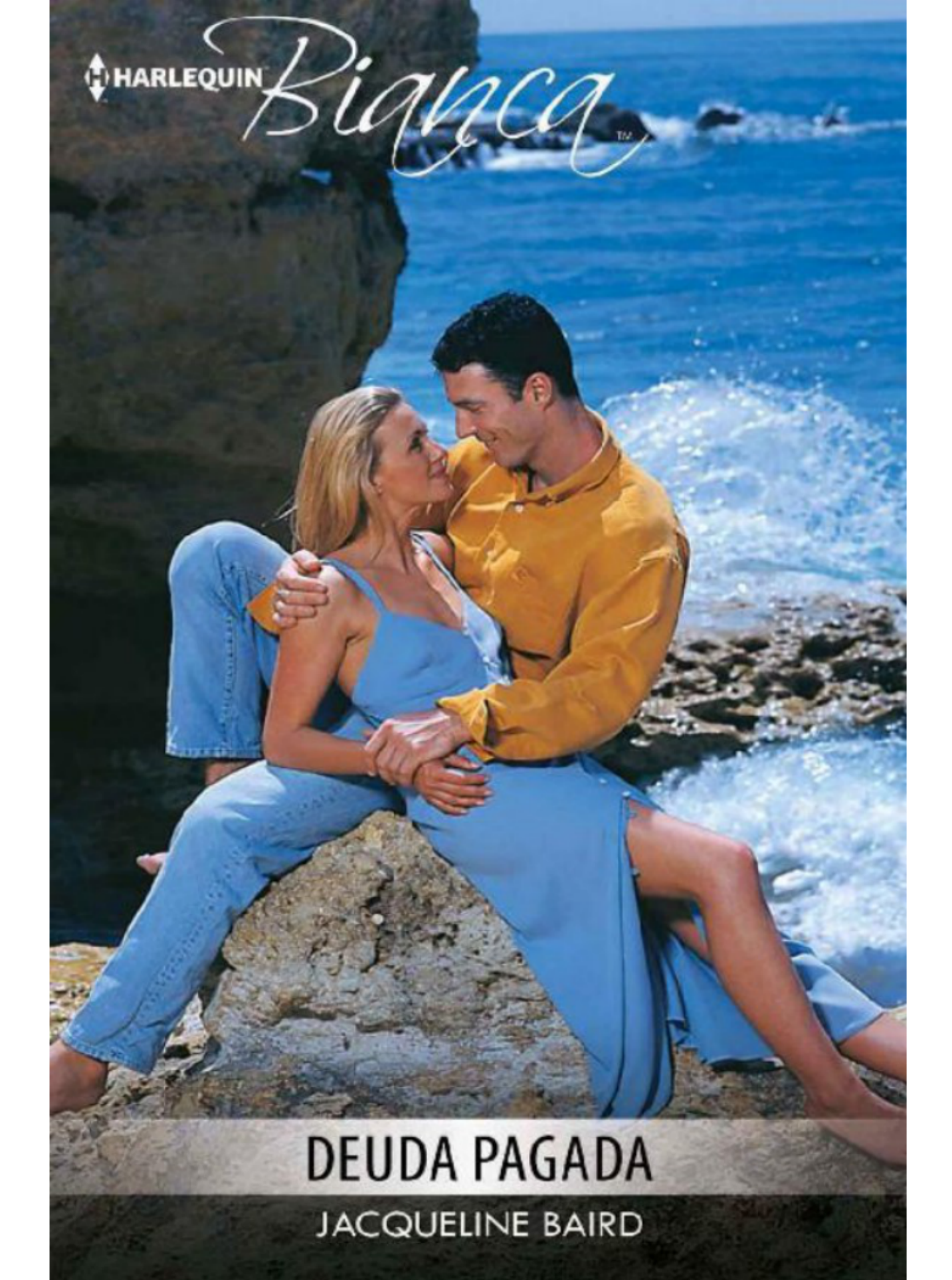

HARLEQUIN
Bianca
DEUDA PAGADA
JACQUELINE BAIRD



DEUDA PAGADA

JACQUELINE BAIRD





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Deuda pagada, n.º 5554 - marzo 2017
Título original: The Greek Tycoon’s Revenge
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9340-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

No voy a poder llegar ni a la primera base, ¿verdad, cariño? Así que es mejor que ni siquiera intente seducirte.

Eloise entreabrió los labios con una fascinante sonrisa. Sus hermosos ojos verdes chispeaban de diversión.

–No, Ted, no vas a conseguir nada –sacudió su melena cobriza y soltó una carcajada ante la exagerada expresión de angustia de su acompañante.

–Lo sabía. Cuando la suerte te abandona, ya no hay nada que hacer –declaró Ted Charlton con su marcado acento americano–. Pero qué demonios, Eloise, eres una magnífica acompañante y podemos continuar hablando. Seguro que nuestra conversación es más fluida que las que mantenía con mi ex esposa.

Ted le había explicado durante la cena que había iniciado el proceso de divorcio de su tercera esposa cuando esta le había abandonado por un joven y Eloise no había podido menos que compadecerlo. Ted, cercano ya a los cincuenta, no era ningún Adonis, pero su ingenio y su personalidad lo convertían en un hombre muy agradable.

–Claro que puedes –bromeó Eloise–. De hecho, creo que conozco ya toda la historia de tu vida.

–Vaya, estoy aburriéndote.

–Por supuesto que no. Además has tenido una vida fascinante. Me gustaría haber podido divertirme la mitad de lo que tú lo has hecho.

–Una joven tan atractiva e inteligente como tú puede hacer todo lo que se proponga. Para mi vapuleado ego es un gran estímulo que me vean saliendo contigo, y si puedo ayudarte de alguna manera, lo haré.

No iba a hacerlo con un contrato blindado que lo obligara a invertir en KHE, la firma de joyería que Eloise compartía con Katy y con su marido, Harry, pero aun así, el trato al que habían llegado era prácticamente inmejorable, pensó Eloise feliz.

–Eres muy amable conmigo –le dirigió una sonrisa resplandeciente a su acompañante.

Era la primera vez que salía a cenar con un posible inversor y

no lo habría hecho si Katy no estuviera en el séptimo mes de embarazo y no se encontrara bien. Harry, que se ocupaba de casi todos los asuntos relacionados con la contabilidad de la empresa, había preferido quedarse en casa con su esposa y había presionado a Eloise para que acudiera a la cita.

–Nada de amabilidad, es solo sentido común. Tú y tus amigos habéis conseguido algo realmente importante. En muy pocos años podremos ver sucursales de KHE en todas las capitales del mundo.

–Ahora sí que estás exagerando –se alegraba de haber ocupado el lugar de Harry; la velada estaba siendo un éxito, tanto profesional como personalmente.

Al principio no quería ir. No se sentía cómoda en aquellas situaciones. De hecho, la elegante blusa que llevaba se la había tenido que prestar Katy. Ella prefería la ropa informal, pantalones anchos y camisetas. Afortunadamente, Ted Charlton había resultado ser un agradable compañero de cena y Eloise estaba disfrutando de verdad.

–Quizá –dijo Ted, levantándose–. Y ahora, ¿por qué no les damos una oportunidad a mis viejos huesos y bailas conmigo? Podemos dejar los detalles del contrato para mañana, para cuando el puntilloso de Harry ande por los alrededores.

Eloise vaciló un instante, pero después se levantó y tomó la mano que Ted le tendía.

–Claro que sí, Ted –contestó, imitando el acento americano y ambos salieron riendo a la pequeña pista de baile.

Marcus Kouvaris se inclinó contra la barra con un vaso de whisky en la mano. La despampanante rubia que estaba a su lado deslizó el brazo alrededor del suyo, permitiendo que sus senos se presionaran contra él. Marcus esbozó una sonrisa sensual. Ambos sabían dónde terminaría la noche: en la cama. Nadine era una imponente modelo con gran experiencia sexual y Marcus necesitaba desahogarse.

Había pasado el año anterior en la villa que poseía en Rykos, una de las maravillosas islas griegas, cuidando de su tía Christine y de su hija Stella, que vivían permanentemente allí. Había intentado proporcionarles a ambas el confort y el apoyo que necesitaban tras la trágica muerte de su marido y padre, Theo Toumbis, en un accidente de coche. Desgraciadamente, el celibato que se había visto obligado a mantener no era en absoluto su estilo.

Había ido a Londres para atender un asunto privado. Pero pretendía acostarse todas las noches con Nadine. Marcus bebió un

sorbo de whisky, miró a su alrededor… y se quedó completamente helado.

Apretó los dientes y entrecerró sus ojos oscuros al reconocer a la pareja que estaba sentada al otro extremo de la pista de baile. Al hombre le dirigió una rápida mirada. Pero la mujer… la mujer era Eloise, ¡la inocente y virginal Eloise que se sonrojaba en cuanto un hombre la miraba!

Advirtió que la joven apoyaba la mano en el brazo de su acompañante y le dirigía una sonrisa radiante.

Marcus curvó los labios en una cínica sonrisa; aquello confirmaba lo que su informante le había dicho. Eloise era digna hija de su madre… Esa madre que había estafado a su tío Theo y le había sacado una gran cantidad de dinero con la ayuda de Eloise. Esa era la razón por la que Marcus estaba en Londres, para intentar recompensar a su tía y a su prima.

El dinero para él no era importante; de hecho, la ayuda que les estaba prestando a su tía y a su prima no estaba haciendo mella alguna en su riqueza. Pero era una cuestión de principios: cualquiera que le hiciera daño a su familia tendría que pagar por ello.

A un nivel más personal, albergaba la duda de que Eloise también lo hubiera engañado con su supuesta virginidad. Él había respetado su inocencia y se había limitado a compartir con ella algunos besos la última vez que se habían visto, justo antes de que la joven desapareciera sin decir una sola palabra.

Marcus estrechó la mirada sobre el objeto de sus pensamientos. Eloise era incluso más hermosa que a los diecinueve años. Dejó que sus ojos vagaran sobre ella en masculina apreciación. Llevaba una blusa ligera, en tonos dorados, que dejaba entrever los suaves montículos de sus senos antes de deslizarse por la cintura de una falda negra. Un cinturón dorado realzaba la elegancia del atuendo, enfatizando la estrechez de su cintura. El conjunto lo completaban unas sandalias de tacón.

Marcus sintió un instantáneo movimiento en la entrepierna que no tenía nada que ver con la mujer que estaba a su lado. Frunció el ceño con enfado. ¡Maldita fuera! Pero Eloise era una mujer espléndida. El epítome de la feminidad. Se movía con una gracia instintiva. Cuando sonreía, sus ojos verdes resplandecían y se iluminaba aquel cutis traslúcido que contrastaba con la furia de su pelo rojo.

¡Cinco años! Todavía recordaba como si hubiera estado con ella el día anterior la sedosa suavidad de su piel, la sensación de

tenerla entre sus brazos. Apartó la mirada de Eloise para mirar a su acompañante. Reconocía a aquel hombre por haberlo visto en los periódicos: se trataba de Ted Charlton, un rico empresario norteamericano que acababa de separarse de su esposa.

Un tormentoso ceño oscureció su expresión. Marcus había intentado concederle a Eloise el beneficio de la duda; en aquella época era joven y probablemente se encontraba bajo la influencia de su madre. El informe que descansaba sobre la mesa de su ático decía que KHE era una pequeña, pero exitosa joyería con un gran potencial. Al leerlo, Marcus no había tenido la menor duda de que KHE era la misma compañía en la que su tío Theo había creído estar invirtiendo cinco años atrás. ¡Eloise Baker! Aun así, Marcus estaba dispuesto a negociar la devolución del dinero de Theo como si de un negocio más se tratara. Pero al ver a Eloise bailando y riendo con un hombre mayor se puso furioso y cambió de opinión.

Marcus Kouvaris no había sentido celos en su vida y, consecuentemente, no reconoció aquel sentimiento. Pero de pronto deseaba haber prestado más atención al detective al que había contratado para encontrar a Eloise. Este le había llamado por teléfono a Grecia dos semanas atrás y le había dicho que había encontrado a Eloise y que esta había resultado ser la hija de Chloe, y no su hermana. El informante le había dado la dirección de Eloise en Londres y el nombre de su empresa. Marcus le había preguntado si Eloise tenía alguna responsabilidad en el fraude y el detective le había asegurado, con una carcajada final, que aquella mujer era pura como la nieve.

Cuando el detective le había preguntado que si quería que le enviara el informe que tenía sobre Eloise, Marcus le había dicho que lo tirara. Él solo necesitaba su dirección. No podía admitir, ni siquiera ante sí mismo, que no le apetecía leer la lista de sus amantes.

Pero en aquel momento, decidió que había llegado el momento de que él mismo comenzara a investigar a la elegante Eloise.

Eloise miró a su alrededor. Aquel soberbio club, situado en el corazón de Londres, era el último grito en la capital. La comida y el servicio eran inmejorables, la iluminación discreta, las mujeres hermosas y los hombres ricos. Suspiró suavemente mientras Ted giraba con ella alrededor de la pista. Ella acababa de superar uno de sus miedos y, a menos que estuviera equivocada, Ted Charlton iba a invertir en su empresa.

–No mires –le dijo Ted suavemente–, pero hay un hombre en la barra que ha estado mirándote como un halcón durante los últimos cinco minutos y ahora me está apuñalando a mí con la mirada.

Por supuesto, Eloise miró. Inmediatamente, sus ojos verdes chocaron con una oscura mirada. Durante un largo rato, fue incapaz de desviar la mirada.

–Oh –exclamó.

Marcus inclinó la cabeza y arqueó una ceja antes de deslizar la mirada por el cuerpo de Eloise. Volvió a fijarla en su rostro con aparente sorpresa. Relajó sus facciones y una sensual sonrisa asomó a sus labios mientras alzaba el vaso de whisky hacia ella.

–¿Lo conoces? –le preguntó Ted, apartándola de aquel extraño y volviendo a la mesa.

–Podría decirse que sí –Eloise tomó su copa de champán y la vació de un trago. Intentó sonreír–. Lo conocí en Grecia hace unos años, durante unas vacaciones, pero no había vuelto a verlo desde entonces.

–¿Un amor de verano?

–Sí, supongo que podría decirse así.

Pero no era eso lo que pensaba entonces. En aquella época, pensaba que Marcus era el amor de su vida. Era el primer hombre del que se había enamorado, el único, admitió. Se habían visto tres veces; después Marcus había tenido que marcharse para visitar a su padre y ella había regresado a Inglaterra. No había sabido nada de él desde entonces, hasta que su madre le había explicado que Marcus Kouvaris era un genio de las finanzas que había ganado una fortuna con el boom de las nuevas tecnologías.

–Eloise, ¿eres Eloise Baker?

Eloise reconoció al instante aquella voz profunda y con un ligero acento. Y sintió que sus mejillas se sonrojaban mientras elevaba los ojos hacia aquel rostro que continuaba siendo tan atractivo como siempre: pelo oscuro, piel aceitunada, unas facciones perfectas y una sonrisa capaz de doblegar la voluntad de cualquier mujer.

–Eloise, sí –confirmó con una vacilante sonrisa–. Pero Smith, no Baker –lo corrigió sin pensar.

–Smith, claro. Ha pasado tanto tiempo –contestó Marcus. Sin ser consciente siquiera, Eloise acababa de admitir que había mentido. Marcus la recorrió con la mirada; los ojos de Eloise continuaban siendo las más exquisitas esmeraldas. Con las mejillas ligeramente sonrojadas, era la inocencia personificada.

Marcus sintió un nudo en el estómago. No podía recordar haber estado nunca tan furioso y tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no enfrentarse a ella. Desplegando todo su encanto, añadió:

–Pero no has envejecido nada. De hecho, aunque parezca imposible, estás todavía más guapa.

Eloise se sonrojó violentamente.

–Gracias –farfulló. Consiguió desviar la mirada de su rostro y descubrió entonces a la rubia que lo acompañaba.

–Permíteme presentarte a mi amiga –dijo Marcus fríamente–. Nadine, esta es Eloise, una antigua amiga. Y su acompañante… –miró hacia el hombre que lo observaba–, Ted Charlton, creo. No nos han presentado, pero… –mencionó su aparición en un artículo periodístico y se estrecharon las manos.

Eloise también estrechó la mano que Nadine le tendía, sin extrañarle la frialdad de su sonrisa. Si Eloise estuviera saliendo con Marcus, tampoco le gustaría tener que compartir la velada con nadie. Todavía recordaba lo mucho que había sufrido cinco años atrás cuando su madre le había dicho que tenían que abandonar Rykos antes de que Marcus regresara a la isla.

Eloise le había dejado una nota con su dirección en Inglaterra y, durante todo un año, había vivido con la esperanza de que volviera a ponerse en contacto con ella. Hasta que las circunstancias de la vida le habían hecho cambiar de actitud y había dejado de esperarlo. Tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

–¿Por qué no tomáis algo con nosotros? –les invitó Ted.

–En otra ocasión, quizá –lo cortó Nadine antes de que Marcus pudiera decir nada–. Vosotros ya habéis cenado y Marcus y yo estamos hambrientos. Me prometiste invitarme a cenar –hizo un puchero y deslizó el dedo por el brazo de Marcus.

Eloise tuvo que disimular una mueca de disgusto ante las tácticas de seducción de Nadine.

–Nadine, querida, estoy seguro de que puedes esperar un poco –sonreía, pero con su tono le estaba advirtiendo que no protestara.

De modo que se sentaron y Ted pidió una botella de champán.

–Por los viejos amigos –Marcus levantó su copa y miró directamente a Eloise–. Y por los nuevos –continuó, dirigiéndose a Ted.

Brindaron los cuatro y Eloise dio un precipitado sorbo al burbujeante líquido. Estaba sorprendida por lo mucho que la afectaba estar en compañía de Marcus y agradeció que Nadine

rompiera el incómodo silencio que se estaba instalando en la mesa.

–Marcus y yo nos conocemos desde hace casi dos años y nunca me había hablado de ti. ¿Cuándo os conocisteis? –preguntó Nadine, taladrándola con la mirada.

–Durante unas vacaciones que pasé con mi… con mi hermana Chloe –farfulló, sintiendo que se sonrojaba violentamente–. Habíamos alquilado una casa en Rykos. Chloe era amiga del tío de Marcus, Theo. Theo hizo una fiesta en su casa y allí nos…

–¿Cómo está tu hermana? –la interrumpió bruscamente Marcus.

El detective al que había contratado un año atrás para desvelar los diferentes nombres de Chloe Baker había descubierto que en realidad nunca había tenido una hermana y tenía una hija que se apellidaba Smith, probablemente el apellido más común en Inglaterra.

Eloise advirtió la sombría expresión de Marcus. ¿Habría descubierto que lo había mentido en el pasado? Pero había sido su madre la que había insistido en que la llamara Chloe y fingiera ser su hermana. A los treinta y siete años, Chloe no quería admitir que tenía una hija tan mayor.

–Mi hermana murió hace tres años –balbuceó Eloise. Odiaba mentir y, de pronto, comprendió que ya no tenía ningún motivo para hacerlo. Su madre había muerto. Pero aquel no era ni el momento ni el lugar para aclarar aquel malentendido.

–Lo siento –respondió Marcus sin sombra alguna de compasión–. Chloe era una mujer extraordinaria.

Sí, lo era, pensó Eloise con tristeza. Y si no hubiera sido por ella, Eloise nunca habría podido levantar su negocio.

En realidad, no había tenido muchas oportunidades de conocer a su madre. Sabía que a los diecisiete años un marinero, Tom Smith, la había dejado embarazada. Chloe se había casado con él y se había divorciado tres meses después. Tras el nacimiento de Eloise, había dejado a la niña con sus abuelos y había desaparecido durante cuatro años. Había regresado después con un nuevo apellido, otro fracaso matrimonial, cargada de regalos para su hija y convertida, al menos aparentemente, en una mujer de negocios. A partir de ahí, desaparecía y volvía a aparecer en su vida año tras año.

Para Eloise, su madre había sido como un especie de hada madrina, hermosa y elegante. Solo después de la muerte de sus abuelos, cuando Eloise estaba ya en el primer año de universidad,

su madre había comenzado a pasar más tiempo con ella. Chloe se había interesado de verdad en lo que Eloise estaba haciendo y se había declarado fascinada por sus diseños.

–Siento haber evocado recuerdos tristes –Marcus se levantó y le tendió la mano–. Ven a bailar conmigo, para ayudarme a limpiar las telarañas del pasado.

–Pero… –comenzó a decir Nadine.

–Tranquila, Nadine, pronto cenaremos –le prometió–. Con tu permiso, por supuesto –añadió, mirando a Ted.

–Nadine se va a morir de hambre si no le das pronto de comer –intentó bromear Eloise mientras se alejaban de la mesa.

Marcus deslizó el brazo por su cintura y la estrechó con firmeza contra él.

Era más alto de lo que Eloise recordaba. Alzó la cabeza para mirarlo, pero fue un error. De cerca, Marcus era incluso más atractivo. Aquel hombre agresivamente viril y sofisticado, exudaba un aura de sexualidad que la aterrorizaba.

–El hambre de Nadine no tiene nada que ver con la comida –replicó él con una sonrisa burlona–. Es modelo, come como un pajarito. Tú, sin embargo, tienes una figura que es el sueño de cualquier hombre –posó la mano en su espalda y descendió lentamente hasta el inicio de su trasero.

–¿Estás insinuando que estoy gorda? –le preguntó Eloise fingiéndose horrorizada.

Marcus dejó caer la mirada hasta sus senos y volvió a mirarla.

–¡En absoluto! Tienes un tipo perfecto –al tiempo que le sujetaba la mano, hizo que sus nudillos rozaran la parte superior de sus senos.

Eloise debería estar horrorizada. No había estado tan cerca de un hombre desde hacía cuatro años. Sin embargo, para su más absoluto asombro, sintió que los pezones se erguían contra la vaporosa tela de la blusa y tuvo que clavar la mirada en el pecho de Marcus para enmascarar una repentina oleada de deseo.

–Creo que te has sonrojado, Eloise –bromeó Marcus mientras comenzaba a moverse como un experto bailarín por la pista.

–Hace calor –contestó Eloise, alzando el rostro hacia él.

Marcus tensó el brazo alrededor de su cintura y la sintió temblar. Luchó entonces para disimular la cínica sonrisa de satisfacción que amenazaba con asomar a sus labios, casi con el mismo vigor con el que batallaba para ocultar su excitación. Dejó caer la cabeza y le susurró al oído:

–Sí, cada vez hace más calor.

Estaba coqueteando con ella, Eloise lo sabía. Y también que debería enfadarse. Pero sentía exactamente lo contrario. El aliento cálido de Marcus, la firmeza de su cuerpo, sus susurros… todo ello parecía conspirar para convertir los huesos de Eloise en gelatina. Era como si de pronto se hubieran borrado todos los traumas del pasado y volviera a ser una adolescente perdidamente enamorada por el sofisticado encanto de Marcus Kouvaris.

–Estás con tu novia –estalló Eloise de pronto. ¿Qué estaba intentando hacer Marcus, en medio de una pista de baile y estando Nadine observándolos?

–Olvídate de Nadine. Yo me he olvidado de ella en cuanto te he visto –declaró Marcus con voz ronca y observó con una fría mirada cómo se coloreaban las mejillas de Eloise–. ¿Por qué me dejaste sin decir nada, Eloise? –le preguntó suavemente.

–Pero si yo pensaba que eras tú el que me habías dejado –contestó con sinceridad–. Durante diez días estuve esperando a que te pusieras en contacto conmigo, y después tuve que marcharme. Pero te dejé una nota con mi dirección y mi número de teléfono para que te pusieras en contacto conmigo.

–Mi padre murió de un ataque al corazón. Tardé dos semanas más de las previstas en volver. Y cuando llegué, no encontré ninguna nota, ninguna carta.

–Siento lo de tu padre.

–Sí, bueno, eso ya fue hace muchos años –se encogió de hombros–. Pero el caso es que nunca recibí una nota tuya, puedes creerme.

–Te creo. Esas cosas pasan –farfulló Eloise.

–Supongo que ninguno de nosotros lo pasó bien –la estrechó suavemente entre sus brazos y Eloise sintió que el pulso se le aceleraba de forma vertiginosa–. Pero todo eso pertenece al pasado y ahora estoy encantado de haber vuelto a encontrarme contigo. Me he preguntado muchas veces qué habría sido de tu vida.

Cuando había vuelto a la isla y había descubierto que Eloise se había marchado, había intentado apartarla de su mente, pero su recuerdo lo había perseguido durante años. Solo después de la muerte de Theo había descubierto que Eloise era la hija y no la hermana de la taimada Chloe Baker. Pero al verla con Ted, se había curado por fin de la imagen romántica que hasta entonces había tenido de Eloise, a la que había visto como una joven inocente forzada por su madre a cometer un fraude.

–Me encantaría que volviéramos a vernos para contarnos todo

lo que hemos hecho durante estos años –bajó la mirada hacia su hermoso rostro–. ¿Quieres que cenemos mañana juntos? Por favor… La vio abrir los ojos con una mezcla de miedo y excitación y estuvo a punto de soltar una carcajada. Eloise tenía razones para temerlo, pero sabía que nunca había sido capaz de resistirse a un desafío.

–¿No le importará a tu novia? –la fricción de sus cuerpos era más que suficiente para poner todos sus nervios en tensión y dijo lo primero que se le ocurrió.

–En absoluto. Nadine y yo nos entendemos muy bien. Somos amigos, nada más. Pero claro, me olvidaba de tu novio, Ted –en aquella ocasión, Marcus no pudo evitar un tono de cinismo en su voz–. ¿A él le importará que salgas con otro?

–Estás bromeando –rio–. Ted es un hombre encantador, pero no es mi novio. Esta era una cena de negocios, nada más.

–En ese caso, dame tu número de teléfono –la miró con los ojos entrecerrados y se tensó mientras la soltaba.

¿Estaría empleando Eloise las mismas artimañas de su madre y estaba tan segura de su éxito que no tenía ningún inconveniente en admitir que su relación con Ted era únicamente comercial? Marcus necesitaba más información, pero aquel no era el lugar indicado para hacer preguntas.

–¿No me vas a dar tu número de teléfono, Eloise? –insistió Marcus con un susurro.

Todavía impactada por su inesperada respuesta a Marcus, Eloise recitó su número de teléfono y añadió:

–Seguro que se te olvida, pero puedes buscar en la guía el número de KHE, nuestra joyería.

Eloise no vio endurecerse el rostro de Marcus con expresión de disgusto cuando mencionó la joyería, ni tampoco el fogonazo de furia que asomó a sus ojos mientras la acompañaba de vuelta a la mesa. Para cuando estuvo de nuevo sentada y se hubo recuperado lo suficiente como para unirse a la conversación de la mesa, Marcus había vuelto a convertirse en un encantador caballero.

–Un hombre impresionante –comentó Ted mientras observaban a Marcus y a Nadine alejarse de la mesa.

–Sí –suspiró Eloise–, Nadine es una mujer con suerte.

–No, en eso te equivocas, Eloise. Nadine no tiene la menor oportunidad de atrapar a Marcus. Sin embargo tú… He visto cómo te miraba y cómo bailaba contigo. Pero he oído rumores sobre su carácter mujeriego y tú eres demasiado buena para un hombre con su reputación.

–Lo tomaré como un cumplido –respondió Eloise suavemente–. Pero no creo que necesites preocuparte. Marcus está completamente fuera de mi alcance.

Pusieron fin a la cena con un café y Ted persuadió a Eloise para que se quedaran al espectáculo de cabaret. Fue una noche muy divertida y, para cuando Ted la llevó a casa en taxi, estaba agotada y bostezando.

En la puerta de la casa en la que Eloise vivía y trabajaba, Ted la miró con una sonrisa.

–No pienso pasar, así que no hace falta que me invites, pero ha sido una noche adorable, Eloise, y puedes decirle a tus socios que no tienen nada de lo que preocuparse. Pienso invertir en vuestra empresa. Mañana por la mañana me pondré en contacto con Harry para cerrar el trato, ¿de acuerdo? –le dio un cariñoso beso en la mejilla–. Buenas noches.

Eloise cruzó encantada el elegante portal de su casa, subió corriendo las escaleras y se detuvo frente a la puerta del primer piso. Miró el reloj que llevaba en la muñeca e hizo una mueca. Las tres de la madrugada. Era demasiado tarde para llamar al apartamento de Katy y de Harry y darles la buena noticia. Así que se volvió y continuó subiendo el siguiente tramo de escaleras.

Estrictamente hablando, la casa era de Eloise, pero también era la pasión más valiosa de la empresa. En el bajo estaban el salón de exposiciones y las oficinas. En el primer piso vivían Katy y Harry, en el segundo ella y el apartamento del ático lo había alquilado una pareja de homosexuales.

Julián y Jeffer eran dos jóvenes encantadores. Julián, que se ganaba la vida como fotógrafo, había hecho un catálogo fantástico para KHE y había sido una pieza imprescindible para conseguir que la firma fuera conocida en el mundo de la moda. Jeff trabajaba en la joyería y era un magnífico vendedor.

Para Eloise, aquella casa era ideal.

–¿Eres tú, Eloise? –un susurro interrumpió sus pensamientos. Eloise giró y volvió a bajar a toda velocidad las escaleras, para darle a Harry la noticia.

–Abre una botella de champán. Ted va a invertir en nosotros –anunció mientras entraba en casa de sus amigos.

–¿Estás segura? –le preguntó Katy, agarrándola del brazo y haciéndole entrar en el salón–. Cuéntanoslo todo.

Media hora después, Katy y Harry estaban al tanto de la historia.

–Así que podemos contar con que nuestro negocio se expandirá

tanto o más que mi cintura, ¿eh? Pero qué tienes que decirme del señor Kouvaris. ¿No era ese el tipo al que conociste durante unas vacaciones que pasaste con tu madre y después te dejó?

Eloise se puso inmediatamente a la defensiva.

–Marcus no me dejó… Lo llamaron porque su padre estaba muy enfermo y por lo visto murió. En cualquier caso, no es nada importante y son ya las cuatro de la madrugada. Mañana seguiremos hablando.

Mucho tiempo después, continuaba intentando convencerse de que realmente no era importante. No quería tomarse uno de los somníferos que el médico le había recetado tiempo atrás. Hacía años que no los tomaba y no iba a dejar que el reencuentro con Marcus la obligara a volver a ellos.

Capítulo 2

De manera que, en vez de tomarse un somnífero, Eloise se tumbó boca arriba, hizo unos ejercicios de relajación y dejó que su mente volara libremente hasta aquellas lejanas vacaciones en Grecia.

Eloise estaba llevando una bandeja de bebidas al jardín cuando había visto por primera vez a Marcus. Este se encontraba al borde de la piscina, junto a su madre y Theo. Eloise había estado a punto de tirar la bandeja ante el efecto que su masculina belleza había tenido en su corazón adolescente. Vestido de manera informal, con unos pantalones blancos y una camisa abierta, era, ante los ingenuos ojos de Eloise, como la reencarnación de un dios griego.

–Deja de perder el tiempo, hermanita. Aquí nos estamos muriendo de sed –le había ordenado su madre. Y las diez personas que había alrededor de la piscina, Marcus incluido, se habían vuelto hacia ella.

Eloise se había sonrojado violentamente. Durante un instante, su mirada se había cruzado con la de Marcus y ella había bajado tímidamente la cabeza.

Milagrosamente, Marcus había aparecido entonces a su lado.

–Dame esa bandeja. Una chica tan guapa como tú debería estar esperando a que alguien la atendiera, y no al revés –y así había comenzado todo.

Marcus se había presentado a sí mismo como el sobrino de Theo y la había animado a bañarse con él en la piscina. La imagen de Marcus en bañador era suficiente para que a cualquier mujer le temblaran las rodillas y Eloise no había sido una excepción. Había estado hablando, bromeando y coqueteando con ella y al final de la velada, Marcus estaba ya al corriente de que era una estudiante de diecinueve años sin compromiso, que aquel era su primer viaje al extranjero y que estaba pasando las vacaciones en la isla con su hermana.

Eloise odiaba mentir, pero su madre había insistido en que nadie debía saber que eran madre e hija y a ella le había parecido un precio muy pequeño a cambio de poder estar a su lado. Eloise sabía que su madre la quería a su modo; lo había demostrado después de la muerte de sus padres. A Chloe no le había importado

que estos le dejaran todo lo que tenían a su nieta, incluyendo aquella casa. Eloise se había sentido terrible y había tenido que emplear toda su capacidad de persuasión para conseguir que su madre aceptara al menos el dinero de la venta de la casa.

Eloise se movió nerviosa en la cama y se humedeció los labios. Tenía la sensación de que no había pasado el tiempo desde que Marcus la había besado por primera vez. Suspirando, se tumbó boca abajo y enterró la cabeza en la almohada, dejando que continuaran corriendo los recuerdos.

Antes de abandonar la fiesta, Marcus había conseguido abrazarla y besarla, dejando a Eloise perdidamente enamorada.

A las diez de la mañana del día siguiente, Marcus se había presentado en su casa en un descapotable y se la había llevado a conocer el otro extremo de la isla.

–Vamos, cariño –durante la excursión, había aparcado el coche al borde de un acantilado y le había abierto la puerta al mismo tiempo que sostenía una cesta y una manta blanca en el otro brazo.

–¿Aquí? –Eloise había mirado asustada por lo abrupto del paisaje.

–Confía en mí –le había contestado Marcus sonriendo.

Y Eloise había confiado.

Para bajar por la pendiente del acantilado, habían tenido que agarrarse a una vieja cuerda que hacía las veces de barandilla. Aquel había sido el paseo más aterrador que Eloise había experimentado en su joven vida y para cuando habían llegado por fin a la playa, las piernas le temblaban.

Después de bañarse, habían compartido una comida fría que habían acompañado con una botella de champán.

–Me mimas demasiado –había suspirado Eloise, tumbándose saciada y feliz al final de la comida.

Marcus se había apoyado sobre un codo y la había mirado a los ojos.

–Y esto no es nada comparado con lo que me gustaría hacer por ti –había musitado, deslizando el dedo índice por sus labios–. Por tu boca –el dedo había descendido por su garganta–, por tu cuello –había bajado hasta el valle de sus senos–, por tus lujuriosos senos…

Eloise se había sentido como si la estuvieran tocando con fuego. Cada una de sus terminales nerviosas temblaba. Le había rodeado el cuello con los brazos y había hundido los dedos en su pelo. Marcus se había movido hasta quedar tumbado sobre su

tembloroso cuerpo. Después, inclinando la cabeza, había dibujado su boca con la punta de la lengua. Eloise, estremecida, había entreabierto los labios para darle la bienvenida a las profundidades de su boca. El roce de los muslos de Marcus contra sus caderas le resultaba increíblemente erótico y, a medida que la boca de Marcus recorría el camino que sus dedos tan recientemente habían trazado, la excitación de Eloise había ido elevándose hasta cotas inimaginables para ella.

Marcus había enterrado la cabeza en el valle de sus senos y, de alguna manera, había conseguido quitarle la parte superior del bikini. Eloise temblaba violentamente mientras Marcus musitaba algunas palabras en griego, antes de coronar con la lengua el montículo de su senos para, muy delicadamente, succionar el rosado pezón con los labios.

Eloise se había estremecido violentamente y se había arqueado contra él, rozando al hacerlo su entrepierna.

–Te gusta –había susurrado con voz ronca. Había bajado la mano hasta su cintura y desde allí había descendido hasta su vientre–. Dime qué más te gusta, Eloise –le había preguntado con voz ronca, mientras su boca alcanzaba el otro seno para repetir aquel asalto sensual.

Eloise jamás había experimentado nada parecido, pero de alguna manera, con Marcus todo le parecía natural. Sus caricias abrasaban su piel y sus senos se henchían anhelando un placer que hasta entonces ni siquiera sabía que existía.

Marcus había deslizado los dedos por el único material que ocultaba su desnudez y de pronto Eloise se había tensado con un miedo inocente y había posado las manos en su pecho.

–No, no… –Marcus estaba yendo demasiado rápido.

Marcus había retrocedido bruscamente.

–No, has dicho que no, pero me deseas… No estarás bromeando, ¿verdad?

–No, no… –Eloise no podía soportar que la mirara con aquella expresión de cinismo–. Es solo que yo… Bueno, yo nunca –había cerrado los ojos y había tragado saliva–. Soy virgen.

–¿Virgen? –había exclamado Marcus y, a partir de aquel momento, había cambiado completamente de actitud.

Había pasado de ser un hombre sensual y sofisticado a convertirse en un compañero tierno y cariñoso. Cuando aquella noche se habían despedido con la promesa de volver a verse al día siguiente, Marcus le había ofrecido un beso de buenas noches que rápidamente había dado paso a un apasionado abrazo. Pero con

una capacidad de control impresionante, se había separado de ella y, tras soltar una maldición en griego le había asegurado:

–Voy a hacer que para ti todo sea perfecto.

Aquella noche, Eloise se había ido a la cama con la cabeza llena de sueños y promesas. Pero al día siguiente, nada más llegar, Marcus le había explicado que su padre estaba enfermo y tenía que marcharse, pero que no se preocupara porque pronto volvería.

Bostezando, Eloise dio media vuelta en la cama y se enterró bajo el edredón. En Inglaterra marzo era un mes muy frío. No como en Grecia, pensó. Pero sus sueños griegos habían terminado mucho tiempo atrás y lo mejor que podía hacer era olvidarlos y continuar con su vida actual. Iría a cenar con Marcus por los viejos, tiempos, y nada más.

–Lo hemos conseguido, chicas –Harry llegó al día siguiente al taller con Jeff siguiéndole los talones, una botella de champán en la mano y Ted Charlton tras ellos.

Eloise alzó la mirada de su cuaderno de dibujos y Katy dejó el soldador a un lado.

–¿Está usted seguro, señor Charlton?

–Completamente seguro –contestó Ted riendo–. Tan seguro como que he convencido a Jeff y a tu marido para que cierren la tienda y me permitan invitaros a comer.

Cinco minutos después, la botella de champán estaba abierta y estaban brindando por KHE y por la futura inauguración de una tienda en París.

Sonó el portero automático y Eloise dirigió una última mirada al reflejo que le devolvía el espejo. Hizo una mueca. Había intentado arreglarse de forma sofisticada y se había recogido el pelo en un moño y se había puesto la única ropa que tenía que, aparte de la falda de la noche anterior, podía considerarse elegante: el traje que se había comprado para la boda de Katy. Era un traje de corte clásico de color jade que combinaba con un colgante y unos pendientes de ámbar, ambos diseñados por ella.

Estaba saliendo precipitadamente del dormitorio cuando oyó que llamaban a la puerta.

La sorpresa le hizo vacilar un instante, pero en cuanto volvieron a llamar corrió a abrir.

Encontró a Marcus apoyado con gesto indolente contra el

marco de la puerta. Llevaba un traje azul marino y continuaba siendo tan increíblemente atractivo y romántico como en sus sueños.

–¿Cómo has conseguido entrar? –le preguntó.

–Hola a ti también. ¿Quieres que salga y empecemos otra vez?

–No, claro que no –farfulló Eloise, asustada por la rapidez y la intensidad con la que su cuerpo estaba respondiendo a su presencia.

–Relájate, Eloise. Tu amigo Harry me ha abierto la puerta del portal.

Le sonrió al tiempo que alargaba el brazo y la tomaba del codo.

–Harry y Katy son mis socios –le explicó Eloise.

–A mí me ha parecido tu guardaespaldas –señaló Marcus con una irónica sonrisa–. En menos de un minuto me ha preguntado quién era, a dónde pensaba llevarte y si iba a traerte después a tu casa.

–Muy propio de Harry –confirmó Eloise con una sonrisa mientras salían a la calle–. Katy y yo lo conocimos cuando estábamos en la universidad. Se enamoró de Katy nada más verla y no se alejó de la puerta de nuestro apartamento hasta que Katy accedió a salir con él. Ahora están casados.

–Así que es un hombre con determinación. Eso me gusta –comentó Marcus, mientras le abría la puerta del coche.

En cuanto el coche estuvo en funcionamiento, Marcus la miró de soslayo.

–Quería llevarte a un restaurante francés, pero estoy esperando una llamada urgente, así que lo he arreglado todo para que cenemos en mi hotel. Espero que no te importe.

Eloise disimuló un estremecimiento de pánico y miró su perfectamente cincelado perfil. Marcus no era ningún desconocido y aquella no iba a ser su primera cita. Pero entonces, ¿por qué vacilaba?

–Eloise, o cenamos en el hotel o cancelamos la cita –no estaba mintiendo. Esperaba esa llamada, pero también quería tenerla para él solo cuando la desafiara a explicarle qué papel había jugado ella en la jugada que su madre le había hecho a su tío.

–Sí, sí, no pasa nada –estaba siendo una estúpida, se dijo a sí misma. Era una mujer de veinticuatro años y estaba saliendo con un hombre al que conocía, por el amor de Dios.

El hotel en el que Marcus se alojaba era uno de los mejores de Londres y Eloise se felicitó por haber elegido cuidadosamente su atuendo cuando cruzó el vestíbulo con Marcus para dirigirse a los

ascensores.

–¿Vamos a cenar en el restaurante de la última planta? –le preguntó emocionada mientras entraba en el ascensor–. He oído decir que la vista es espectacular.

–No exactamente; vamos a cenar en la suite del ático. Pero la vista es igualmente impresionante.

–¿En… en tu propia suite?

–La llamada que estoy esperando es confidencial –musitó Marcus secamente–. Y tu lenguaje corporal es de lo más expresivo. Te he invitado a cenar y parece que te crees que vas a ser tú el plato principal –rio.

De alguna manera, su risa sirvió para aliviar la tensión y Eloise entró en la suite sintiéndose mucho más confiada. La suite resultó ser una enorme habitación con una zona de comedor. La mesa estaba dispuesta con la más fina cubertería de plata y un mantel de lino. A su lado estaba la zona que hacía las veces de salón, con dos sofás flanqueados por una mesita de café y unos enormes ventanales con vistas espectaculares de la ciudad.

–El baño está allí, si lo necesitas –Marcus señaló con la mano una doble puerta.

En cuestión de minutos, Marcus pidió la cena y una botella del mejor champán. En cuanto el camarero terminó de servirlos y abandonó la suite, Marcus alzó su copa hacia Eloise:

–Por la renovación de nuestra amistad, y podría añadir que también por tu aspecto encantador.

–Gracias –Eloise se sonrojó violentamente; la mirada de Marcus se oscureció por un instante y, sorprendentemente, Eloise se estremeció.

–¿Tienes frío? –le preguntó, Marcus.

–No, estoy bien. No puedo tener frío en el primer día de primavera.

–¡A cualquier cosa le llaman primavera en Inglaterra! Deberías venir a Grecia, allí sí que es primavera –y comenzó a describir las flores de Rykos.

Mientras daban cuenta de la sopa de espárragos y de la lubina a las finas hierbas, la conversación fluyó agradablemente. Eloise fue perdiendo sus inhibiciones al tiempo que se sentía sucumbir una vez más a los encantos de Marcus.

No quiso tomar postre, pero aceptó encantada que volviera a llenarle la copa de champán. Cuando llegó el postre que Marcus había pedido, una increíble combinación de crema, chocolate, nueces y fruta, Eloise soltó una carcajada.

–No vas a poder comértelo –exclamó con una sonrisa–. ¡Parece una versión psicodélica de la torre de Pisa!

–Ahora ya conoces mi vicio secreto –Marcus hundió la cucharilla en el helado–. Tengo debilidad por los dulces –se llevó el helado a la boca y se lamió los labios.

De pronto, desapareció todo rastro de humor de la mirada de Eloise. Mientras observaba el lento movimiento de la garganta de Marcus, sintió nacer un intenso calor en su pecho. Había algo increíblemente sensual en verlo disfrutar de aquel placer.

–¿Quieres? –Marcus le acercó la cucharilla a los labios–. Vamos, estoy seguro de que te encantará –la animó Marcus suavemente–. Está muy bueno.

Pero no había nada bueno en el resplandor de su mirada, sino una explícita promesa sexual. Involuntariamente, Eloise se inclinó hacia delante, como si fuera una marioneta y Marcus hubiera tirado del hilo, y entreabrió los labios. Sintió el frío del helado en la lengua, pero su cuerpo ardía.

–Está muy bueno –farfulló.

–Ya te lo he dicho. Ahora bebe un poco de champán –volvió a llenarle la copa.

Eloise bebió otro sorbo. ¿Sería ella la única que sentía la tensión que había en el ambiente?, se preguntaba. Y, desesperada por apartar de la conversación cualquier connotación sexual, preguntó:

–Por cierto, ¿cómo está tu tío?

–Murió hace un año en una accidente de coche. Ha dejado una esposa y una hija.

Buen intento, se dijo Eloise con pesar. El rostro de Marcus había adquirido la calidad del granito.

–Oh, lo siento.

–¿Por qué ibas a sentirlo? Él no tenía nada que ver contigo. Era tu hermana Chloe la que era su amiga.

Eloise se sonrojó violentamente y, ya fuera por los nervios o por efecto del champán, de pronto se oyó admitir:

–En realidad Chloe no era mi hermana, era mi madre.

–¿Tu madre? Me sorprende. Chloe no parecía tan mayor –admitió Marcus.

Sabía que la inocencia de Eloise era fingida. La noche anterior, había admitido que su apellido era diferente del de su hermana. Era obvio que era consciente de que había cometido un error y quería enmendarlo.

–Tienes razón. Chloe solo tenía diecisiete años cuando yo nací.

Esa es la razón por la que, cuando alquiló la casa, fingió que yo era su hermana.

–¿Y para ti no era difícil? Eras demasiado joven para tener que mentir constantemente.

–No, la verdad es que no. Yo no conocía muy bien a mi madre. Se divorció de mi padre a los tres meses de haberse casado, él desapareció y ella se volvió a casar. Mis abuelos se encargaron de cuidarme mientras Chloe proseguía su exitosa carrera en el mundo de los negocios.

–Entonces has heredado de tu madre el gusto por los negocios.

–Sí, supongo que podría decirse así. De hecho, Chloe estaba muy orgullosa de mis éxitos en la universidad y si no hubiera sido por ella, Katy, Harry y yo no habríamos podido comenzar como lo hemos hecho. Gracias al dinero que Chloe me dejó, pudimos formar la empresa.

¡Así que esa era su versión! Muy convincente. La muerte de Chloe daba peso a sus palabras. Dios, aquella mujer era un genio, pensó Marcus con cinismo. Si él no hubiera leído su nombre en el contrato, también la habría creído.

–Supongo que eso te ayudó a superar el dolor de su muerte.

–Sí y no –sonrió con tristeza–. Pero Harry decía que era importante, si querías llegar a la cumbre, estar en el lugar indicado. Con el dinero que heredé, pagué la entrada de la casa en la que vivimos y trabajamos –sin ser consciente de que Marcus la estaba animando a hablar, le contó su sueño de extender el negocio por todo el mundo.

–Con tu entusiasmo, estoy seguro de que tendrás mucho éxito –Marcus volvió a llenar las copas, le dirigió una seductora mirada y añadió–: Un brindis por tu éxito. Espero que consigas todo lo que te mereces.

Eloise alzó la copa y observó los dedos morenos de Marcus alrededor de la suya. Tenía unas manos maravillosas, estrechas y fuertes. Por un instante, Eloise recordó aquellos mismos dedos acariciando sus senos desnudos. Su rostro se sofocó ligeramente cuando la voz de Marcus se filtró en sus eróticos pensamientos.

–Y por la amistad recuperada –acercó su copa a la de Eloise, sin apartar la mirada de su rostro.

–Por el éxito y por la amistad –contestó Eloise vacilante.

Marcus vació su copa de un solo trago. Aquella mujer había estado a punto de engañarlo con su inocencia, maldita fuera. Lo confundía como no lo había confundido nunca una mujer. Todavía no sabía qué opinar sobre ella. O bien se merecía un óscar por su

actuación o realmente no estaba al corriente de los negocios de su madre. Su paradójica actitud le hacía desear sacudirla para exigir a la verdadera Eloise que apareciera.

Una sonrisa burlona curvó sus labios. ¿A quién pretendía engañar? Lo que realmente deseaba era desnudarla y enterrar su rostro en aquel exquisito cuerpo una y otra vez.

Capítulo 3

Eloise alzó la mirada sorprendida. ¿Habría dicho algo malo? Marcus se estaba inclinando hacia ella con expresión sombría y vagamente peligrosa. Suspiró aliviada al ver aparecer en las comisuras de su boca una sonrisa. Aquella había sido una velada mágica para ella y no quería que nada la estropeara.

–Para un hombre tan alto como yo es difícil permanecer tanto tiempo sentado en una sillita de estas –dijo Marcus mientras se quitaba la chaqueta y se desataba la corbata–. Necesito estirar las piernas.

Eloise tragó saliva. La camisa blanca dibujaba su musculoso pecho a la perfección y bajo la tela se adivinaba la sombra del vello que lo cubría. La mirada de Eloise voló involuntariamente hacia sus piernas mientras sentía cómo se elevaba la temperatura en la habitación.

Afortunadamente, una llamada a la puerta anunció la llegada del camarero con el café y le dio a Eloise la oportunidad de recuperar el ritmo natural de la respiración.

Marcus se acercó a la zona del salón y le señaló la mesita del café al camarero.

–Déjelo ahí por favor, y ya puede retirarse; hemos terminado.

En cuanto el camarero salió, le pidió a Eloise suavemente:

–Ven conmigo.

Eloise se levantó y se acercó hasta donde estaba él.

–Déjame quitarte la chaqueta. Quiero que estés cómoda.

Eloise alzó la mirada hacia él e intentó sonreír. Lo vio acercar sus manos a la chaqueta y se estremeció, repentinamente consciente de la intimidad de la situación.

–Permíteme –lentamente, Marcus le abrió la chaqueta, rozando accidentalmente sus senos.

La reacción de Eloise fue instantánea: sus pezones se irguieron bajo la tela y Eloise jadeó, impactada por su propia reacción.

La chaqueta cayó al suelo. Marcus sintió el temblor de Eloise y vio la sombra de excitación que oscurecía sus ojos verdes. Hizo entonces lo que había estado deseando hacer desde el momento en el que la había vuelto a ver.

Posó la mano en su cintura, inclinó la cabeza, capturó su boca con un beso hambriento y posesivo y hundió la mano en su sedosa mata de pelo, sujetando su cabeza con firmeza al tiempo que rozaba delicadamente sus labios.

Presionada contra el tenso calor de su cuerpo, Eloise era vitalmente consciente de cada uno de los músculos de Marcus. Una agradable sensación de debilidad le robaba toda la fuerza de sus brazos y piernas. Sabía que debía detenerlo. Pero los fuertes latidos de su corazón y la dulzura de los labios de Marcus ahogaban toda posibilidad de comportarse con coherencia.

Marcus notó el instante en el que se relajaba en sus brazos. La oyó gemir suavemente y deslizó la lengua en el interior de su boca. Eloise se alzó hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso.

La suavidad de Eloise y su delicada fragancia tuvieron un efecto inmediato en Marcus. Reluctante, alzó por fin la cabeza y la miró con una sonrisa triunfal. Acababa de descubrir lo que necesitaba saber: Eloise todavía lo deseaba.

Eloise miró indefensa su atractivo rostro, sin comprender lo que le estaba pasando. Se humedeció los labios y tragó saliva compulsivamente. Marcus la había besado y ella había respondido. ¡Era completamente increíble!

–¿Quieres café o…? –susurró Marcus contra su mejilla.

La invitación era explícita. Eloise pestañeó, con el corazón latiéndole violentamente en el pecho. Dios, estaba tentada, muy tentada, pero algo le hizo retroceder:

–No…, sí, no –tartamudeó.

Marcus rio suavemente y volvió a abrazarla.

–Si tú no puedes decidir, déjame ayudarte –la miró a los ojos.

Eloise lo deseaba, y él la deseaba a ella. La deseaba con un anhelo y un hambre que anulaban todos sus pensamientos. ¿Qué le importaba en aquel momento que fuera una mentirosa? Absolutamente nada, se dijo, y volvió a apoderarse de sus labios.

Eloise sintió cómo volvía a extenderse un intenso calor por su cuerpo. En algún rincón de su cerebro, recordaba que debía ser prudente, pero en vez de apartarse, continuaba maravillándose de su propia respuesta mientras Marcus continuaba cubriendo de besos sus labios.

–Eres tan hermosa –susurró, enterrando el rostro en su pelo–. Eres la mujer más perfecta que he conocido nunca.

–No –musitó Eloise con voz temblorosa cuando Marcus apartó su melena para comenzar a besarle el cuello.

–Sí –susurró Marcus, buscando otra vez su boca.

Como si tuvieran voluntad propia, los labios de Eloise se abrieron para aceptar la persuasiva invitación de su lengua. Eloise temblaba mientras se aferraba a sus hombros, reaccionando a la atracción de su potente sensualidad.

Su senos se henchían, los pezones se erguían y ella se retorcía contra él, dolorosamente consciente de las restricciones a las que los obligaba la ropa.

Marcus hundía la lengua en las profundidades de su boca y la besaba con una fiera pasión que hacía palpitar cada una de las células de Eloise. Si no hubiera sido porque él la abrazaba, Eloise habría caído desmayada al suelo.

Un ronco gemido de deseo escapó de sus labios cuando Marcus alzó la cabeza y clavó en ella sus ojos, negros como el azabache, mientras se movía de manera que pudiera sentir su excitación.

–Vamos al dormitorio, Eloise –posó la mano sobre su seno–. Dime que sí –le pidió mientras acariciaba con el pulgar el pezón que la tela cubría.

Eloise comprendió lo que le estaba pidiendo y supo al instante que aquella era su única oportunidad para el amor. Su única oportunidad de estar con Marcus. El único hombre al que había amado.

Se inclinó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

–Sí –contestó con voz trémula.

Marcus la levantó en brazos y la condujo hasta el dormitorio.

La habitación estaba iluminada por una tenue luz. Solo estaba encendida la lámpara de noche de la mesilla. La visión de la cama penetró en medio de la pasión, despertando los temores de Eloise, pero antes de que pudiera decir nada, Marcus la depositó en la cama y, sin dejar de besarla con una habilidad que la dejó sin aliento, le quitó la falda y la blusa.

Después, a una velocidad asombrosa, se quitó su propia ropa. Fascinada y temblorosa, Eloise no podía apartar la mirada de su cuerpo desnudo. Marcus era tan perfecto, tan magníficamente masculino… Eloise clavó la mirada en su pecho, descendió por su estómago y continuó bajando… Tragó saliva y sus ojos volvieron a volar hasta el rostro de Marcus mientras él se reunía con ella en la cama.

Eloise ya no tuvo tiempo para el miedo. Marcus buscó sus senos y trazó un camino de ardientes besos por su cuello hasta alcanzar la punta que coronaba aquel seno perfecto. Eloise arqueó la espalda y gimió cuando Marcus rindió el mismo tratamiento al

otro seno.

–Te gusta –le dijo Marcus con voz ronca.

Eloise susurró su nombre, acarició su pelo y descendió hasta sus hombros. Marcus volvió a capturar su lengua con un beso embriagador. Cuando interrumpió el beso y se separó ligeramente de ella, Eloise alargó el brazo instintivamente. Necesitaba continuar en contacto con él.

Con la respiración agitada, Marcus eliminó rápidamente las últimas barreras que los separaban. Eloise era tan exquisita, tan hermosa… La deseaba. Quería acariciar, saborear cada centímetro de ella, enterrarse en el húmedo centro de su feminidad, quería oírla gritar su nombre extasiada, quería que fuera completamente suya.

Marcus tomó las manos de Eloise y le hizo alzarlas por encima de su cabeza mientras él bajaba la cabeza lentamente y besaba sus labios. Frotaba su pecho contra sus senos, deleitándose en aquella gloriosa fricción y estremeciéndose triunfante ante su respuesta. Tomó los senos con las manos y acarició sensualmente los pezones, fascinado por la perfección de Eloise.

Eloise jamás había creído posible tanto placer. Se movía ciegamente contra él.

Marcus, sintiéndola anhelante, se colocó entre sus piernas. La sintió resistirse y se prometió esperar hasta que ella estuviera preparada. En una ocasión, le había prometido que sería perfecto y pretendía ser fiel a su promesa. Inclinó la cabeza hacia ella y lamió sus senos para a continuación ir descendiendo lentamente por su cuerpo.

Eloise gimió su nombre cuando Marcus la acarició entre los muslos, lentamente, con la suavidad de una pluma.

Eloise lo deseaba, quería gritar, pero presionó la boca contra su cuello y lo mordió enfebrecida.

Marcus sofocó un gemido y se apoderó de sus labios haciendo que sus lenguas se fundieran en una danza salvaje mientras su mano iba buscando entre los pétalos de su feminidad la carne húmeda y anhelante que lo esperaba.

La acarició con delicadeza, lentamente al principio para ir incrementando la velocidad de sus caricias hasta que Eloise se arqueó contra él y se aferró a sus hombros gritando su nombre.

Eloise se sacudía violentamente, presa de una fiera tensión que en su vida había experimentado.

–Por favor –le suplicó, sacudiendo la cabeza de lado a lado.

Marcus deslizó las manos bajo sus caderas y la elevó

ligeramente. Eloise sintió entonces la aterciopelada punta de su virilidad que, tras una sola embestida, se deslizó allí donde la joven quería que estuviera.

Eloise sintió un breve dolor y, después, sucedió. Marcus se detuvo durante un instante, con expresión de incredulidad.

Eloise gimió su nombre una vez más y Marcus comenzó a moverse para arrastrarla en un viaje salvaje de proporciones casi místicas. Eloise gritó al sentir la poderosa fuerza de Marcus embistiéndola, enloqueciéndola hasta el máximo delirio. Marcus se unió con ella en el éxtasis, y Eloise, fundida en alma y cuerpo con él, perdió toda sensación de individualidad.

Minutos después, Eloise continuaba entre sus brazos, sintiendo la delicada caricia de sus dedos contra su carne henchida; Marcus susurraba palabras en griego que ella no comprendía sin dejar de acariciarla. Eloise suspiró con deleite, pero se tensó cuando Marcus alcanzó una cicatriz que tenía en la parte interior del muslo.

–¿Qué es eso? –le preguntó Marcus, inclinándose sobre ella.

–Nada –Eloise intentó cruzar las piernas, repentinamente avergonzada–. Solo una cicatriz.

–¿Y cómo te la hiciste? A los diecinueve años no la tenías.

–No, bueno… –vaciló y tragó saliva–. Me dejé las llaves dentro del apartamento, tuve que romper una ventana para entrar y me corté la pierna. No fue nada serio.

–Nada serio –murmuró Marcus, descendiendo por su cuerpo desnudo. Acarició la cicatriz, enfurecido por aquel accidente. Aquella mujer no volvería a sufrir ninguno, se prometió, mientras sus labios seguían el camino trazado anteriormente por sus dedos. Volvieron a hacer el amor, en aquella ocasión de forma más dulce y tierna. Pero el final fue idéntico: una unión perfecta.

Eloise se acurrucaba contra él y lo abrazaba con fuerza. No quería pensar en el pasado. No quería pensar en nada, salvo en lo mucho que quería a aquel hombre. Aquella noche había sido una revelación y, por primera vez en su vida, sabía lo que era ser una mujer. Admitió ante sí que en realidad nunca había conseguido olvidarlo. Lo había amado cuando era una adolescente, seguía amándolo cinco años después y probablemente siempre lo amaría. Pensando en ello, suspiró satisfecha.

–Un suspiro. No creo que yo sea tan malo –comentó Marcus.

–Ha sido un suspiro de felicidad. Y creo que lo sabes, puedo ver ese brillo triunfal en tus ojos.

–Qué atrevimiento –bromeó–, pero… –no pudo continuar

porque lo interrumpió una llamada telefónica.

Marcus se incorporó y descolgó el auricular. Eloise fue testigo de cómo desaparecía su cariñoso amante para que un estricto hombre de negocios ocupara su lugar. Cuando por fin colgó el teléfono, Marcus se volvió hacia Eloise.

–Siento todo esto.

–Así que era verdad que estabas esperando una llamada.

–Claro que sí, mujer de poca fe –sonrió–. Y pronto tendré que hacer otra así que, por mucho que esté deseando pasar la noche contigo, me temo que tendré que llevarte a tu casa antes de que tus amigos empiecen a preguntarse qué te ha pasado.

–Soy una mujer adulta, Marcus.

Marcus le dio un beso en la nariz.

–Y si te quedas aquí mucho más, yo seré otra vez un hombre adulto –contestó él en un tono marcadamente sensual. Eloise se sonrojó ante aquella insinuación y Marcus soltó una carcajada–. Para ser una mujer tan sofisticada, te sonrojas con mucha facilidad.

–Supongo que es el tributo que tengo que pagar por ser pelirroja.

–Una pelirroja natural de la que me encantaría poder disfrutar. Pero si no hago esa llamada, puedo llegar a perder un importante negocio.

–Lo sé, lo sé, los negocios siempre son lo primero.

Marcus la empujó suavemente.

–Así podrás usar el baño primero. Y, si tienes suerte, es posible que me reúna contigo.

Eloise se metió en el baño feliz, pensando que Marcus la quería, aunque no se lo hubiera dicho, y convencida de que a partir de aquella noche, tendrían todo el tiempo del mundo para conocerse el uno al otro.

Pero en eso se equivocaba.

Cinco minutos después, volvió al dormitorio y no encontró señales de Marcus por ninguna parte. Se vistió rápidamente y se acercó a la zona del salón.

Encontró allí a Marcus, que también se había vestido.

–Lo siento, Eloise –le dijo, caminando hacia ella–, pero la llamada ha sido un poco más complicada de lo que preveía –le pasó el brazo por los hombros–. Creo que será mejor que te lleve a casa.

–Oh.

Marcus notó la expresión alicaída de su amante.

–Mañana te llamaré, te lo prometo –y lo decía sinceramente. Deseaba a aquella mujer como nunca había deseado a ninguna y no quería que su relación se comprometiera por lo que para él era una mísera cantidad de dinero.

Él era un hombre orgulloso, un hombre de honor, y se había sentido muy unido a su tío Theo, al que Chloe Baker había engañado. Tenía la certeza de que Eloise se había beneficiado de aquel fraude de su madre, pero eso no significaba que fuera igual que ella. Aquel día había hecho algunas llamadas y había podido comprobar que Eloise era una gran trabajadora con un negocio de éxito y, al contrario que su madre, no se relacionaba sexualmente con los hombres para sacarles dinero.

Lo cual echaba a perder toda su sed de venganza. Todo el mundo tenía derecho a cometer algún error en la vida y Eloise había cometido el suyo siendo muy joven. Arrepentido de sus pretensiones, abrazó a Eloise y la besó:

–Perdóname –susurró contra su mejilla.

Eloise lo miró sorprendida por la vulnerabilidad que expresaba su tono. Marcus estaba realmente preocupado por tener que dejarla.

–Por supuesto que te perdono, Marcus, siempre –posó un dedo en sus labios–. No te preocupes. No olvides que yo también tengo un negocio que atender, así que te comprendo –mientras se dirigían hacia el ascensor, continuó tranquilizándolo–. En realidad, yo también voy a estar muy ocupado. Vamos a abrir una tienda en París.

–¿Y no crees que es un poco precipitado? –le preguntó Marcus, mientras salían al vestíbulo del hotel.

–En realidad no. Después de la cena de ayer, Ted y yo nos quedamos a ver el espectáculo. Fue una noche muy divertida. Estuvimos bailando y bromeando y al final Ted se mostró de acuerdo en invertir dinero para expandir KHE –sonrió radiante–. Fue magnífico, pero eran las tres cuando llegué a casa. Estaba tan emocionada. Creo que me acosté cerca de las cinco de la madrugada, esta mañana hemos firmado el contrato y nos hemos ido juntos a comer para celebrarlo.

Hablaba en plural refiriéndose también a Harry y a Katy, pero Marcus llegó a una conclusión completamente diferente. ¡Había llegado a casa a las tres y no se había dormido hasta las cinco! No hacía falta ser Einstein para llegar a una conclusión. Y él que habría jurado que había sido su primer amante… Aquella mujer había vuelto a engañarlo.

–Ya veo que lo tenías todo perfectamente planeado. Me alegro por ti –contestó, controlando su furia–. Vamos, métete en el coche.

Eloise no advirtió el frío glacial de sus ojos mientras la ayudaba a ponerse el cinturón. Solo fue consciente de la masculina fragancia de su cuerpo y del magnetismo que todo él exudaba.

Marcus detuvo el coche en la entrada de su casa y cuando Eloise se volvió para despedirse de él, este ya había salido y estaba abriéndole la puerta de pasajeros. Confiada, Eloise lo tomó del brazo mientras salía.

–¿Tienes llave?

–Sí, ¿quieres pasar?

–No, tengo prisa.

Eloise lo miró sintiéndose insegura. No sabía muy bien lo que había que hacer después de haberse acostado con un hombre. De pronto, se sentía nerviosa sin saber por qué.

–Bueno, gracias por una noche tan encantadora –le dijo suavemente y le tendió estúpidamente la mano.

–Creo que ya hemos pasado la etapa de estrecharnos la mano, Eloise –repuso Marcus burlón–. Me pondré en contacto contigo, pero creo que ahora voy a tener que pasar algún tiempo en los Estados Unidos.

A Eloise se le cayó el corazón a los pies. Era posible que pasara semanas sin verlo.

–Prométemelo –le exigió con urgencia. Había algo en el frío distante de su mirada que la preocupaba.

Marcus arqueó irónicamente una ceja.

–Oh, te lo prometo, Eloise.

La rodeó con los brazos y tras besarla con fiereza, dio media vuelta y se alejó en el coche antes de que Eloise tuviera siquiera oportunidad de desearle buenas noches.

Capítulo 4

Qué te parece? –Eloise hizo una pirueta, mostrando un vestido negro sin tirantes que le llegaba por encima de las rodillas y se pegaba como una segunda piel a cada una de sus curvas–. ¡La nueva Eloise!

Era sábado por la tarde y Eloise había pasado casi todo el día comprando todo un nuevo guardarropa. Durante la última hora, había estado probándose los modelos delante de Katy.

–Estoy asombrada. Todos son preciosos. Has sufrido una auténtica metamorfosis.

–Lo sé –Eloise se sentó al lado de Katy en el sofá–. En realidad nunca había sentido la necesidad de hacer una cosa así y además, sabiendo que Ted va a invertir en la firma, ya no me siento culpable por gastar tanto dinero.

–En realidad, creo que tu nueva línea de ropa tiene muy poco que ver con nuestro negocio y está directamente relacionada con un griego de ojos negros. Y me alegro por ti, pero creo que deberías tener cuidado.

Eloise sintió que se ruborizaba. Katy tenía razón. Desde la cena con Marcus, su actitud había cambiado. Habían pasado cuatro días desde que había hecho el amor con él y ya lo estaba echando de menos. Le bastaba pensar en los besos que habían compartido para sentir el sabor de sus labios, y cuando recordaba lo que había ocurrido después, todo su cuerpo ardía.

–¿Me has oído? –Katy se rio al ver la expresión soñadora de su amiga–. Tienes que tener cuidado.

–No sé a qué te refieres. Solo he cenado una vez con Marcus –por supuesto, no le había contado a su amiga todo lo ocurrido–. En cuanto a lo de tener cuidado, ¿no lo tengo siempre? –musitó secamente–. Vamos, te ayudaré a subir a casa. Harry debe estar a punto de llegar.

En ese momento se oyó un portazo al que siguió el grito de Harry llamando a su esposa.

–Hablando del rey de Roma –rio Eloise, mientras acompañaba a su amiga al apartamento.

Media hora después, regresaba a su casa. Harry había vuelto de

París habiendo cerrado un contrato que les permitiría abrir allí una nueva joyería. Todo iba a salir maravillosamente y lo único que faltaba para que la vida de Eloise fuera perfecta era el regreso de Marcus.

Eloise se sentó a leer relajadamente el periódico y, en cuestión de segundos, todo su anterior estado de felicidad se hizo añicos. El estómago le dio un vuelco en cuanto fijó la mirada en las páginas de sociedad. En ella aparecía Marcus Kouvaris acompañado por Nadine asistiendo a un baile benéfico que se había celebrado el martes por la noche. La misma noche que Eloise había estado en el hotel.

Eloise quería gritar. Qué tonta había sido. Se había imaginado a sí misma manteniendo una relación maravillosa con Marcus. Había albergado absurdos sueños de amor que contemplaban hasta la posibilidad de matrimonio. Incluso había renovado todo su guardarropa esperando su próxima llamada.

Apretó los dientes, furiosa por su ridícula conducta y lentamente, como si de pronto hubiera envejecido cincuenta años, se levantó dejando caer el periódico al suelo y se dirigió a su dormitorio. Una vez allí, se tiró en la cama y dio rienda suelta a las lágrimas.

Ella todavía podía recordar cada caricia, cada beso, la maravilla de sentir a Marcus dentro de ella. Pero era evidente que lo que para ella había sido un milagro, para Marcus solo había sido otra cana al aire.

El trabajo fue la salvación de Eloise, pero cuando no estaba ocupada, se descubría a sí misma intentando justificar la conducta de Marcus. Quizá la cita con Nadine había sido completamente inocente. A lo mejor todavía la llamaba, se decía esperanzada. Y después se despreciaba a sí misma por aquella debilidad.

Pero terminó marzo y llegó abril. Y después mayo. Y Marcus no volvió a ponerse en contacto con ella. Eloise por fin admitió que había vuelto a olvidarla.

Katy dio a luz a un precioso bebé, Benjamin, y Eloise se volcó más que nunca en el negocio. Pero diseñar era su principal ocupación, así que decidió emplear a dos personas más: un joven, Peter, que la ayudaba a montar las piezas y Floe Brown, una mujer de cincuenta años que era una auténtica joya. Cuando no ayudaba a Harry en la oficina, se encargaba de atender al bebé para que Katy pudiera trabajar.

Eloise terminó alegrándose de haber renovado su vestuario. Sorprendentemente, descubrió que le daba mucha más seguridad en sí misma. Como Katy estaba pendiente del bebé, le tocaba a ella hacerse cargo de muchos aspectos relacionados con la publicidad del negocio y aquella nueva sofisticación le era de gran ayuda para enmascarar su naturaleza íntima y reservada.

Era una cálida tarde de junio y faltaban solamente dos horas para que se inaugurara la tienda de París. Eloise miró alrededor del elegante establecimiento con ojo profesional, segura de que iba a ser un éxito. Habían invertido una considerable cantidad de dinero y habían contraído importantes deudas, pero según Harry, nada que no pudieran controlar.

–Muy bien, Jeff. Te dejo a cargo de todo. No toques nada y no se te ocurra empezar ya con el champán. Katy, Harry y yo estaremos de vuelta alrededor de las cinco y media y la inauguración comenzará a las seis, ¿de acuerdo?

–Deja de preocuparte y vete a ponerte guapa. Julián quiere conseguir buenas fotografías esta noche para poder venderlas a las revistas de sociedad. Con que vengan la mitad de los invitados, la fiesta ya será un éxito, así que no te preocupes más.

Pero una hora después, de pie frente al espejo del baño del hotel, Eloise no podía dominar sus nervios. Se aplicó una nueva capa de brillo de labios y retrocedió un paso. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza en una corona de rizos. El maquillaje era sutil: sombra de ojos, perfilador y un poco de máscara para las pestañas era todo lo que había necesitado. Alrededor del cuello llevaba una gargantilla de jade que caía sobre su pecho con un intrincado diseño y realzaba la palidez de su piel. Unos pendientes a juego y un brazalete completaban el modelo.

Eloise se pasó las manos por las caderas, acariciando la suave tela de su vestido negro.

Sí, Katy tenía razón, era el modelo ideal para la joyería, pensó mientras abandonaba el baño y se dirigía hacia la habitación de sus amigos.

–Por fin –estalló Harry. Abrió la puerta en cuanto Eloise llamó–. Vamos a llegar tarde.

–Que no cunda el pánico, Harry. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Y así fue, pensaba Eloise tres horas después, en medio de una sala abarrotada de gente. Los dos empleados franceses que habían

contratado estaban ocupados en todo momento. Julián estaba feliz, tomando fotos de las cuatro supermodelos que asistieron. Estaban también presentes cuatro de los mejores diseñadores franceses, además de algunas de las más importantes fortunas del país.

–Te lo dije, Eloise –Ted Charlton apareció de pronto a su lado–, tienes madera de ganadora, nunca lo he dudado.

–Eso espero, tanto por tu bien como por el nuestro –le contestó con una sonrisa.

–Oh, yo soy lo de menos –replicó Ted y, cambiando bruscamente de tema, le preguntó–: ¿Qué tal te va con Marcus Kouvaris?

Eloise se tensó al instante.

–Cené con él hace mucho tiempo. Supongo que podría decirse que somos amigos, o conocidos, sí quizá sea esa la palabra más adecuada. ¿Por qué lo preguntas?

Ted tomó una copa de champán de la bandeja de un camarero antes de volver a prestar atención a Eloise.

–Quiero invitarte después a cenar. Ya hablaremos entonces, ¿de acuerdo?

–De acuerdo, Ted.

–Magnífico –le palmeó el hombro y volvió a fundirse entre la multitud.

Eloise sacudió la cabeza. Ted estaba ya medio borracho. Eloise vació su propia copa y la dejó sobre una mesa.

–Hola, Ted, me alegro de volver a verte.

Eloise distinguió aquella voz profunda en medio de la multitud y se quedó completamente helada. Era Marcus Kouvaris. ¿Qué estaría haciendo allí? Desde luego, ella no lo había invitado. Aunque podría haberlo hecho si él se hubiera tomado la molestia de ponerse en contacto con ella, le obligó a admitir su innata sinceridad, mientras luchaba por controlar los latidos de su corazón.

Cuando por fin pudo recomponer su expresión y disimular la sorpresa, giró con la cabeza alta y dejó que su mirada vagara por la habitación. Entonces lo vio. Tenía la cabeza inclinada hacia una de las modelos y aparentemente estaba escuchando lo que ella estaba diciendo.

Eloise no podía apartar los ojos de él. Fuera lo que fuera, el magnetismo animal de aquel hombre era indiscutible.

De pronto, Marcus alzó la cabeza y clavó en ella aquellos ojos negros como la noche. Eloise tenía ganas de gritarle, de

preguntarle dónde demonios se había metido durante aquellos tres meses. Por supuesto, no lo hizo, e incluso consiguió dirigirle una tensa sonrisa antes de desviar la mirada.

Fingió interesarse por la conversación de una anciana dama que estaba admirando su gargantilla, pero no oía una sola palabra de lo que le decía.

De pronto, alguien le rozó el brazo para llamar su atención. Marcus estaba a su lado. Obligándose a mantener el frío y sofisticado aspecto que le correspondía a una mujer de negocios, Eloise se volvió hacia él.

–Marcus, qué sorpresa. Pensaba que estabas demasiado ocupado para asistir a este tipo de cosas.

–Ah, Eloise, ¡cómo iba a perderme la apertura de tu tienda! –replicó él con humor–. Pero siento no haberme puesto antes en contacto contigo. He estado muy presionado por el trabajo, ya sabes cómo son esas cosas.

–Sí, por supuesto –Eloise no podía decir otra cosa. Ella no tenía ningún derecho sobre aquel hombre.

–Sabía que lo comprenderías.

–Sí, claro, siempre he sido una chica muy comprensiva –intentó bromear.

–Y también muy guapa. Estás fantástica –alargó la mano hacia la gargantilla que llevaba en el pecho–. ¿Es uno de tus diseños?

Estaba demasiado cerca. Su masculina fragancia y el roce de sus dedos parecían confabularse para volver a encender el deseo en Eloise. Tragó saliva y dio un paso hacia atrás.

–Exquisita. Felicidades, Eloise. Parece que tu última aventura va a ser un gran éxito.

–Gracias. Eso espero –respondió ella intentando sonreír.

–¿Quién puede dudarlo? Al fin y al cabo, tu madre fue una mujer de éxito, y es evidente que tú has heredado su talento.

–¿Tú crees?

–Estoy convencido –respondió él, arqueando irónicamente una ceja–. Pero dejémonos de convencionalismos y vayamos a lo que realmente me interesa.

El resplandor de sus ojos y su forma de recorrer con ellos la esbelta figura de Eloise no dejaba ningún espacio a la duda.

–La verdad es que me ha sorprendido verte aquí. No recuerdo haberte invitado.

–Tú no, pero Ted Charlton sí me invitó.

Eloise lo miró completamente estupefacta.

–No sabía que lo conocías hasta ese punto.

–Veo que te sorprende –contestó él con una sonrisa–. Pero no hablemos ahora de Ted; hablemos de ti. Supongo que sería absurdo esperar que no estés saliendo con nadie. En París hay demasiados hombres que seguro han reclamado tu atención.

–No creo que eso sea asunto tuyo –esbozó una irónica sonrisa.

–Yo pensaba que éramos amigos. Cuando esto termine, me gustaría invitarte a cenar.

–Gracia por la invitación, pero ya tengo otra cita.

¿Por qué clase de estúpida la tomaba? Se había acostado con ella, la había abandonado como a un trapo viejo y pretendía volver a seducirla otra vez.

–Es una pena. Quizá en otra ocasión. Recuerdo que la última vez que cenamos juntos parecías disfrutar de mi compañía, y desde luego, yo disfruté de la tuya.

Eloise se puso roja como la grana. ¿Cómo se atrevía a recordárselo? Lo hubiera abofeteado con gusto para borrar aquella estúpida sonrisa de su rostro. Apretó los puños, intentando controlarse.

–Eloise, ¿no es maravilloso? –Katy fue su salvación.

La mirada de Eloise voló hacia el rostro de su amiga.

–Sí, es magnífico.

–Por el amor de Dios, alégrate, Eloise. Estamos teniendo un gran éxito. Disfrútalo y preséntame a este hombre maravilloso.

Eloise estuvo a punto de gritar, pero no tenía otra opción, así que hizo las presentaciones y observó con frialdad las palabras con las que Marcus, alabando su belleza y su intuición para los negocios, encandiló a su amiga.

–Creo que a Harry ya lo conoces –comentó Eloise cuando este se unió al grupo.

–Sí, es el guardián de vuestra casa. Y no puedo decir que te culpe, Harry, teniendo dos bellezas como estas de las que cuidar.

–Tu machismo es realmente notable –bromeó Katy y todos se echaron a reír.

–Entonces me disculparé invitándoos a cenar.

–No, no –Ted apareció en aquel momento–. Esta noche invito yo. Eloise ya ha aceptado la invitación, pero ¿por qué no vamos todos juntos? Y tú también, Marcus. Así ahorraremos tiempo.

–¿Eloise? –Katy dejó que tomara su amiga la decisión.

¿Ahorrar tiempo para qué?, se preguntó Eloise brevemente, pero forzó una sonrisa.

–Claro, cuantos más seamos más nos divertiremos.

–Entonces no hay más que hablar –exclamó Harry–. Demos las

gracias a todos y despidámonos de los invitados. Jeff y Julián pueden encargarse de cerrar. La fiesta ya se ha prolongado media hora más de lo previsto y no estoy acostumbrado a cenar tan tarde. Tengo el estómago en los pies.

Una hora después, los cinco estaban sentados en una mesa próxima a la pista de baile de un club del barrio latino, disfrutando de una espléndida cena.

–Ya no pudo más –gimió Katy, mirando los restos de una crema de chocolate–. Y si no vuelvo pronto al hotel, nuestro hijo no tardará en empezar a berrear.

–Antes de que os marchéis –intervino Ted–, tengo algo que deciros.

La cena había sido una tortura para Eloise, que había estado intentando mantener una conducta agradable y despreocupada a pesar de la presencia de Marcus. Cuando Katy había propuesto marcharse, no había podido evitar un suspiro de alivio. Pero estaba completamente equivocada. Aquello solo era el principio.

–Katy, Eloise, tengo que anunciaros algo –declaró Ted.

Eloise advirtió inmediatamente las miradas conspiratorias que intercambió con Marcus y con Harry.

–Le he vendido mi participación en KHE a Marcus. Él me ha hecho una oferta que no podía rechazar y se ha comprometido a invertir el doble de lo que yo tenía previsto.

Eloise se sentía como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Miró a Marcus y él le devolvió la mirada sin pestañear. Su rostro no expresaba emoción alguna. Eloise escrutó su mirada, intentando descubrir sus intenciones, pero no encontró nada. ¿Qué demonios se propondría Marcus invirtiendo en su negocio?

–¿Lo sabías? –le preguntó Katy a Harry.

–Sí, pero no quería preocuparte. Además, el trato lo cerramos hace tres días y no queríamos que los socios de París tuvieran noticia de que estaban cambiando los planes. Ya sabes cómo es la prensa, le encanta propagar cualquier posible rumor de inestabilidad.

–Tu marido tiene razón, Katy. No tengo intención de interferir de ninguna de las maneras en vuestro trabajo. Eloise y tú podréis seguir contando con la misma libertad artística que hasta ahora –se volvió hacia Eloise y dijo, mirándola a los ojos–: Te lo prometo. Yo me limitaré a proporcionar dinero dónde y cuando sea necesario –una sonrisa fugaz curvó sus labios.

Eloise se retorcía las manos en el regazo. Marcus permanecía allí sentado, frío, tranquilo e inmensamente seguro de sí mismo. Y

ella solo era capaz de pensar en que aquella sonrisa nunca alcanzaba sus ojos.

–Será estupendo, Eloise –le aseguró Harry.

–Deberíais habérnoslo contado. Ted, es… era –se interrumpió al ver a Katy hablando animadamente con Marcus. Era evidente que ella ya había aceptado el trato.

–¿Estás de acuerdo con este nuevo arreglo, Eloise? –le preguntó por fin Katy–. Personalmente, creo que es una oportunidad increíble.

¿Una oportunidad para quién?, se preguntó Eloise. ¿Y realmente le quedaba a ella alguna opción?

–Sí, probablemente tengas razón –admitió.

A partir de entonces, prácticamente no intervino en la conversación. Estaba demasiado ocupada intentando poner orden en el caos de sus pensamientos y sus emociones.

Aquello no tenía sentido. Si Marcus la quisiera, quizá habría comprendido que invirtiera en KHE. Pero no se había puesto en contacto con ella desde hacía meses. ¿Por qué lo habría hecho entonces?

Pidieron otra botella de champán y se hizo un brindis por el nuevo socio.

–Sé que he dicho que no interferiré en la dirección del negocio –aquel comentario de Marcus hizo que Eloise se tensara en su asiento–, pero creo que KHE es un nombre un tanto críptico para una joyería de diseño. No pretendo faltaros al respeto, Katy y Harry, pero ¿habéis considerado alguna vez la posibilidad de un nombre como Diseños Eloise? Es mucho más sofisticado –Marcus dejó caer el nombre original, inventado por Chloe y Eloise durante una conversación y miró a esta última con los ojos entrecerrados. Esta tenía un aspecto tan culpable como el pecado, tal como él esperaba. Aunque no esperaba el silencio que se hizo a continuación.

Se volvió hacia Katy. Esta estaba mirando a Eloise con una mezcla de horror… ¡y de compasión! Había algo entre ellas que Marcus no conseguía comprender.

–Lo pensaremos –contestó Katy–, pero KHE nos parece más enigmático.

Eloise suspiró aliviada cuando Marcus, tras aceptar la explicación de Katy, la invitó a bailar. Por lo menos eso lo mantendría alejado de la mesa unos minutos y le daría tiempo para intentar ordenar sus pensamientos.

–No, lo siento Marcus. Harry y yo ahora somos padres, creo

que ya es hora de que llamemos a un taxi y volvamos con nuestro hijo. En cuanto a Ted, con todo lo que ha bebido, me temo que no podrá volver solo al hotel, así que nos lo llevaremos con nosotros.

–¿Y tú Eloise? ¿Quieres que bailemos, o también vas a abandonarme?

Eloise sintió que el color le subía a las mejillas y rezó para que nadie lo advirtiera. Había sido sorprendentemente consciente de Marcus durante toda al velada. De los ocasionales roces de su pierna por debajo de la mesa, de cuando posaba la mano amistosamente sobre su brazo… Sin siquiera proponérselo, había conseguida ponerla en un estado de tensión insoportable. De modo que lo último que le apetecía era bailar con aquel hombre.

–No… –comenzó a excusarse.

–Por supuesto que sí –la cortó Katy, levantándose–. Lleva ya dos días resolviendo todo tipo de problemas, así que no creo que le venga nada mal divertirse esta noche.

–Creo que puedo hablar por mí misma –contestó Eloise cuando por fin recuperó la voz.

–Lo sé, Eloise –respondió Katy, poniéndose repentinamente seria–. Lo siento.

Marcus miró alternativamente a una y otra mujer, pensando que iba a ocurrir algo entre ellas, pero rechazó aquella idea en cuanto Eloise habló.

–No tienes por qué disculparte –alzó su mirada desafiante hacia Marcus y añadió–: Sí, me gustaría bailar –se había prometido no volver a temer a ningún hombre nunca más y no pensaba dejar que Marcus la intimidara.

De modo que, después de que los demás se marcharan, Eloise se encontró entre los brazos de Marcus, moviéndose por la pista de baile.

Marcus miraba su gesto altivo y podía sentir su tensión. Tensión que él contribuía a intensificar estrechándose descaradamente contra ella.

Eloise se estremecía en respuesta, pero luchaba para evitar que aquel sentimiento la dominara.

–¿Vas a decirme por qué después de ignorarme durante tres meses de repente has decidido invertir en nuestra empresa?

–Creo que los dos conocemos la respuesta –contestó Marcus con una irónica sonrisa.

–No tengo la menor idea. Pero estoy convencida de que terminarás diciéndomela –estaba demasiado cansada para discutir, y en cuanto la abandonó parte de la tensión, decidió relajarse en

sus brazos.

Sabía perfectamente lo que Marcus pretendía, pero en lo que a él concernía, ya era demasiado tarde.

Marcus era consciente de que aquel abandono era una suerte de burlona rendición, pero saberlo no mitigó el impacto de sentir aquel cuerpo sensual contra el suyo. Marcus estuvo a punto de gemir en voz alta. Eloise era tan hermosa, tan dulce, tan receptiva… ¡Dios! ¿De dónde había salido aquella mujer?

Conteniendo su enloquecedora libido, Marcus se detuvo y la separó ligeramente de él. Vio la sorpresa reflejada en sus ojos, pero la ignoró.

–Creo que tenemos que hablar, pero no aquí, en un lugar privado. Tú eliges, ¿vamos a tu hotel o a mi apartamento?

Capítulo 5

Había estado a punto de volver a dejarse conquistar por su formidable encanto una vez más, pensó Eloise desconcertada. Pero si pensaba que en aquella ocasión iba a poder seducirla, Marcus estaba muy equivocado.

–De verdad, Marcus, seguro que se te puede ocurrir algo mejor que eso. He visto mejores estrategias en algunos adolescentes.

–Estoy seguro –repuso Marcus sombrío–. Pero al contrario que Ted Charlton, yo no pienso conformarme con una aventura de una noche.

–¿Tú crees que… que Ted y yo…? ¿Pero entonces por qué…?

Agarrándola del codo, Marcus la condujo hacia la mesa.

–Tú le robaste a mi familia. Y quiero que vuelvas a mi cama hasta que considere que has saldado la deuda que has contraído conmigo.

Eloise lo miró boquiabierta. Intentó hablar, pero su garganta no emitía el menor sonido. Al sentir el borde de la silla detrás de las rodillas, se dejó caer y miró aterrada a su alrededor. Continuaba estando en el mismo club, pero se sentía como si fuera Alicia en el País de las Maravillas cayendo por el agujero negro.

¿Cómo era posible que Marcus estuviera acusándola de haberse acostado con Ted Charlton? Lo miró furiosa. ¿Y qué era eso de que le había robado? Por lo que ella sabía, Marcus acababa de invertir en su negocio. ¿Se habría vuelto loco?

–Estás loco. Has perdido completamente la razón.

–No. Tengo pruebas, Eloise. Esta vez no te vas a escapar de las consecuencias de tus actos. Voy a asegurarme de que no lo hagas.

Se cernía sobre ella como una especie de ángel vengador. O de demonio, para ser más exactos, se corrigió.

–Yo no he robado nada en mi vida. No sé de qué estás hablando, de verdad.

–Mentirosa. La última vez que nos vimos te acostaste conmigo solo para suavizarme… y estuviste a punto de conseguirlo.

Eloise se encogió como si acabaran de golpearla. Abrió la boca para volver a decirle que ella no le debía nada, pero el miedo le atenazó la garganta cuando recordó que la había amenazado con

volver a llevarla a su cama.

¡Tenía que salir cuanto antes de allí! Agarró su bolso e intentó levantarse, pero Marcus se lo impidió, posando la mano en su hombro y obligándola a sentarse.

–Siéntate –le ordenó.

Eloise no podía pensar. Estaba paralizada por la impresión. Se sentía enferma y su miedo crecía al darse cuenta de que Marcus realmente creía lo que estaba diciendo.

–Sé lo que eres, Eloise. Bajo esa fachada de inocencia se esconde una auténtica ladrona –fijó en ella su mirada con una intensidad inconfundiblemente sexual–. Pero todavía te deseo y hasta que considere que has pagado la deuda que tu madre contrajo conmigo, permanecerás a mi lado.

–¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto? –preguntó Eloise con voz trémula.

–¡Oh, por favor, Eloise, no te hagas la inocente! Pero bueno, haremos las cosas tal como quieres –le aclaró con impaciencia–. Te lo explicaré. Chloe alquiló la casa de mi tío, lo sedujo y le persuadió para que invirtiera medio millón en un negocio de joyas, con tu ayuda, Eloise. Y en cuanto tu madre cobró el cheque, desaparecisteis las dos.

Abrumada por el escenario que Marcus acababa de presentar, Eloise sintió que la tensión se apoderaba de cada uno de sus músculos. Porque en el fondo de su corazón, tenía la terrible sensación de que podía ser cierto. Su madre tenía mucha relación con Theo Toumbis cuando estaban en Rykos. Y se habían marchado precipitadamente de la isla. Quizá Chloe le había pedido dinero. Eloise no conocía suficientemente a su madre como para saber si eso podía o no ser cierto. Pero su madre había muerto y, aunque solo fuera por respeto a su memoria, se merecía que la defendiera.

–¡Y esperas que me convierta en tu… amante hasta que pague esa supuesta deuda! –arrastró la silla hacia atrás e intentó levantarse.

Marcus la imitó, con una sonrisa glacial en sus labios.

–Piensa en ello. O aceptas mis condiciones o retiro el dinero de tu empresa. Sin el capital para mantener la sucursal de París, os encontraríais de pronto con una montaña de deudas y en muy poco espacio de tiempo la empresa entraría en bancarrota. Yo me aseguraría de ello.

–¡No puedes hacernos una cosa así! No te lo permitiré.

–No puedes hacer nada para impedirlo. Habla con Harry si

quieres, él te lo confirmará. Tienes hasta mañana para decidirte. Pero creo que no deberías perder de vista el bienestar de Katy, Harry y el pequeño antes de tomar una decisión –dejó un puñado de papeles sobre la mesa–. Vamos, te acompañaré a un taxi.

–No necesito pensar –le espetó. La furia había acabado completamente con sus temores–. La respuesta es no. Y en cuanto a Katy y Harry, son mis amigos. Ellos me apoyarán e ignorarán tu ridícula acusación –Eloise dio un par de pasos y se volvió hacia él–. Y yo misma puedo conseguir un taxi –siseó–. No soy nada tuyo y por mí, ese contrato puede disolverse mañana mismo.

–Como quieras. En ese caso nos veremos en los tribunales.

Eloise sintió que la sangre abandonaba su rostro. Se quedó helada. Había estado una sola vez en los tribunales y aquella había sido la peor experiencia de su vida. No podía enfrentarse a otro juicio. Tomó aire, luchando contra el pánico que amenazaba con superarla y volvió el rostro lentamente hacia él.

–¿A los tribunales? ¿Qué quieres decir?

–A no ser que lleguemos a un acuerdo, te denunciaré –se encogió de hombros y curvó los labios en una cínica sonrisa–. Tú decides, pero ya no puedes esperar hasta mañana. Quiero que contestes esta noche.

–Antes quiero ver esas pruebas –respondió Eloise quedamente.

–Están en mi apartamento, a diez minutos de aquí –Marcus se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros–. Podemos continuar allí esta conversación. Estoy seguro de que estarás de acuerdo.

¿Tenía un apartamento en París? Y por qué no. Una risa histérica revoloteaba en su garganta. Aquel hombre lo tenía todo; era un hombre poderoso, una leyenda en el mundo de las finanzas. Un hombre acostumbrado a tener todo lo que se le antojara; a recibir y no a dar.

Aun así, estando tan cerca de él, podía percibir su almizcleña fragancia y su piel traicionera cosquilleaba allí donde él la tocaba. Si no lo hubiera conocido, podría haber hecho de ella todo lo que quisiera. Pero ya no era ninguna ingenua, pensó Eloise con una sonrisa irónica mientras inclinaba afirmativamente la cabeza. Y odiaba que un hombre, cualquier hombre, intentara manipularla.

El apartamento de Marcus era pequeño y, obviamente, había sido diseñado pensando en un hombre soltero. El salón y la cocina, que no tenía otra función que calentar ocasionalmente algún café, formaban una sola pieza. Una puerta cerrada conducía a lo que Marcus le indicó era el dormitorio, con baño incluido.

Eloise se acercó hacia la ventana y contempló el reflejo de la luna sobre el Sena, estupefacta ante la jugada que le había preparado el destino.

–¿Te apetece tomar una copa? –le preguntó Marcus, manteniéndose cerca de ella.

Eloise se volvió hacia él.

–No, lo que quiero es que me enseñes esas pruebas. Y rápido. No todos los días la acusan a una de ser una ladrona.

–Ahora las tendrás.

Marcus cruzó la habitación para acercarse a un escritorio, abrió un cajón, sacó un portafolios y lo dejó sobre la mesa, colocando sobre él uno de los documentos que encerraba.

–Tómate todo el tiempo que quieras –dijo con voz burlona–. Yo necesito una copa.

Eloise se acercó al escritorio, levantó el documento y leyó la primera línea. Aparentemente, era un contrato entre Chloe Baker y Theo Toumbis. En él, Chleo le vendía a Theo la mitad de su última aventura empresarial, un negocio dedicado al diseño de joyas, Diseños Eloise, por quinientas mil libras.

Con creciente horror, Eloise leyó el documento y las tres firmas que aparecían al final del contrato: Chloe Baker, Theo Toumbis y Eloise Baker.

Se quedó mirando su propia firma aterrorizada. Era una réplica exacta de su firma, pero en realidad, ni siquiera era su verdadero nombre.

–Yo no he firmado esto –miró a Marcus–. Tienes que creerme. No lo había visto en mi vida. Y además, me apellido Smith –protestó.

–Entonces, ¿hace cinco años no fingías ser la hermana de Chloe, no estuviste en Rykos y no sabes nada de ese contrato?

–No, sí y no –bajó la mirada hacia el documento que tenía en la mano–. Chloe debió falsificar mi firma –musitó, estupefacta ante el aparente engaño de su madre.

Marcus tenía razón: se había hecho pasar por la hermana de Chloe en la isla. Cualquier buen abogado podría hacer picadillo su proclamada inocencia. Dejó caer el documento en el escritorio y, en el proceso, vio el portafolios azul.

–¡Oh, no! –exclamó horrorizada al verlo. Sabía lo que contenía antes de abrirlo, pero lo abrió, consciente de que sus peores temores estaban a punto de confirmarse.

–Claro que sí, Eloise –Marcus apareció a su lado con una copa–. Creo que ahora vas a necesitar esto.

Eloise tomó la copa y bebió precipitadamente. No estaba segura de si era brandy o whisky, pero tosió violentamente. Pasó por delante de Marcus y se dejó caer en el sofá con un movimiento particularmente carente de gracia. Todo vestigio de color había desaparecido de su rostro. ¿Cómo podía haberle hecho su madre una cosa así?

No solo había falsificado su firma, sino que aquel portafolios contenía una copia del proyecto que Eloise había elaborado para la universidad. La única diferencia era que Chloe se nombraba a sí misma como creadora del proyecto. Un elaborado proyecto que incluía los costes, el trabajo de diseño, la publicidad… y todo lo necesario para remontar una empresa, Diseños Eloise, hasta los primeros puestos del mercado.

Bebió otro sorbo de alcohol. Lo necesitaba. Ni en sus peores sueños habría sido capaz de imaginar que su madre utilizaría su firma y su trabajo para sacarle dinero a un hombre. Pero, por lo poco que había visto hasta entonces, eso parecía ser exactamente lo que había hecho su madre. Impactada por la sensación de vergüenza y humillación ante las acciones de su madre, vació la copa.

El alcohol la golpeó violentamente. Eloise se recostó contra el respaldo del sofá y cerró los ojos, incapaz de soportar la enormidad de aquel engaño. Los abrió lentamente y distinguió a Marcus bajo la sombra de sus largas pestañas. Se había quitado la chaqueta y la corbata y llevaba la camisa abierta hasta el pecho. Estaba apoyado con gesto indolente contra la chimenea, dando vueltas a un vaso de whisky, como si nada le importara.

–Así que, al parecer, mi madre engañó a tu tío para que invirtiera en una empresa inexistente. Es cierto que el proyecto que utilizó era mío. Ese es el proyecto que presenté al final de la carrera, pero nada más. Mi madre lo utilizó como reclamo. Pero KHE no es la misma empresa y el problema de tu tío no tiene nada que ver conmigo –declaró Eloise desafiante, y se levantó–. Y puesto que ahora están los dos muertos, dudo mucho que puedas denunciar a nadie –terminó cáusticamente.

–Deberías continuar dedicándote al diseño, Eloise. Es obvio que no sabes nada de leyes. Yo soy el testamentario de Theo y como tal, puedo denunciar a cualquiera en nombre de su familia –la informó sombrío–. El nombre que utilizabas entonces era el mismo que aparece en el contrato. Y sucede que el dinero de Theo terminó en una cuenta bancaria a nombre de tu madre y tuyo. Y también sé que vaciaste esa cuenta para comprar la casa que

utilizas para tu negocio.

Eloise se quedó helada. Apretaba con tanta fuerza la mano con la que sujetaba el bolso que tenía los nudillos blancos.

–Oh, Dios mío –gimió.

Había olvidado aquella cuenta conjunta. La cuenta que su madre había insistido en abrir para guardar el dinero obtenido con la venta de la casa de los abuelos de Eloise. Un dinero que esta no había querido tocar hasta que había muerto su madre. La había sorprendido la cantidad de dinero que en ella había, pero, como había dicho entonces el abogado de Chloe, su madre había tenido un gran éxito en los negocios.

¿Pero en qué negocios exactamente? ¿Su madre se dedicaba a robar? ¡Había sido capaz de robar a su propia hija! Era indudable que Chleo había utilizado el proyecto de Eloise para conseguir que Theo invirtiera en una empresa fantasma y había falsificado su firma…

Eloise comprendió con infinita tristeza que jamás había conocido a su madre. Se había dejado llevar por la visión idealizada de la mujer brillante y exitosa. Al comprender que aquello solo era un mito, la desilusión fue total.

–Esperar la intervención divina no va a servirte de nada –se burló Marcus–. Tienes dos opciones: aceptar mi trato o los tribunales. Tú eliges.

Lo que no sabía Marcus era que Eloise no tenía ninguna posibilidad de elegir. No podía ir a los tribunales después de todo lo que había pasado. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para no terminar suplicándole, volvió a sentarse en el sofá.

–¿Por qué me haces esto? –le preguntó, con una mirada glacial–. ¿Por qué has invertido en una empresa a la que quieres arruinar?

–Tengo que admitir que ese no era el plan inicial. Theo fue un estúpido; le dio dinero a tu madre en un momento en el que él estaba ampliando su propio negocio en Rykos. Era un dinero del que no podía permitirse el lujo de prescindir y, durante cuatro años, tuvo serios problemas financieros, pero era demasiado orgulloso para pedirme ayuda. Solo me contó lo que había ocurrido una semana antes de morir, cuando su empresa estaba a punto de quebrar.

–De quebrar –casi gimió Eloise. Aquello empeoraba por segundos.

–Obviamente, como testamentario suyo, me corresponde

asegurarme de que su esposa y su hija no sufran por culpa de su estupidez. La venganza es un sentimiento completamente humano, y, lo admito, yo quería vengarme de tu madre. Me llevó algún tiempo que el detective que había contratado la localizara, y solo para descubrir que estaba muerta y no tenía ninguna hermana. Solo tenía una hija. Sin embargo, en memoria de la joven inocente a la que había conocido, pretendí concederte el beneficio de la duda. Me decía a mí mismo que en aquella época probablemente actuabas influenciada por tu madre. Comprobé la situación de KHE y al ver que era una empresa con potencial, me dispuse a pedirte que me devolvieras el dinero invertido por Theo.

–Es una buena idea –se mostró de acuerdo Eloise, con un brillo de esperanza en la mirada–. Estoy segura de que podremos llegar a algún tipo de acuerdo.

–Oh, no, Eloise. Esa opción ha desaparecido –se acercó hasta ella–. En realidad, estaba dispuesto a comprometer mis propias convicciones porque quería verte en mi cama para terminar lo que habíamos empezado hace cinco años. Pero ya no –respondió con sedosa suavidad–. No desde que descubrí que después de haberte acostado conmigo no te importó confesar que también lo habías hecho con Ted Charlton, simplemente para que invirtiera en tu negocio.

–¡Eso es mentira! –exclamó Eloise, horrorizada por aquella absurda acusación.

–¿Y se supone que tengo que creerte?

Eloise se levantó de un salto.

–Estás equivocado, ¡yo nunca me he acostado con Ted!

–Ted no me dijo lo mismo. Me llamó a Nueva York y me ofreció su parte de KHE. Al parecer los abogados de su ex esposa lo han dejado sin blanca y necesitaba dinero en efectivo, así que decidí ayudar a Ted a superar su problema y adquirí parte de lo que, de todas formas, debería haberle pertenecido a mi tío.

–Así que lo hiciste para ayudar a Ted. Qué gesto tan altruista –se burló.

–Eso pensaba yo, hasta que salimos una noche a cerrar el trato y Ted se emborrachó. Entonces admitió abiertamente que había dormido contigo.

–No, Ted no haría una cosa así –gritó Eloise.

–Claro que lo hizo. Y estoy utilizando lo de dormir como un eufemismo. Tanto tú como yo sabemos perfectamente lo que haces en la cama.

Eloise enrojeció de furia. En otra ocasión había tenido que

defender su honor delante de un juez y aquella experiencia la había destrozado. No pensaba repetirla otra vez.

–¡Eres un canalla! –gritó, y su mano golpeó la mejilla de Marcus–. Ya estoy harta –gritó, perdiendo completamente el control.

Marcus había removido viejos recuerdos… y, por si no fuera suficiente enterarse de que su madre la había traicionado, le había demostrado que también lo habían hecho Ted y él mismo. Eloise estaba destrozada, harta y furiosa.

Marcus le agarró violentamente la mano con la que acababa de abofetearlo y la estrechó en sus brazos. Eloise se retorcía desesperadamente contra él.

–¡Suéltame!

–No –Marcus la levantó en brazos con una aterradora facilidad y le hizo tumbarse en el sofá–. No voy a dejarte –y su boca descendió sobre la de Eloise.

La besó con una pasión cruda, brutal; con una sexualidad tan salvaje como excitante. Eloise sentía su hambre voraz a través de todas las células de su cuerpo y, durante un instante de locura, respondió con idéntico delirio. Hasta que Marcus alzó la cabeza y la realidad volvió a golpearla con todas sus fuerzas.

–La química no ha cambiado. Continúas deseándome –la desafió–. E incluso sabiendo la clase de mujer que eres, yo también te deseo –admitió–. He comprado a Ted porque no quería verlo a tu alrededor. No quiero ver a ningún hombre cerca de ti.

–¿Pero por qué?

–Creía que lo había dejado suficientemente claro, pero si insistes…

Se inclinó sobre ella, deslizó la mano por su cintura y la alzó ligeramente, reforzando el contacto físico que Eloise estaba intentando evitar, mientras hundía la otra mano en su pelo.

–Te conozco, cariño. Sé que en cuanto te pierda de vista estarás dispuesta a seducir a cualquier otro hombre rico para que te dé el dinero que necesitas para saldar tu deuda. Pero ninguna mujer me va a tomar el pelo dos veces.

Aturdida por la despiadada velocidad con la que había conseguido dominar,la casi sin respiración y obligada a aquel íntimo abrazo, Eloise se sentía incapaz de continuar resistiéndose. Pero tenía que negar la última acusación de Marcus.

–No, yo no…

–No quiero más mentiras –la interrumpió, y volvió a besarla.

No iba a escucharla, y, aunque lo hiciera, jamás la creería, con

las sobrecogedoras pruebas que tenía contra ella. Deslizó la lengua en el húmedo interior de su boca. Eloise quería resistirse, realmente quería… pero de su garganta escapó un gemido de rendición y su cuerpo parecía derretirse contra él. Buscó sus hombros y lo besó con impotente abandono.

El porqué dejó de tener importancia. El tiempo ya no significaba nada; lo único que existía era el milagroso mundo de sensaciones que solo Marcus era capaz de crear.

Posando la mano en su espalda, la urgió a incorporarse. Y, sin saber muy bien cómo, el corpiño del vestido descendió varios centímetros. Marcus enterró la cabeza en la suavidad de sus senos hasta que su boca encontró uno de los erguidos pezones y lo succionó con fiero placer.

Todos los sentimientos que Eloise había estado intentando reprimir desesperadamente durante tres largos meses afloraron a la superficie. La sangre fluía por sus venas. Sus dedos buscaban el pelo de Marcus para hundirse en su sedosa negrura y lo abrazaba con fuerza, deseando que la excitación no acabara nunca.

Marcus alzó la cabeza y observó la pálida piel de Eloise teñida por el calor de la excitación.

–Eres mía –gimió–. Y te he deseado durante tanto tiempo… –con la sonrisa de un depredador, se echó hacia atrás, se quitó la camisa y buscó la cintura de los pantalones.

Eloise sintió el aire frío bañando sus senos mientras la voz de la cordura intentaba hacerse oír en su cabeza. La boca se le secó y se tensó rechazando lo que Marcus le estaba proponiendo.

–No –musitó.

Marcus maldijo en un susurro. Sus ojos oscuros, cargados repentinamente de furia, fulminaron el rostro de Eloise.

–¿No? ¿Has dicho no?

–Sí –respondió Eloise asustada.

Marcus la apartó bruscamente de él, se levantó y la miró con expresión glacial.

–Eres una mujer muy sensual. Todo tu cuerpo tiembla cuando te toco y tus ojos brillan como esmeraldas. Me deseas, pero es evidente que te gusta jugar a hacerte la difícil. Pues bien, conmigo puedes ir olvidándote. No he forzado a una mujer en mi vida y no pienso empezar a hacerlo contigo. No soporto que me tomen el pelo.

Capítulo 6

Marcus no podría haberle causado más dolor por mucho que lo hubiera intentado. Una imagen de otra época, de otro hombre igualmente duro insultándola de la misma forma en medio de un tribunal, se apoderó de su mente. Eloise pestañeó rápidamente y, todavía horrorizada, miró fijamente a Marcus. Marcus pensaba que era una ladrona, una prostituta, una mentirosa profesional, pero ¿por qué su traicionero cuerpo reaccionaba tan intensamente frente a un hombre que la despreciaba?

De pronto se sintió siendo completamente arrastrada en un torbellino en el que batallaban sus razonamientos y sus emociones.

Haciendo un gran esfuerzo, se sentó y se subió el corpiño del vestido. Inclinó la cabeza, esperando que su melena pudiera ocultar la humillación y la desesperación que asomaban a sus ojos. El corazón le latía violentamente mientras intentaba recuperar la respiración que el pánico… o la pasión quizá, le había robado.

Marcus advirtió la palidez de su rostro antes de que Eloise se lo ocultara. Eloise parecía un frágil lirio allí sentada.

¿Pero de dónde diablos había salido aquella sensiblera idea?

Marcus frunció el ceño y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Aquella era una más de las estratagemas de Eloise para atrapar a sus víctimas y haría bien en no olvidarlo.

–¿Entonces qué, Eloise? ¿Prefieres que resolvamos esto en los tribunales?

–No, en los tribunales no –contestó Eloise con voz temblorosa, sin levantar la mirada.

Marcus no podía saberlo y ella no podía contárselo, pero aquel episodio había enturbiado su vida durante años.

Todo había empezado una soleada tarde de junio, jugando al tenis con una amiga en un parque. Eloise tenía entonces veinte años y había pensado que no ocurriría nada por volver andando sola al piso que compartía con Katy. Hasta que alguien la había agarrado por detrás y la había arrastrado hacia unos arbustos. Su atacante llevaba una navaja, pero aun así, ella había gritado y se había resistido con fiereza.

El violador le había desgarrado la camiseta, y el pantalón de

tenis que llevaba no suponía barrera alguna para la mano de aquel maleante. Le había colocado la navaja en el cuello y Eloise ya había renunciado a toda esperanza cuando un perro se había abalanzado sobre el violador. El tipo le había clavado la navaja en la pierna antes de salir corriendo. Afortunadamente, habían conseguido atraparlo. Pero tan horroroso como el intento de violación, había sido el juicio que había seguido a continuación.

Eloise jamás olvidaría la mirada de su atacante ni el discurso de defensa de su abogado. Se había sentido violada verbalmente. El traje de tenis había pasado a ser un modelo diseñado para seducir, una provocación deliberada. Ella era la culpable de tener las piernas largas, de llevar el pelo suelto… El abogado le había hecho sentirse sucia, avergonzado. El juicio había durado dos días y cuando al final el acusado había sido declarado culpable, Eloise estaba tan destrozada que ni siquiera le había importado.

Alzó la cabeza y miró a Marcus con frialdad.

–Definitivamente, no quiero ir a juicio.

–Así que no quieres ir a juicio –en realidad no lo sorprendía. Aquello solo confirmaba que Eloise era culpable y lo sabía–. Entonces estarás de acuerdo en ser mi amante durante todo un año. Exclusivamente mía. No quiero compartirte con nadie, ¿lo comprendes?

Eloise lo comprendía perfectamente. Era un chantaje, puro y simple.

–Y al final de ese año, te daré las pruebas del fraude y la deuda quedará saldada.

–Yo preferiría devolverte el dinero que mi madre te robó.

–Esa no es ninguna opción.

Siendo realista, Eloise sabía que tendría que vivir prácticamente en la pobreza, y aun así tardaría años, para devolverle ese dinero. A no ser que vendiera la casa. Y, en ese caso, destrozaría, no solo el negocio, sino también su amistad con Harry y con Katy. Miró a Marcus a los ojos y comprendió que no tendría ningún inconveniente en llevarla a los tribunales.

Un escalofrío le recorrió la espalda. De pronto, fue fieramente consciente de los dedos de Marcus sobre su brazo y del calor que emanaba de su cuerpo. Pensó en la noche en la que habían hecho el amor; aquella experiencia había sido como un terremoto, había cambiado su vida. ¿Pero cómo podía saber lo que había significado para él? Nada relacionado con el amor, de eso estaba segura, pero al menos había sido suficientemente satisfactoria sexualmente como para que quisiera repetirla. En cuanto a lo que

ella deseaba… su cuerpo ya había contestado por ella. Sus pezones se erguían desesperados contra la tela del vestido.

–De acuerdo –contestó Eloise, apartando los ojos de la intensidad de su mirada–. Estaremos juntos durante un año y después nos separaremos para siempre.

–Sabía que al final terminarías siendo sensata. Al fin y al cabo, no tienes nada que perder.

Eloise no contestó inmediatamente. Una furia glacial invadía cada célula de su cuerpo ante su arrogante asunción. Marcus no la conocía en absoluto.

Durante cuatro largos años, Eloise había perdido toda la fe en su propia feminidad, había reprimido todas sus necesidades sexuales… hasta que Marcus le había enseñado en una noche memorable lo que era ser una mujer.

Por primera vez, se había enfrentado al hecho de que era una mujer madura, una mujer sensual con necesidades y deseos de los que no tenía que avergonzarse. Irónicamente, Marcus había vuelto a enseñarle algo en aquella aciaga noche parisina. Si lo único que él quería era sexo, ¿qué tenía Eloise qué perder? Ya habían sido amantes y en realidad ella lo deseaba; de hecho, tenía la sospecha de que probablemente era el único hombre al que podía desear.

–Nada, nada en absoluto –contestó por fin.

Eloise reconoció inmediatamente el resplandor del triunfo en las profundidades de sus ojos.

Sintió que tensaba la mano sobre su hombro. Supo que iba besarla y esperó hasta que Marcus bajó la cabeza para alzar la barbilla con determinación y contestar a su sonrisa con una expresión glacial.

–Pero antes tendremos que resolver algunas cuestiones técnicas –le dijo bruscamente, y advirtió que la sorpresa cruzaba sus facciones–. No quiero que ni Harry ni Katy se vean involucrados de ninguna manera en nuestro acuerdo.

–Muy bien, será un pacto exclusivamente entre tú y yo –podía mostrarse magnánimo en la victoria. La estrechó en sus brazos. En aquel momento tenía necesidades más perentorias–. Al fin y al cabo, no quiero acostarme con ellos.

–Marcus…

Eloise posó las manos en su pecho con intención de apartarlo. Inmediatamente, comprendió que había sido un error. El calor de su piel bajo sus manos era una invitación a la caricia, a prolongar aquel contacto, a explorar el contorno de sus músculos.

–Me encanta cómo dices mi nombre –contestó Marcus con voz

ronca.

Descendió unos centímetros y su carnosa boca encontró los labios entreabiertos de Eloise.

En el instante en el que sus bocas se fundieron, Eloise se hundió en el pozo ardiente de la pasión. Se rindió instantáneamente al embriagador placer de su boca, a las cálidas caricias de sus manos y, en cuestión de segundos, fue ya incapaz de construir un pensamiento coherente.

Marcus volvió a bajarle el vestido y con un gemido se apoderó de uno de los rosados pezones. Aquello era una tortura, una dulce tortura que encendía el deseo en todo su cuerpo.

Sin saber muy bien cómo, Eloise volvió a encontrarse tumbada de espaldas en el sofá, con Marcus sobre ella. Este posaba la mano sobre sus senos y jugueteaba con ellos mientras la miraba a los ojos. Eloise se aferraba con una mano a su hombro mientras buscaba con la otra el pezón que el vello oscuro de Marcus escondía.

Con un ronco gemido, Marcus bajó la cabeza y volvió a apoderarse de sus senos, pero en aquella ocasión fueron su lengua y sus dientes los que provocaron convulsiones de placer. Eloise se retorcía bajo él, poseída por una deseo tan intenso que ya nada más importaba.

–Quiero hacer el amor ahora. ¡No puedo esperar más! –exclamó Marcus con los ojos convertidos en oscuros pozos de deseo. Su mano buscó bajo la tela del vestido el fino encaje de sus bragas y se las quitó.

A Eloise no le importó saberse desnuda ante él. Marcus estaba excitado y la sorprendía el placer que le causaba el simple hecho de mirarlo. Pero mirarlo no era suficiente. Quería que también él se desnudara. Alargó la mano y buscó con torpeza el cierre de sus pantalones. El propio Marcus se los desabrochó.

Y entonces, con un ronco gemido de placer, cubrió su boca y continuó desprendiéndose del resto de su ropa hasta reaparecer completamente desnudo sobre ella. Sin previa advertencia, con una explosión de renovada pasión, fue besando todos los rincones de su cuerpo: sus labios, sus senos, su vientre… para terminar sobre la unión de sus muslos.

Eloise se arqueó contra él, estremeciéndose de forma incontrolada. Jamás había sentido nada igual. Enredaba los dedos en su negra cabellera y lo urgía a volver una y otra vez a ella.

–Me vuelves loco –musitó Marcus, volviendo de nuevo hacia su rostro.

Tomó su boca con una hambre salvaje que estuvo a punto de llevarla al límite de la pasión en sus sensuales brazos. Eloise frotaba sus senos anhelantes contra su pecho mientras las manos de Marcus descendían por su cuerpo en una prolongada y ardiente caricia.

De pronto, Marcus la urgió a alzar las caderas, le colocó las piernas alrededor de su cintura y se hundió en ella con una poderosa embestida.

Eloise lo sentía moverse en cada célula de su cuerpo; lenta y delicadamente al principio y acelerando poco a poco el ritmo de sus embestidas hasta imbuirla del primigenio ritmo de su cuerpo, de la explosiva fuerza de su virilidad. Eloise clavó los dientes en su hombro mientras se remontaba hacia el clímax al mismo tiempo que él.

Temblando después de la pasión, Eloise intentaba controlar el tumulto de emociones que corría bajo su piel. Pero en lo único en lo que podía pensar era en el maravilloso peso del cuerpo de Marcus sobre ella.

Deslizó las manos por su espalda, deleitándose al sentir su piel sudada bajo los dedos, amándolo… No, no podía confundir el amor con el sexo, se corrigió al instante. Ella no significaba nada para él. Y cuando Marcus se apartó bruscamente de ella y se levantó, Eloise se dijo que se alegraba. No quería nada de Marcus. No quería vínculos emocionales con él de ninguna clase.

Marcus se agachó por sus pantalones, se los puso y le tiró a Eloise su vestido.

–Vístete. Supongo que no querrás enfriarte.

¿Enfriarse? Debía estar bromeando.

Pero no, Marcus no bromeaba. Deslizó su escrutadora mirada por su cuerpo y concluyó:

–Eres increíblemente hermosa, increíblemente sexy. Pero no tienes principios. Aunque supongo que eso no está mal –sonrió–. Detrás de esa puerta hay una cama. Vamos a usarla.

–No –Eloise se puso el vestido y se levantó.

Era evidente que Marcus la despreciaba y no tenía intención de seguir cada una de sus órdenes; su orgullo no se lo permitía. Una cosa era ceder a los deseos de su propio cuerpo y otra muy distinta convertirse en la víctima de un hombre.

–Tengo que marcharme. Mañana por la mañana he quedado con Katy y con Harry para hablar durante el desayuno. Y, tal como hemos acordado, es preferible que ellos no sepan nada de… nuestro acuerdo.

–¿Nuestro acuerdo? –repitió Marcus, arqueando una ceja con expresión burlona. Eloise volvió a sonrojarse–. Creo que la palabra que mejor lo define es «aventura», Eloise. Y en cuanto a lo de mantenerlo en secreto, ya puedes ir olvidándolo. Tú y yo somos socios en todos los sentidos y pienso ir a ese desayuno.

Lo más terrible de todo era que Eloise sabía que no podía impedírselo. Deslizó la mirada por su cuerpo semidesnudo e intentó sofocar la ya familiar llama que crecía dentro de ella.

–Supongo que como inversor de KHE tienes todo el derecho del mundo a asistir.

Intentaba por todos los medios mantener un tono impersonal y la asombraba que su voz sonara tan firme cuando por dentro se sentía como un amasijo de sentimientos contradictorios.

–Sí, y procura no olvidarlo. Vamos a hacer pública nuestra aventura. Y, como ya te he dicho antes, no pienso arriesgarme a que encuentres otro rico al que engañar.

Eloise lo miró con expresión incrédula e, inexplicablemente, dolida.

–¿Me crees capaz de hacerlo?

–Sí, sé que lo harías –rio con ironía–. Y no encuentro ninguna razón para correr riesgos innecesarios. Quiero que seas etiquetada públicamente como la mujer de Kouvaris –se encogió de hombros con indiferencia–. Todavía no me he encontrado con un hombre suficientemente valiente como para enfrentarse a mí. O suficientemente tonto.

Eloise no soportaba aquella arrogancia. Tuvo que apretar el puño para no terminar borrando aquella altanera sonrisa de su rostro con una bofetada. El estómago se le revolvió al pensar que sería considerada como una de las mujeres de Marcus. Ella cuidaba su intimidad por encima de todo.

Buscó sus ojos y necesitó toda su fuerza de voluntad para sostenerle la mirada.

–Katy me conoce perfectamente. Ella nunca creerá que nos hayamos enamorado tan rápido.

Marcus echó la cabeza hacia atrás, soltó una carcajada y caminó hacia ella.

–Eloise –posó las manos en sus hombros y sacudió la cabeza divertido–. Pero si estamos enamorados desde nuestra primera cita. Apuesto a que durante los últimos tres meses has estado esperando una llamada mía, preguntándote dónde y con quién estaba –declaró con una lógica demoledora–. Y esta noche, en cuanto me has visto, tus maravillosas pupilas se han dilatado y ese

cuerpo tan sexy ha dado señales de estar ardiendo.

–Eso no es cierto –respondió Eloise mortificada.

–Es posible que Katy conozca tu mente, pero tu cuerpo es todo mío. ¿Quieres que te lo demuestre otra vez? –dijo suavemente.

–No –lo miró suplicante–. Por favor, intenta ser discreto delante de Katy y de Harry, por lo menos hasta que se vayan de París. Cuando volvamos a casa, ya inventaré algo que decirle a Katy. Evidentemente, no será la verdad.

–Sí, de acuerdo –contestó Marcus, dispuesto a concederle unos momentos de tranquilidad.

–Gracias –consiguió decir Eloise, dando un paso hacia atrás y añadió–: Ahora puedes llamar a un taxi.

Y, mientras esperaba al taxi, le dijo a Marcus el nombre del hotel, la hora del desayuno y algunas de las ideas que querían discutir.

Marcus miró a Eloise. Se había alejado de él, acercándose a la puerta, como si estuviera deseando marcharse. Y parecía estar muy nerviosa, casi asustada.

A Marcus se le encogió el corazón. Por un instante, se preguntó si le tendría miedo. Pero no, era imposible, ella lo había deseado tanto como él la deseaba a ella. Probablemente su nerviosismo se debía a que no quería que Katy descubriera que no era la persona honesta y sincera que aparentaba.

Tomó la camisa y se la puso. A sus labios asomó una altiva sonrisa al descubrir que Eloise observaba fascinada cada uno de sus movimientos. Se acercó a ella.

En aquel momento sonó el telefonillo. El taxi había llegado.

Marcus la acompañó a la calle. La tenue luz de las farolas rodeaba su gloriosa melena de un halo de fuego. Marcus no fue capaz de evitarlo. Enmarcó su rostro con las manos, miró en las profundidades de sus ojos esmeralda, inclinó la cabeza y besó delicadamente sus labios henchidos. Sintió que temblaba y se tensaba, intentando evitarlo.

Aquel rechazo fue para él un desafío. Estuvo a punto de profundizar su beso, de demostrarle la futilidad de negar el deseo devastador que había entre ellos. Pero, por alguna razón inexplicable, no lo hizo.

–Si quieres, te acompaño al hotel –le ofreció.

–No, no gracias. Nos veremos mañana durante el desayuno.

Una vez en la habitación del hotel, Eloise se metió

directamente en la ducha para intentar borrar de su cuerpo la fragancia que Marcus había dejado sobre su piel. Pero era un ejercicio inútil. Le bastaba pensar en él para sentir su sabor, para sentirlo sobre su piel. Y al cabo de cinco minutos renunció. Se envolvió en una toalla, volvió al dormitorio y, tras ponerse el camisón, se metió en la cama.

Pero el sueño tardó mucho en llegar. Podría haber pasado la noche en los brazos de Marcus. Una lágrima escapó de sus ojos. Por mucho que quisiera negarlo, sabía que podría volver a enamorarse de él. En sus brazos, se sentía a salvo, querida. Lo que en realidad era una estupidez. Era absurdo negar la fuerza de la química sexual que había entre ellos, pero tampoco cabía negar que ni siquiera se gustaban. Lo mejor que pensaba Marcus de ella era que era una ladrona. Su innata honestidad la obligaba además a admitir que tenía buenas razones para creerlo. ¿Pero justificaba eso su forma de tratarla? Ella había intentado explicarle lo ocurrido, pero él era incapaz de escucharla.

Había conocido a un abogado así durante un juicio, a la tierna edad de veinte años y le había costado años recuperarse de aquel ataque verbal. Consecuentemente, no estaba preparada para volver a justificarse delante de ningún hombre.

No, le seguiría el juego. Se comportaría como la mujer de mundo que él creía que era hasta que se hubiera aplacado su deseo de venganza. Afortunadamente, tenía mucha práctica en disimular sus verdaderos sentimientos. Cuando era una niña, fingía ante sus abuelos y ante todo el mundo que no le importaba que sus padres no estuvieran a su lado… Probablemente, no le costaría más fingir ser durante un solo año, la sofisticada amante de un hombre como Marcus.

Capítulo 7

A las siete y media de la mañana siguiente, Eloise entraba en el comedor del hotel. Se había vestido cuidadosamente, eligiendo unos pantalones de lino claros con una chaqueta a juego y una blusa verde menta. Esperaba que los cosméticos hubieran servido para disimular los estragos provocados por la confusión emocional de la noche anterior y una noche de insomnio. ¡Pero no tenía por qué preocuparse! A sus labios asomó una sonrisa en cuanto vio a Katy y a Harry sentados a la mesa, frente a una ventana que daba al Sena. Katy llevaba puestas las gafas de sol.

Eloise caminó inmediatamente hacia ellos.

–¿Tienes resaca, Katy? –se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de la silla y se sentó al lado de sus amigos.

–Buenos días a ti también –contestó Katy y Harry soltó una carcajada.

–Buenos días, Eloise. La de ayer fue la primera salida de mi esposa desde que se ha convertido en mamá, y creo que se pasó un poco de la raya. Sírvete un café. Me temo que tendremos que dejar esta reunión hasta que vuelvas a Inglaterra –miró con inmenso cariño a su esposa–. Katy no está en condiciones de sostener una opinión válida sobre nada.

Eloise se sirvió una taza de café. La mesa estaba dispuesta para tres y Harry había pedido ya un desayuno continental. Eloise sabía que debían estar en el aeropuerto a las ocho y media y sintió una punzada de culpabilidad porque le había dicho a Marcus que la reunión era a las nueve menos cuarto… Inmediatamente se recordó que no le debía a Marcus ninguna clase de lealtad.

–Tienes razón –gimió Katy–. Dios mío, ¡no volveré hacerlo nunca más! –miró a Eloise y añadió–. Afortunadamente tú tienes mejor aspecto. Cuéntame, ¿qué hicisteis tú y nuestro nuevo socio cuando nos marchamos?

–Estuvimos bailando y después llamamos a un taxi –Eloise bebió un largo sorbo de café, luchando contra el rubor que amenazaba con asomar a su rostro.

Durante las tempranas horas del amanecer, cuando había podido pensar ya con claridad, se había hecho una pregunta vital

que quería responder. Marcus no podría haberla chantajeado como lo había hecho si no fuera socio financiero de su empresa.

Eloise no era ninguna estúpida. Sabía que si hubiera sido una simple cuestión de reponer el dinero que su madre había robado, probablemente podría haber conseguido un crédito utilizando la casa y la empresa como avales. Desgraciadamente, al haber comprado la participación de Marcus, estaba en posición de arruinarlos.

–Quiero hablar con vosotros sobre Marcus –fijó la mirada en Harry–. ¿Hasta qué punto está metido en la empresa? Creo que deberías haberme consultado antes de venderle la participación de Ted en la empresa.

Durante los minutos siguientes, Harry estuvo explicándoselo y, para cuando terminó, Eloise comprendió que no se podría haber hecho otra cosa. Al parecer, Ted Charlton le había informado a Harry unas semanas atrás que los acuerdos del divorcio le iban a costar más de lo que pensaba y que tendría que renunciar a las inversiones que pretendía hacer en la empresa. Pero Ted le había llamado unos días después para decirle que no se preocupara, que tenía otro comprador, el señor Kouvaris, que estaba dispuesto a invertir el doble que él. Harry no había querido preocupar a Katy y a Eloise, así que había decidido no contar nada hasta que se abriera la tienda de París.

Eloise no tenía nada que discutir al respecto. Harry le había confirmado lo que Marcus le había contado, que Ted le había ofrecido su parte.

Marcus le había contado la verdad, y eso le hizo sentirse ligeramente mejor. Pero si alguna vez volvía a ver a Ted Charlton, tendría unas cuantas preguntas que hacerle. Entre otras, por qué le había dicho a Marcus que se había acostado con ella.

Durante la siguiente media hora estuvieron hablando de otros asuntos. Le sugirieron a Eloise que debería quedarse en París durante una semana, en vez del par de días que en principio había previsto, solo para asegurarse de que no había ningún problema.

–De acuerdo –contestó Eloise, tomando otro pedazo de un delicioso cruasán de chocolate–. ¿Pero por qué no vais a buscar de una vez a Benjamin y a Floe? No quiero que perdáis el avión –prefería que se marcharan antes de que Marcus apareciera.

El estómago se le revolvió al pensar en la inminente llegada de Marcus. Eloise tenía poca fe en su capacidad para fingir normalidad con Marcus delante de Katy. Su amiga la conocía demasiado bien. Cuando vio que Katy y Harry se levantaban, no

pudo evitar un suspiro de alivio. Se levantó ella también y se dispuso a ponerse la chaqueta.

Pero su alivio no duró mucho.

–Vaya, buenos días –exclamó Katy.

Eloise sintió que se le ponían los pelos de punta. Vio sonreír a Katy justo antes de que un fuerte brazo le rodeara la cintura y la estrechara contra él en un gesto turbadoramente íntimo.

–Buenos días, Katy, Harry –contestó Marcus alegremente.

Eloise se tensó y lo miró sin disimular su asombro. Marcus tenía un aspecto masculino, vibrante. Iba vestido de manera informal, con unos pantalones de algodón color crema y un polo a juego. Parecía relajado; una ancha sonrisa iluminaba sus facciones.

Sintiéndose manipulada, pero incapaz de hacer nada, observó el atento escrutinio de Marcus a los restos del desayuno.

–Parece que llego tarde –comentó él. Desvió la mirada hacia ella y, sin previa advertencia, inclinó la cabeza y la besó en los labios–. Eloise, cariño, creía que habías dicho que el desayuno era a las nueve menos cuarto. Pero te perdono. Es una delicia verte tan hermosa y fresca a estas horas de la mañana, habiéndote acostado ayer tan tarde.

Aquello formaba parte de su repugnante estrategia, pensó Eloise furiosa. ¡Y ella intentando mostrarse discreta! Miró a su amiga y advirtió la expresión de asombro de Katy.

–Debo haberme equivocado –musitó, intentando liberarse de su brazo, pero Marcus continuaba sujetándola con fuerza por la cintura.

–¿Por qué te acostaste tarde, Eloise? Creía que habías dicho que estuvisteis bailando y después llamaste a un taxi –preguntó Katy, sonriendo.

Marcus contestó por ella.

–Sí, lo llamó. Pero después de que hubiéramos visitado algún que otro lugar –ronroneó Marcus, mientras miraba a Eloise con expresión soñadora–. Fue magnífico, ¿verdad, Eloise? –y sonrió.

Eloise lo fulminó con la mirada. Ardía de enfado, pero estando sus dos amigos delante, lo único que podía hacer era mostrarse de acuerdo.

–Sí.

–Bueno, siento que te hayas perdido el desayuno, Marcus –terció Harry–. Pero tenemos que irnos. De todas formas, no tienes por qué preocuparte, Eloise se quedará aquí durante el resto de la semana y podrá proporcionarte cualquier cosa que necesites.

–Estoy seguro –contestó Marcus, arrastrando las palabras.

Katy observó a Eloise y a Marcus con el ceño fruncido.

–Harry, ¿por qué no te quedas a tomar un café con Marcus? Eloise puede venir conmigo para ayudarme a prepararlo todo. Sé que está deseando subir a despedirse de su ahijado favorito –le informó–. Nos reuniremos contigo dentro de veinte minutos.

Marcus dejó marcharse a Eloise, pero no antes de darle otro beso en la frente y musitar, de forma que todos lo oyeran:

–No tardes.

–Muy bien, ahora cuéntame qué está pasando aquí –exigió Katy en cuanto estuvieron en el ascensor–. Marcus prácticamente se ha abalanzado sobre ti, y yo nunca te había visto tan nerviosa –clavó en Eloise su astuta mirada–. Hace tres meses cenaste con él y me dijiste que no había pasado nada, que solo había sido una cena entre viejos amigos. Y ahora ese hombre se ha convertido en nuestro socio y parece incapaz de mantener las manos lejos de ti.

Agradecida por haber podido escapar durante un rato de Marcus, Eloise miró los preocupados ojos de Katy. Su amiga la conocía demasiado bien como para creerse que podía iniciar de un día para otro una aventura.

–Creo que estoy enamorada –le contó, comprendiendo que era eso lo único que podía hacer–. Y pienso que Marcus siente lo mismo.

Katy se quedó boquiabierta. La conocía demasiado bien como para conformarse con algo menos relevante. Había sido el apoyo de Eloise después de aquella salvaje agresión y del horror del juicio y sabía que no había vuelto a mirar a ningún hombre desde entonces.

–Y ayer por la noche, los dos… bueno, ¿lo hicisteis?

–Sí. Y fue maravilloso –contestó Eloise, diciendo, aunque solo fuera parcialmente, la verdad.

–Oh, Eloise. Me alegro tanto por ti –la abrazó con fuerza–. Sabía que algún día lo superarías todo.

Mientras observaba a la familia meterse en el taxi, Eloise sintió que toda la energía la abandonaba. Lo había hecho. Había conseguido convencer a Katy de que estaba encantada y feliz con su nueva relación con Marcus. Había escuchado con atención mientras Katy fantaseaba suponiendo que Marcus debía haber estado enamorado de ella durante todos aquellos años y que esa era la razón por la que había invertido en su empresa.

Eloise no la había desilusionado, aunque le había cruzado por

la cabeza la idea de confesarle la verdad mientras la veía marcharse, sintiéndose de pronto víctima del más profundo abandono. Pero mientras abrazaba a Benjamin y lo besaba para despedirse de él, se había convencido de que no podía hacer una cosa así. No había nada sobre la tierra que pudiera hacerle poner en peligro la felicidad y la unidad de la familia de Katy.

Pálida y tensa, le dirigió una mirada amarga y resentida a Marcus mientras se dirigían hacia el ascensor.

–Desde luego, te ha faltado tiempo para hacer pública nuestra sórdida aventura. Si crees que tu comportamiento de esta mañana ha sido discreto, entonces que el cielo me ayude.

–Sonríe –sugirió Marcus con voz sedosa, absorbiendo con la mirada la tensa palidez de su rostro–. La gente podría pensar que estamos discutiendo.

–¿Y desde cuándo te importa lo que puedan pensar los demás? Me prometiste que mantendrías nuestra relación en secreto hasta que se hubieran ido de París.

–Entonces te mentí. Un hombre puede prometerle cualquier cosa a una mujer cuando está con ella en la cama. Tú no eres ninguna ingenua –añadió con sarcasmo–. Estoy seguro de que has hecho lo mismo en incontables ocasiones. Al fin y al cabo, me mentiste en lo de la hora del desayuno.

Eloise se puso blanca como el papel. Ser atrapada en una mentira era incómodo, pero darse cuenta de que Marcus la consideraba capaz de utilizar su cuerpo para conseguir lo que quería le demostraba la baja opinión que tenía de ella. El enfado y la humillación atenazaban su estómago mientras se liberaba de su abrazo justo en el momento en el que el ascensor se detenía.

–Eres el ser más repugnante que conozco, ¿por qué no te vas un rato a paseo? –le espetó y se dirigió a su habitación.

Deslizó la tarjeta por la ranura, empujó la puerta… ¡y no ocurrió nada!

Un fogonazo de rabia detuvo a Marcus durante unos minutos. Él no estaba acostumbrado a que las mujeres lo insultaran, y menos una mujer con la que se había acostado la noche anterior. Pero Eloise no era una mujer como las que él acostumbraba a tratar, se recordó. Era una mentirosa, muy sexy, por cierto, y no merecía la pena enfadarse por ella. Lo único que él quería era acostarse con ella, nada más, se dijo mientras la seguía.

Observó sus vanos intentos de abrir la puerta. La furia coloreaba su rostro. Pero no, no solo estaba furiosa. Por su forma de apretar los dientes y por la tensión que reflejaba su cuerpo, se

dio cuenta de que también estaba nerviosa. La mano le temblaba.

–Permíteme –Marcus tomó la tarjeta, abrió la puerta y la siguió al interior de la habitación.

–Te he dicho que te vayas –Eloise se volvió hacia él.

Marcus la agarró entonces por los hombros.

–¿De verdad es eso lo que quieres? –deslizó sus ojos negros sobre ella, deteniéndose unos instantes en la curva de sus senos antes de volver a su rostro.

Advirtió en sus ojos un destello fugaz de algo que identificó como miedo e, inexplicablemente, sintió una punzada de culpabilidad.

La había acusado de ser una ladrona, y, después de todas las lindezas que le había dirigido, pretendía acostarse con ella. Y para colmo, cuando Eloise todavía estaba intentando asumir lo que había ocurrido la noche anterior, había aparecido él otra vez y la había puesto deliberadamente en una situación embarazosa delante de sus amigos.

–¿Por qué no nos vamos los dos a paseo, como tú tan elocuentemente has dicho? –dijo de pronto con una sonrisa–. Podríamos pasar el día haciendo turismo y divirtiéndonos

La miró a los ojos, vio el enfado y la estupefacción que reflejaba su mirada, y sintió un ligero remordimiento. Pero no fue suficiente para impedir que la estrechara contra él y cubriera sus labios con un beso.

–¡Basta! –jadeó Eloise.

Luchó contra él al principio, moviendo la cabeza de lado a lado. Pero Marcus era tan insistente y, al mismo tiempo, tan extrañamente tierno… Su boca se movía con delicadeza contra la suya y no se detuvo hasta que, con un ligero gemido, Eloise sucumbió y le devolvió el beso.

Marcus interrumpió el beso y la tomó por la barbilla.

–Pasa el día conmigo. Sabes perfectamente que es eso lo que quieres.

Sí, era eso lo que quería. Pero le bastó percibir su expresión burlona para volver de nuevo a la tierra.

–Tengo que trabajar –se apartó bruscamente de él–. Esa es la razón por la que estoy aquí.

Cruzó la habitación y tomó el bolso que había dejado en el armario. Una vez fuera de su alcance, intentó recuperar el ritmo normal de la respiración y se volvió hacia él con la determinación grabada en cada una de las líneas de su rostro.

–Al fin y al cabo, ahora tú también estás interesado en el futuro

de KHE, y cuanto más trabaje, más beneficioso será para ti.

Marcus rio con cinismo.

–Me alegro de que por fin lo comprendas –se burló–. Pero como en esta aventura yo soy el jefe, seré yo el que decida qué tareas tienen prioridad –dirigió una provocativa mirada a la cama antes de volver a mirarla a los ojos.

Eloise retrocedió inmediatamente hacia la puerta, disgustada y, para su más absoluta vergüenza, también secretamente emocionada. Se aferró con fuerza a su bolso y pasó rápidamente por delante de él.

–Tengo que marcharme… Tengo una cita con las nuevas ayudantes de ventas.

–Iré contigo.

–Pero tú…

–Tal como tú misma acabas de decir, tengo importantes intereses en el negocio.

Dos horas después, Eloise salía de la nueva joyería ardiendo de furia. Ella pensaba que lo estaba haciendo bastante bien, explicándoles en su rudimentario francés a las nuevas encargadas, una muy elegante dama francesa y a una joven dependiente, lo que se esperaba de ellas. Pero de pronto Marcus la había interrumpido y se había presentado a sí mismo como socio de la firma. A partir de ahí, en un francés envidiable, había hechizado de tal manera a las dos mujeres que, por el caso que le habían hecho a Eloise, no habría sido necesaria su presencia.

–¿Hacía falta que fueras tan condenadamente metomentodo? –le espetó cuando salieron de la joyería–. Soy perfectamente capaz de instruir a mis empleadas. No es necesario que intentes seducir a todas las mujeres con las que te cruzas.

Marcus advirtió el enfado en sus ojos. Dejó que su mirada vagara por la intensa sensualidad de su cuerpo, deteniéndose deliberadamente en la elevación de sus senos. A su boca asomó una sonrisa que pronto se convirtió en carcajada.

Eloise sintió que sus pezones se erguían contra la seda de la blusa, y aquello hizo que aumentara su furia.

–¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

–Estás celosa, Eloise.

Aquello era lo último que la joven esperaba.

–Por supuesto que no, mono engreído.

Después de un segundo de silencio, Marcus echó la cabeza

hacia atrás y rio a carcajadas.

–Bueno, supongo que eso es preferible a ser algo repugnante. Pero estás celosa, ¿verdad, Eloise? ¿Por qué no admites la verdad? A mí podría pasarme lo mismo.

Marcus supo, en cuanto lo hubo dicho, que acababa de cometer un error. Cinco años atrás, cuando se habían conocido y él la consideraba una joven inocente, habría admitido sus celos. Pero no el hombre en el que se había convertido y que tenía siempre presente la prueba de su perversidad. Él siempre se había enorgullecido de ser un sofisticado amante capaz de complacer a las mujeres sin perder nunca el control sobre sus propios sentimientos. Pero Eloise tenía una habilidad asombrosa para hacerle olvidar quién era realmente ella y por qué no le gustaba.

¿Qué diablos?, se dijo así mismo. Aunque solo fuera por un día, podía intentar olvidarlo todo y limitarse a disfrutar.

A Eloise le dio un vuelco el corazón. ¿Marcus celoso? Aquella idea fue un bálsamo para su maltratado orgullo.

Marcus inclinó la cabeza y le dio un beso fugaz en los labios mientras le pasaba el brazos por los hombros.

–Mira a tu alrededor, Eloise. El sol brilla y estamos en París, una ciudad hecha para los amantes y, haya pasado lo que haya pasado entre nosotros, no podemos negar que somos amantes. Así que, por favor, déjame enseñarte esta ciudad.

Eloise lo miró. La oscura vitalidad que de él emanaba era una potente tentación para cualquier mujer y ella no era una excepción.

Marcus le tendió la mano.

–¿Aceptas la invitación? –le preguntó con voz ronca y Eloise permitió que tomara su mano.

–Sí –respondió hechizada por su resplandeciente mirada.

–Si estás de acuerdo, he pensado que lo primero que podemos hacer es ir a ver la Torre Eiffel.

–¿Tengo posibilidad de elegir? –preguntó Eloise con una irónica sonrisa al ver la determinación de su expresión.

–Para ser una mujer tan atractiva, haces demasiadas preguntas –señaló Marcus, mientras comenzaban a caminar.

Fueron hasta la Torre Eiffel y subieron hasta arriba en ascensor. Cuando se encontró con la vista panorámica de la ciudad, a Eloise le temblaron las piernas y la cabeza comenzó a darle vueltas. Vio que Marcus le señalaba algo en la distancia y oyó vagamente su voz enumerando las virtudes de algún edificio, pero ella era víctima de un intenso mareo. Alargó el brazo para

aferrarse a Marcus. Las alturas no eran lo suyo.

–Eloise –Marcus observó con los ojos entrecerrados la palidez de sus facciones y al comprender lo que ocurría, la abrazó con fuerza–. Deberías haberme dicho que te daban miedo las alturas. Vamos a bajar ahora mismo –la mantuvo bajo la protección de su abrazo hasta que estuvieron sobre el suelo firme del pavimento.

Eloise alzó entonces la mirada hacia la impresionante estructura de hierro y, todavía mareada, se apoyó contra uno de los soportes, maravillándose de haber sido capaz de subir.

–¡Lo he conseguido! –le dirigió a Marcus una sonrisa resplandeciente.

–Sí. Pero creo que ahora iremos a Les Invalides y a la tumba de Napoleón, que están bajo tierra, para que te sientas más segura. A menos que también tengas claustrofobia.

Eloise estaba alborozada por haber podido contemplar el famoso espectáculo de la ciudad de París desde aquella impresionante altura. Si hubiera estado ella sola, jamás se habría atrevido. Agradecida además por la aparente preocupación de Marcus, entreabrió los labios con una sonrisa radiante.

–Marcus, me estás tratando como si fuera una anciana –rio.

Marcus acortó entonces la distancia que los separaba, apoyó las manos en la barra de hierro de la torre y cubrió la boca de Eloise con un beso. Allí estaba, a los pies de la Torre Eiffel, a plena luz del día y rodeado de cientos de turistas, besándola con tal pasión que Eloise sintió que una ola de intenso calor abrasaba sus venas.

–Marcus –jadeó Eloise cuando Marcus abandonó sus labios–. Nos están mirando.

–¿Y qué? Eres mi mujer –replicó él–. Pero tienes razón, no tengo la costumbre de hacer este tipo de cosas en público. Pero tú me vuelves loco –miró a su alrededor con aire distraído–. Vámonos.

Marcus podría haber sido uno de los generales de Napoleón, pensaba Eloise con secreta diversión mientras paseaban por el Arco del Triunfo y la tumba al solado desconocido.

Se sentaron a descansar en un café de los Campos Elíseos donde, rodeados de parisinos y turistas de todo el mundo, compartieron una botella de vino y unas esponjosas tortillas con ensalada. Bien fuera por el vino o por la compañía, Eloise descubrió que estaba disfrutando como nunca. Marcus era un gran conversador y sabía mucho sobre París. Además, como si hubiera algún acuerdo tácito entre ellos, evitó toda conversación de índole personal. Relajada, Eloise vació su vaso de vino y lo dejó en la

mesa. Miró a Marcus, que en aquel momento estaba sacando unos billetes de la cartera.

–¿Nos vamos? –preguntó Eloise–. Me encanta estar aquí, contemplando cómo pasa la vida.

Y a él le encantaba mirarla, pensó Marcus, pero no se lo dijo.

Eloise se había remangado la blusa color menta y se había desabrochado los primeros botones, revelando el camino que conducía a sus senos. Racionalmente, Marcus sabía que era una mentirosa y una tramposa, pero no podía evitar que su cuerpo respondiera a ella de la forma menos conveniente.

–Quiero que visitemos el Louvre durante aproximadamente un par de horas y que después vayamos al Centro Pompidou –gruñó, levantándose.

–Todo muy bien organizado –bromeó Eloise, pero tomó la mano que él le ofrecía y dejó que la condujera hacia el Louvre.

La cola para entrar era enorme.

Eloise se volvió divertida hacia él, y vio la frustración reflejada en su rostro.

–Nos han derrotado, mon generale –se burló–. Esta vez tendrás que esperar como todo el mundo.

–No, creo que ya he esperado suficiente –le apretó la mano y la miró con masculina intensidad.

El ambiente se cargó súbitamente de electricidad. La multitud que los rodeaba desapareció y Eloise sintió que se ahogaba en las profundidades de sus ojos. Marcus le acarició la palma de la mano con el pulgar y tiró suavemente de ella para estrecharla contra el duro calor de su cuerpo.

–¿Por qué esperar para ver una antigua obra de arte cuando tengo una obra perfecta entre mis brazos? Mi apartamento está cerca de aquí.

Eloise quería arremeter contra él por tratarla con tan arrogante posesividad. Y el día anterior lo habría hecho, pero después de lo ocurrido aquella noche, ya solo era capaz de pensar en la sensualidad de sus labios y en aquel cuerpo desnudo y fuerte que se había deslizado en su interior.

Marcus caminó con ella de la mano hasta llegar a la entrada de un gran edificio. Eloise sentía que el corazón le latía violentamente en el pecho y percibía la tensión sexual que dominaba el magnífico cuerpo de Marcus. Al pie de las escaleras, Marcus la recorrió de los pies a la cabeza con la mirada y, como si lo impulsara una fuerza indomable, le hizo apoyarse contra la pared y le dio un beso devastador que dejó sus huesos hechos

gelatina.

–¡Diablos! ¿Por qué se me ocurriría comprar el ático? –prácticamente, la arrastró por las escaleras hasta llegar a su casa.

Una vez allí, abrió la puerta y le hizo pasar al mismo escenario de la noche anterior. En aquella ocasión Marcus no vaciló. La condujo directamente hasta el dormitorio.

Eloise no tuvo tiempo de fijarse en lo que la rodeaba mientras Marcus se abalanzaba sobre ella. Eloise podía sentir la tensión de todos sus músculos, la almizcleña fragancia de su masculinidad y el potente fuego que se avivaba en el interior de su propio cuerpo.

Marcus le desabrochó los botones de la blusa con una velocidad que hablaba de su vasta experiencia, pero a Eloise no le importó. Se aferró a su cintura y tiró de su camisa mientras él le deslizaba la blusa por los hombros y le desabrochaba el sujetador.

Con un gemido, dejó caer la cabeza y succionó uno de los pezones erectos mientras se aferraba con fuerza a su cintura.

De la garganta de Eloise escapó un involuntario gemido de placer. Echó la cabeza hacia atrás mientras Marcus la hacía descender sobre la cama y, con manos ligeramente temblorosas, le quitaba los pantalones y la ropa interior.

Las propias ropas de Marcus estaban en el suelo un segundo después, mientras él se inclinaba sobre ella poderosamente excitado para iniciar una sensual exploración por los rizos de cobre que cubrían la unión de sus muslos, provocando al instante un efecto devastador. Sin darle tregua, se apoderó de su boca, descendió por su cuello y buscó sus anhelantes senos. Allí prolongó sus caricias y estuvo saboreando aquella piel tan sensible hasta que el cuerpo entero de Eloise se tensó en una fiera anticipación.

–Tengo que hacer el amor ahora –musitó Marcus con voz ronca.

Mordisqueó uno de los pezones y suavizó con la lengua el efecto de su brusca caricia. Eloise se retorcía bajo él, consumida por un deseo y una pasión tan intensa que gritó desesperada su nombre.

El sonido de su nombre saliendo de aquellos voluptuosos labios llevó a Marcus al borde del abismo. Tomó a Eloise por las caderas para obligarla a elevarlas y se fundió con ella.

Eloise hundió los dedos en su pelo oscuro y se entregó con una salvaje y deliciosa sensualidad a aquella primitiva unión. Estaba completamente enardecida y cuando Marcus volvió a tomar sus labios en una salvaje admisión de su deseo, ella le devolvió el

beso, iniciando un febril duelo con sus lenguas. Todo Marcus se tensó mientras luchaba para conservar el control.

Eloise le acarició la espalda y le sintió estremecerse y apretar los músculos, intentando amortiguar aquella intolerable tensión.

Marcus alzó la cabeza y con los ojos ardiendo como ascuas de carbón, buscó la mirada de Eloise.

–Tú me haces… –pero sus palabras se perdieron cuando Eloise se tensó involuntariamente y le rodeó la cintura con las piernas.

Marcus comenzó a moverse con rápidas y potentes embestidas y Eloise, naturalmente, se sumó a aquel furioso ritmo que la transportaba hasta un mundo de puras sensaciones que terminó explotando en una deflagración tan devastadora como el nacimiento de una estrella. Se aferró a Marcus y de su garganta escapó un grito salvaje.

Marcus, jadeante, se hundió en sus aturdidos ojos verdes y la soltó lentamente, permitiéndola volver a tumbarse por completo. Con las pupilas dilatadas todavía fijas en ella, abandonó su interior, rozó sus labios y, apoyado sobre un codo, la miró en silencio.

–Eres exquisita –musitó suavemente–. Nunca te había visto completamente desnuda a la luz del día –y le dio otro beso en la frente.

Solo entonces Eloise se dio cuenta de que no podían ser más de las tres de la tarde, de que el sol del verano entraba a raudales por la ventana y de que ella estaba completamente desnuda delante de un hombre que era su enemigo.

–Oh –instintivamente, se cubrió los senos con las manos.

Marcus al verla estalló en carcajadas.

–¿Qué te parece tan gracioso? –exigió Eloise.

–Creo que es un poco tarde para mostrarte tímida, cariño –hacía notables esfuerzos para contener la risa–, después de lo que hemos hecho.

Eloise comprendió lo absurdo de su gesto y también rio.

–Sí, bueno, soy una mujer tímida.

–Desde luego, a veces te comportas como si lo fueras. Pero, afortunadamente –la miró con masculina satisfacción–, en la cama eres la más apasionada y sexy de las mujeres.

Eloise estuvo a punto de reír otra vez, pero en aquella ocasión con ironía. Si Marcus supiera que desde que tenía veinte años jamás había vuelto a mirar a un hombre… De hecho, el propio Marcus era el único hombre al que le había permitido acariciarla.

Marcus escrutó su cuerpo con la mirada y dejó que sus dedos

vagaran desde su boca hasta la aureola oscura que encumbraba sus senos. La sintió temblar y la miró a los ojos con renovado deseo.

–Creo que nunca podré saciarme de ti –musitó.

Eloise sabía que creerlo sería como adentrarse en el camino al infierno, sabía que no podía bajar la guardia, pero cuando Marcus volvió a tomar su boca con un ardiente beso cargado de pasión, se derrumbó. Se aferró a sus hombros, cerró los ojos y se resignó a lo inevitable.

–Estás tan caliente, tan excitada –musitó Marcus una vez más.

Gimiendo su nombre, se hundió en ella por última vez y en cuanto la sintió alcanzar nuevamente el clímax, se estremeció violentamente, con la fuerza de su propia liberación.

Capítulo 8

Marcus se tumbó de espaldas en la cama, arrastrando a Eloise con él. La abrazaba con tanta ternura que, por un instante, Eloise tuvo la sensación de que habían hecho el amor. Incluso había llegado a sentir que eran un solo cuerpo unido por el amor. Pero sabía que no era cierto…

Deseando huir de aquella peligrosa sensación, alzó la cabeza y chocó contra la intensidad de su mirada.

–Necesito ir al baño –dijo prosaicamente, y alejándose de su abrazo.

Mientras se duchaba, intentó analizar lo que había hecho, pero antes de que pudiera poner orden en el caótico mundo de sus emociones, se abrió la puerta y apareció Marcus.

–Permíteme –musitó riendo y le quitó el jabón de las manos.

Lo que siguió a aquel gesto fue una lección de sensualidad que dejó a Eloise tan débil como un gatito y aferrándose a sus anchos hombros para que Marcus la llevara a la cama y la arropara como si fuera una niña.

Horas después, Eloise abría bruscamente los ojos. La rodeaba una completa oscuridad y no sabía dónde estaba. Lo recordó de pronto y miró al otro extremo de la cama. Estaba sola.

Cinco minutos después, vestida y con el pelo recogido en una cola de caballo, entraba en el salón. Marcus estaba sentado a la mesa, con un ordenador portátil frente a él, evidentemente trabajando.

¿Qué habría que decirle a un hombre después de haber pasado la tarde acostada con él?, se preguntó Eloise desesperada.

–Creo que será mejor que me vaya –fue lo único que se le ocurrió.

Marcus se levantó y se acercó a ella con dos grandes zancadas.

–Eloise, estás despierta. Pero no, no vas a ir a ninguna parte. He anulado tu habitación del hotel y he encargado que trajeran tus cosas aquí –señaló la maleta de Eloise–, creo que mientras estemos en París, es lo más lógico.

Inclinó la cabeza y, comprendiendo que iba a besarla, Eloise se apartó.

–¡Tú… tú…! ¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así? ¡No tienes ningún derecho!

–Tengo todo el derecho del mundo, Eloise. Me lo diste tú misma ayer, cuando aceptaste nuestro acuerdo para evitar ir a los tribunales.

Eloise palideció al oírlo.

–Ya comprendo –y era cierto que lo comprendía: Marcus tenía todas las cartas en la mano y, por lo tanto, él siempre ganaría–. ¿Pero qué le diré a Katy?

–Yo me encargaré de Katy y de Harry –respondió él con arrogancia.

A la misma velocidad y con la misma astucia con la que se había hecho cargo de su vida, estaba segura. Azuzada por el orgullo, cuadró los hombros y lo miró a los ojos.

–Sí, supongo que es lo más conveniente para el poco tiempo que voy a pasar en París –y añadió con burlona dulzura–, al fin y al cabo, ¿para qué voy a gastarme el dinero en un hotel cuando soy la amante de un hombre rico? De hecho, podría hacer lo mismo con la ropa. No me he traído mucha porque pensaba que solo iba a pasar aquí un par de noches.

Marcus tuvo el valor de soltar una carcajada.

–Eso es lo que me gusta de ti, Eloise. Ni siquiera te hundes cuando estás derrotada.

–Eres un cerdo –le espetó ella–. Voy a deshacer la maleta.

Pero tiempo más tarde, de nuevo en la enorme cama con Marcus, «cerdo» no era precisamente la palabra que acudía a su mente. Eloise tuvo que apretar los dientes para no dejar escapar las palabras de amor que se acumulaban en su garganta. Se repetía una y otra vez que no quería involucrarse emocionalmente con aquel hombre.

Cuando por fin tuvo sus emociones completamente bajo control, se atrevió a preguntar:

–¿Desde cuándo tienes este apartamento? –Marcus contestó con una carcajada y Eloise lo miró de soslayo–. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

–Tú, Eloise. Acabamos de disfrutar de una experiencia sexual alucinante y de pronto me vienes con una pregunta como esa.

–Lo siento. No sabía que solo podíamos hablar de asaltos sexuales.

–Asaltos sexuales. Qué forma tan burda de decirlo, Eloise.

–Burdos han sido también nuestros encuentros, ¿no?

Marcus se tensó al instante.

–Si es eso lo que piensas, entonces es que tu educación sexual no ha sido tan completa como pensaba. Quizá debería mostrarte la diferencia –y, tumbándola de espaldas, le tomó las manos, se las sujetó por encima de la cabeza y la besó.

Eloise sintió la pasión que latía en su beso. Marcus continuó besándola y sujetándola contra la cama, atormentándola hasta hundirla en una sensación tan increíblemente erótica que fue incapaz de protestar u ofrecer ninguna resistencia cuando él se colocó bruscamente entre sus muslos.

Su cuerpo entero lo llamaba y en el momento en el que Marcus la penetró, sintió que la atravesaba una flecha de fuego. Lo amaba y siempre lo amaría. No importaba que fuera un hombre despiadado y arrogante, o que no sintiera por ella nada más que deseo. Al pensar en ello, escapó de sus ojos una solitaria lágrima.

Marcus la vio y se quedó completamente paralizado. ¿Qué demonios estaba haciendo? Poniendo en juego toda su fuerza de voluntad, retrocedió y continuó mirándola.

Eloise alzó la mirada hacia él, preguntándose por qué se habría parado.

–Lo que hemos compartido hasta ahora no ha sido en absoluto burdo, Eloise. Y quiero que continúe sin verlo.

Marcus observó las emociones que asomaban al rostro de Eloise: sorpresa, arrepentimiento, y al final un profundo alivio que suavizó sus facciones. Pensó entonces en su propia contención. Él jamás se había sentido protector con sus compañeras de cama, pero, por alguna razón inexplicable, con Eloise todo era diferente. Se aclaró la garganta.

–¿Qué era lo que querías saber? ¿Desde cuándo tengo este apartamento? –se tumbó de espaldas y la invitó a apoyar la cabeza en el hueco de su hombro mientras procedía a contárselo–. Mi padre me compró este apartamento durante el año que pasé estudiando en Francia. Él pensaba que si quería trabajar en el mundo de las finanzas, era esencial que aprendiera los dos idiomas de la diplomacia, el francés y el inglés.

Saber que lo amaba le hacía sentirse increíblemente vulnerable, pero, confortada por el calor de su cuerpo y el sonido melodioso de su voz, Eloise fue relajándose poco a poco.

–Ah, por eso hablas francés tan bien. Y el hotel de Londres, ¿también te lo compró él?

–No –contestó Marcus, riendo–. Ese lo compré yo unos años después, cuando todavía era un hombre serio y muy correcto.

–¿Por qué será que me cuesta imaginarte así? A menos por

supuesto, que en secreto fueras una especie de monstruo sadomasoquista.

–Ingeniosa idea, querida –se inclinó hacia ella y musitó–. El sadomaso no es lo mío, pero estaría completamente dispuesto a practicarlo si con eso consigo retenerte en mi cama.

–No, por supuesto que no –contestó Eloise, asustada por los derroteros que podría tomar una simple broma.

–Es una pena –observó Marcus con una sonrisa–. Aun así, creo que siempre y cuando sea contigo, me conformaré con las formas más convencionales del sexo.

–Sexo convencional con una mujer de mala vida –al advertir la furia que iluminaba los ojos de Marcus, inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho.

–Olvida la parte de la mala vida, limítate a ser mi mujer y yo haré lo mismo. El trato que hemos hecho no tiene por qué afectar a nuestra relación –se encogió de hombros–. Si quieres, podemos hacer una tregua.

Fingir que el trato nunca había existido. Sería una tontería, se dijo Eloise, pero en cuanto Marcus comenzó a besarla, decidió aprovechar aquella oportunidad. Aquellas palabras le habían dado la primera migaja de esperanza sobre su futuro.

–De acuerdo –musitó.

–Ese diseño parece realmente prometedor –Katy se había colocado detrás de Eloise y estaba examinando uno de sus dibujos–. Una verdadera inspiración. Es el mejor ejemplo de lo que el amor de un hombre puede llegar a hacer –bromeó.

Eloise hizo una mueca. ¡Si al menos fuera verdad! Pero las intenciones de Marcus estaban muy lejos de ser honorables.

–¿Y dónde está ahora? –preguntó Katy–. Hace más de una semana que no lo vemos.

–Marcus trabaja –contestó Eloise en tono burlón–. Tiene una oficina en Wall Street y apartamentos en Londres y en París, pero vive en Grecia. Y si nosotras trabajamos un poco más, quizá también podamos comprar alguna que otra casa más –intentó distraer a Katy de temas más personales preguntándole por las ventas de los últimos diseños.

Había pasado casi un mes desde que había vuelto de París. La semana que había pasado en la capital francesa había sido una auténtica revelación para ella. La mayor parte del tiempo lo había pasado en la cama con Marcus. Habían salido a cenar en alguna

ocasión y él había insistido en gastarse una fortuna en ropa para ella. Eloise había intentado detenerlo, señalando que estaba bromeando cuando había sugerido que le comprara ropa y que, en cualquier caso, solo iba a pasar un año con él.

Marcus había respondido secamente, recordándole su tregua.

De vuelta en Londres, había insistido en acompañarla a su apartamento. Y aunque lo último que Eloise quería era terminar haciendo el amor con él en su casa, eso era precisamente lo que había ocurrido. Desde aquel día, Eloise no era capaz de dormir una sola noche sin acordarse de Marcus compartiendo aquella cama con ella.

Al día siguiente, la había llamado, supuestamente para invitarla a cenar. Pero la cena se había limitado a un sándwich de queso y a una espectacular velada en su enorme cama.

Durante las semanas siguientes Marcus se había comportado de manera que tanto Katy como Harry pudieran pensar que era la pareja ideal para Eloise. Además, su aportación financiera a la empresa había sido considerable. Eloise había podido observar a Marcus riendo y bromeando con Jeff y Julián, y con Katy y con Harry. Cenaban todos juntos con frecuencia y, para todos ellos, Marcus era maravilloso.

Lo mismo le ocurría a todo el mundo. Hasta el pequeño Benjamin se emocionaba cuando Marcus aparecía. Eloise intentaba recordarse que era un manipulador, un hipócrita, pero, que el cielo la ayudara, cada vez le resultaba más difícil guardar las distancias.

Fiel a su palabra, Marcus estaba procurando darle relevancia a su aventura. Había insistido en llevarla al estreno de una película y al día siguiente habían aparecido en todas las revistas del país. Eloise se había asustado al ver tanta publicidad y vivía aterrada ante la posibilidad de que alguien pudiera hacer alguna conexión con su pasado. Había hablado sobre ello con Marcus y, después de aquella noche, este se había plegado a sus deseos y sus salidas habían sido mucho más discretas.

Sorprendentemente, a medida que pasaban las semanas, Eloise comenzaba a descubrirse pensando en Marcus como si fuera su novio. Él no hacía nada para disipar aquella idea y la tregua que habían pactado en París continuaba vigente: en ningún momento mencionaban el verdadero motivo por el que estaban juntos.

–Soñando despierta es difícil trabajar –la voz de Katy se filtró en sus atribulados pensamientos–. Pero no te culpo. Aunque adoro a Harry, es imposible no darse cuenta de que Marcus es un hombre

maravilloso. Si juegas bien tus cartas, estoy segura de que terminaremos oyendo campanas de boda.

–No, no lo creo –contestó. Pero, en el fondo de su corazón, deseaba que fuera verdad–. Y, para contestar a tu pregunta, ahora mismo está en Nueva York y probablemente se quede allí una temporada. Y, conociendo a Marcus, dudo que me esté echando mucho de menos. Hay demasiadas mujeres hermosas en el mundo dispuestas a complacerlo.

–El problema es que tú no te das cuenta de lo adorable que eres, tanto por dentro como por fuera. Pero Marcus lo sabe, estoy segura.

–Gracias por el cumplido, Katy. Y espero que tengas razón –Eloise forzó una sonrisa y se concentró de nuevo en el trabajo–. Pero hasta entonces, te sugiero que nos pongamos a trabajar de nuevo.

La libertad era algo muy divertido, reflexionó Eloise mientras paseaba por Kensington High Street durante el segundo viernes de ausencia de Marcus.

Eloise se había dicho a sí misma que se alegraba de estar sola otra vez, de poder pasar el tiempo tal como le apetecía, pero la verdad era que echaba de menos a Marcus.

Marcus había estipulado que pasaría un año siendo su amante, y, para su más completo horror, Eloise se había descubierto la noche anterior calculando las semanas que faltaban y molesta por el tiempo que Marcus estaba pasando lejos de ella. Era tan atractivo, y ella había oído que Nueva York estaba lleno de mujeres bellas. Sola con sus pensamientos, había terminado consumida por los celos y al final había llegado a la conclusión de que quizá Marcus podría decidir no terminar siquiera el año.

Pero Eloise sabía que en realidad a Marcus el dinero no le importaba. ¿Cómo podía importarle cuando se gastaba una fortuna en ropa y regalos para ella? Y se consolaba a sí misma pensando que quizá había superado ya el enfado y que realmente disfrutaba de su compañía.

A medida que iban pasando los días, Eloise iba estando cada vez más convencida de que Marcus la apreciaba a un nivel más profundo. Lo demostraba de muchas maneras: con flores, con joyas.. Eloise intentaba rechazar aquellos regalos tan valiosos, pero él no se lo permitía, diciéndole que era un recuerdo de lo que habían compartido en París.

A veces el regalo era pequeño, como una rosa solitaria, o gracioso, como cuando se había presentado en su casa con un gnomo y le había hecho prometerle que aquel sería el único hombre al que miraría durante su ausencia.

Solía llamarla a diario, a primera hora de la mañana en Inglaterra, mientras él todavía estaba en la cama. Aquellas conversaciones alimentaban en el corazón de Eloise la esperanza de que quedaba alguna oportunidad para su amor.

Marcus iba a llegar el martes siguiente y Eloise, tremendamente animada, entró en los almacenes Harrods con una sonrisa en el rostro. Se compraría una combinación que dejaría a Marcus tumbado, decidió. Se detuvo en el mostrador de la perfumería, y acababa de probar una de las fragancias cuando la saludó una voz familiar.

–Eloise, ¿cómo estás?

–Ted, Ted Charlton. Me temo que tengo que arreglar cuentas contigo –pero no pudo evitar sonreír al ver su expresión.

–Culpable –alzó la mano–. Sé lo que vas a decir, pero déjame invitarte a tomar algo y te lo explicaré.

Aquella era una soleada tarde de verano y se extendía ante ella un largo fin de semana y esa noche no tenía nada que hacer, de modo que decidió aceptar.

–Sí, de acuerdo.

–Tengo una cita muy especial el sábado por la noche –le explicó Ted con una sonrisa–. Vamos a buscar algún sitio en el que podamos comer y beber algo y te confesaré todos mis pecados.

Ted la llevó a un restaurante francés. Allí pidió un par de Martinis, una botella de vino y la cena.

–He visto tus fotografías con Marcus en la prensa, y puedo imaginarme por qué quieres hablar conmigo.

–Marcus parece creer que tú y yo… –se aclaró la garganta, repentinamente avergonzada.

–Sé lo que estás intentando decir. Y lo siento, no debería haber mentido. Pero intenta verlo desde mi punto de vista.

–Te escucho, Ted.

–Marcus Kouvaris es un hombre mucho más joven que yo. Rico, atractivo –Ted alzó su vaso y lo vació de un solo trago.

–¿Y?

–Bueno, eso no me deja a mí en muy buen lugar.

–Ted, limítate a contarme lo que pasó.

–En realidad todo fue culpa de mi ex esposa. Su abogado consiguió que me sacara unos cuantos millones y yo necesitaba

dinero rápido y en efectivo. Sabía que Kouvaris estaba en la ciudad y recordaba cómo te había mirado.

–¿Cómo me había mirado? ¿Eso que tiene que ver con nuestro negocio?

–Soy un hombre. Sé cómo funciona la mente de un hombre. Así que me acerqué a Kouvaris para que me quitara de las manos mi participación en KHE. Sabía que él podía permitírselo y que querría ganar puntos contigo. No me equivoqué: aceptó inmediatamente.

–¿Quieres decir que te crees que Marcus compró tu participación en KHE para complacerme?

–Por supuesto, Eloise. Eres una mujer increíblemente bella, además de una artista con talento. Cualquier hombre se enamoraría de ti.

–Me halagas Ted, pero eso no te va a servir de nada. Quiero saber por qué le mentiste a Marcus sobre nuestra relación.

–Puedes echarle la culpa al orgullo de un hombre viejo. Invité a Marcus a cenar a mi hotel para celebrar el trato y, ante mi insistencia, después nos retiramos al bar. ¿Qué puedo decir? Había bebido demasiado y después estaba esa preciosa rubia a la que yo llevaba varios días intentando impresionar, pero que no estaba interesada en mí… y, sin embargo, se había encaprichado con Marcus. A él no le gustaba nada y, cuando al final ella se dio por vencida y se marchó después de echarme a mí un buen jarro de agua fría, yo me quedé destrozado. Y cuando Marcus me preguntó hasta qué punto te conocía… –Ted se interrumpió y se ruborizó violentamente.

–Continúa…

–Mentí y le dije que habíamos pasado la noche juntos. Fue culpa de mi estúpido ego. Primero, mi esposa me rechaza. Después, esa rubia con la que había estado bebiendo alegremente la noche anterior solo tenía ojos para Kouvaris. No podía soportarlo más y dije esa estúpida mentira. Lo siento.

–No importa Ted –el hecho de que Marcus hubiera rechazado a otra mujer le hacía sentirse generosa–. Te perdono.

–Tú amas a ese hombre.

–Algo así –contestó ella con una sonrisa.

Les sirvieron la comida, que resultó ser excelente, y estuvieron hablando como viejos amigos. Ted era uno de los pocos hombres con los que Eloise se sentía cómoda. Más tarde, cuando Ted llamó a un taxi e insistió en acompañarla a casa, ella no protestó. Incluso lo invitó a tomar café…

Marcus salió del taxi, se acercó a la puerta del edificio georgiano y presionó el botón del apartamento de Eloise. Se dio cuenta entonces de que el portal estaba abierto. Un descuido, pero ideal para sus intenciones. Quería darle una sorpresa.

Había hablado con ella la noche anterior y le había dicho que no regresaría hasta la semana siguiente. Pero después de colgar el teléfono, el recuerdo de su aterciopelada voz le había hecho desearla hasta tal punto que había cancelado algunas reuniones y había decidido volar a Londres.

Marcus llegó a la puerta del apartamento y oyó voces. Estupendo, estaba en casa y, obviamente, viendo la televisión. Llamó con los nudillos a la puerta, esta cedió bajo la presión de su mano. Marcus cruzó el vestíbulo y llegó al cuarto de estar.

–Eloise, cariño.

–¡Marcus! –exclamó Eloise extasiada–. No te esperaba hasta la semana que viene.

Marcus caminó lentamente hacia ella.

–He cancelado todas las reuniones que tenía. Quería darte una sorpresa.

Capítulo 9

Eloise necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para no arrojarse a sus brazos.

–Marcus –se humedeció nerviosa los labios–. Te he echado tanto de menos…

Marcus se detuvo a solo unos centímetros de ella.

–Eloise –susurró con voz ronca.

Recorrió su rostro con sus ojos oscuros resplandecientes de deseo, la estrechó en sus brazos y cubrió su boca con un beso.

–Ha pasado tanto tiempo –gimió, presionando su cuerpo contra el suyo–. Demasiado tiempo… –podía sentir sus senos llenos estrechándose contra su pecho.

–Ejem…Siento interrumpir.

Marcus levantó bruscamente la cabeza y su oscura mirada chocó contra los ojos azules de Ted Charlton. Era obvio que aquel hombre estaba a punto de dirigirse al dormitorio.

Marcus se sintió como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Soltó un juramento en griego y apartó violentamente a Eloise.

–Eres miserable.

–No, esto no es lo que parece –musitó Eloise, mirándolo aterrada.

–¿Entonces qué está pasando aquí? ¿O prefieres que me lo imagine yo? –preguntó con cínico desprecio–. Una semana sin sexo y ya no eres nadie –deslizó la mirada hacia Ted, aparentemente incapaz de creer lo que estaba viendo.

Eloise lo agarró del brazo.

–No, Marcus, escúchame. Me encontré a Ted en unos almacenes; él le estaba comprando un perfume a su novia y yo le pedí que me dijera qué era lo que pretendía al decirte que me había acostado con él.

–Puedo imaginármelo. ¿Y ya le has persuadido para que mienta por ti?

–Maldita sea, no. Ted te mintió. Esta noche me ha invitado a cenar y me ha dicho la verdad. Me ha contado todo sobre la celebración del trato y la chica que estaba en el bar. Te dijo que se

había acostado conmigo porque estaba celoso de ti. ¿Es que no puedes entenderlo? –le preguntó, desesperada.

–Lo único que entiendo es que eres una mentirosa capaz de vender su cuerpo por el precio de una cena.

Eloise comprendió que no la creía. Eso quería decir que su supuesto amor jamás había existido. Era solo producto de la imaginación de una joven de diecinueve años. Eloise no reconocía al hombre que tenía frente a ella, pero, consciente de la presencia de Ted, intentó calmar la situación.

–He cenado con Ted porque quería disculparse por haber mentido, nada más, y sí tú eres demasiado cabezota para comprenderlo, peor para ti.

Marcus dio un paso adelante, le apartó la mano a Eloise y se detuvo. Eloise vio la furia y el desprecio resplandeciendo en sus ojos.

Comprendió entonces que lo único que les había unido a ella y a Marcus había sido el sexo. Una pasión que había sido incapaz de controlar. Marcus no la amaba, jamás lo amaría, y aquello era lo más doloroso de todo.

De pronto, Ted se acercó a ella, la apartó y se enfrentó a Marcus.

–Si quieres pegar a alguien, pégame a mí.

–Puedo mandarte al infierno cuando me apetezca –respondió Marcus amenazante, y lo agarró de la camisa.

–Lo sé. Y esa es la razón por la que te mentí y te dije que me había acostado con Eloise. Vi cómo mirabas a Eloise el día que te conocí. Y también vi cómo te miraba esa rubia del bar cuando el día anterior había estado bebiendo conmigo. Estaba borracho, celoso… y mentí. Sé que es repugnante, pero esa es la verdad.

Los dos hombres se miraban el uno al otro. Ted rojo como la grana y Marcus pálido de rabia. Durante largos segundos, Eloise se limitó a contemplar la escena en silencio, concentrando todas sus fuerzas en luchar contra el intenso dolor que estaba intentando esconder. Pero mientras los miraba, aquel dolor se disolvió en un sentimiento diferente.

Aquella era su casa, su vida. El orgullo le hizo erguirse. Ella no tenía por qué justificar su conducta ante ningún hombre y menos ante dos hombres egoístas y machistas que se comportaban como un par de perros disputándose un hueso. ¡Y en su propio cuarto de estar!

–¡Ya basta! –exclamó–. Salid inmediatamente de mi casa.

Marcus la miró con absoluta incredulidad.

–Fuera –gritó Eloise de nuevo.

Marcus soltó lentamente a Ted y parte de la rabia pareció desaparecer de sus ojos.

–Creo que ya es hora de que te vayas –dijo entre dientes–. Eloise es mía, ¿entiendes?

–¿Ah, sí? –musitó Ted secamente, sacudiendo la cabeza. Pasó por delante de Marcus, se detuvo frente a Eloise y le dio un beso en la mejilla–. Buena suerte y, si alguna vez me necesitas, ponte en contacto conmigo.

–Estás tentando a tu suerte –gruñó Marcus, caminando hacia ellos.

–No –Ted sonrió y se despidió de Marcus con un movimiento de la mano–. Nunca confío en la suerte. Pero mañana tengo una cita importante, y por lo menos yo sé cómo tratar a una dama –riendo, salió a grandes zancadas del apartamento.

Eloise, con piernas temblorosas, se sentó en el sofá más cercano.

–Creo que será mejor que te vayas.

–No –replicó Marcus, acortando la distancia que los separaba–. He cancelado mis planes para pasar unos días contigo y todavía no he cambiado de opinión.

Bajó la mirada hacia Eloise. Quizá fuera inocente en lo que a Ted concernía. Ted estaba muy borracho cuando se habían visto en Nueva York y muy afectado por el divorcio de su última esposa. Recordaba vagamente que Ted le había presentado a una rubia y poco más.

En cuanto al resto… Si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que dudaba de que Eloise hubiera estado involucrada alguna vez en los chanchullos de su madre. Había estudiado los libros de la empresa y había descubierto que Harry, Katy y Eloise eran socios a partes iguales y ganaban idéntico salario. Algo extraño, si Eloise hubiera tenido tanto dinero como al principio pensaba él.

Probablemente Eloise fuera inocente de todo lo que la había acusado. Además, había sido increíblemente generosa con sus amigos. Había sido ella la que había comprado el edificio en el que trabajaban y vivían. Marcus comprendió de pronto que quería participar en la empresa para buscar la aprobación de Eloise. Había conocido a muchas mujeres en su vida, algunas de ellas tan hermosas y sensuales como Eloise, pero también sabía que ninguna de ellas había llegado a afectarlo tanto como lo afectaba ella.

Desde el día que había posado los ojos en ella, cuando solo tenía diecinueve años, no había podido olvidarla. Y, después de las semanas que habían pasado juntos, las más felices de sus treinta y cuatro años de vida, había llegado a convertirse en una obsesión. Una secreta obsesión que necesitaba ocultarle a Eloise, pero tendría que tener más cuidado en el futuro. Inocente o no, no habría más Teds. Al día siguiente mismo se la llevaría a su casa, concluyó con arrogancia.

Marcus estaba allí y todavía la deseaba. Eloise no sabía si llorar o reír. Sentía los erráticos latidos de su propio corazón golpeando su pecho. En aquel tenso silencio, probablemente hasta el propio Marcus podía oírlos, pero Eloise no se atrevía a mirarlo. En cambio, sí fue capaz de hacerle una pregunta.

–¿Por fin te crees que nunca he tenido una aventura con Ted? –tenía la mirada fija en el suelo. De pronto le parecía imprescindible que Marcus creyera en ella.

–Eso no es importante. Olvídalo. Yo ya lo he olvidado.

–Te dije que Ted había mentido y él te lo ha confirmado.

Marcus arqueó una ceja con expresión cínicamente divertida.

–Sí, ¿también tú me mentiste?

–¿Qué tengo que hacer para convencerte? ¿Escribirlo con sangre?

Marcus alargó la mano hacia ella y dejó que sus dedos se enredaran en su sedosa melena.

–Si quieres convencerme… –dijo con voz profunda–, puedes intentarlo.

Eloise ya tenía una respuesta. Sexo. Lo único que Marcus quería de ella era sexo. Intentó apartar la cabeza, pero Marcus no estaba dispuesto a dejarla escapar.

–Sería divertido, ¿no crees? –añadió.

–Eso es lo único que soy para ti, ¿verdad? Un divertimento sexual –le reprochó Eloise, con la furia entremezclada por el terror cuando Marcus inclinó la cabeza hacia ella.

Se tensó y abrió los ojos como platos, con un brillo de desafío en la mirada. No estaba dispuesta a dejarse vencer una vez más por su invasora sensualidad. Eso era lo que había estado haciendo desde que habían coincidido en París y tenía que poner freno a aquella situación.

Aun así, su traicionero pulso se aceleró cuando Marcus cubrió sus labios con un explosivo beso. Marcus posó las manos en su cintura mientras saqueaba salvajemente su boca.

Eloise se aferró a sus brazos en un último intento de liberarse.

Pero él no pensaba dejarle marchar. Le hizo tumbarse en el sofá y se colocó encima de ella sin dejar de besarla.

Eloise luchaba para conservar el control.

–No –gimió contra sus labios, negándose las sensaciones que Marcus desencadenaba en ella.

Le parecía imposible controlar su propio cuerpo, pero, haciendo un supremo esfuerzo, consiguió empujarlo con el puño y con la rodilla.

Marcus retrocedió al instante y la miró estupefacto.

–¿A qué viene eso? –preguntó, reclinándose contra el sofá y frotándose el pecho.

–Adivínalo tú mismo –se levantó y lo miró furiosa.

Marcus se levantó con un gesto de impaciencia y se acercó hasta ella.

–Estás enfadada porque he echado a Ted.

Eloise tragó saliva.

–No, no es por eso –dijo con voz queda–. Sino porque no le has creído y, lo más importante, tampoco me has creído a mí.

–Así que quieres que te crea; y parece molestarte el que no lo haya hecho. ¿Y por qué?, me pregunto. A lo mejor es que me aprecias más de lo que estás dispuesta a admitir.

Un minuto más y adivinaría lo que realmente sentía, algo que Eloise no podía permitir.

–No, pero me molesta que me traten como si fuera una prostituta, una mujer capaz de acostarse con un hombre y una hora después con otro. Y por tu comportamiento, es así como me ves.

–Ah, Eloise. Lo único que yo creo es que eres una mujer inteligente e increíblemente bella –dijo delicadamente. Posó las manos en sus hombros y la estrechó contra él–. Y si te he dado una impresión equivocada, lo siento –le acarició la mejilla y la tomó por la barbilla.

–Esa es una buena forma de empezar –contestó ella

Intentaba ocultar con el sarcasmo su nerviosismo. Pero la voz le tembló cuando Marcus le hizo alzar la cabeza para poder mirarla a lo ojos.

–Y creo lo que me has dicho sobre Ted.

–¿De verdad? –Eloise lo miró fijamente a los ojos y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Marcus deslizó la mano por su brazo para rodearle con ella la cintura. Tenía que tener cuidado. Todavía no estaba preparado para confesarle que le habían cegado los celos.

–Al fin y al cabo, una mujer que me tiene a mí como amante no miraría dos veces a un hombre como Ted.

Eloise no pudo evitarlo; incluso cuando estaba furiosa, Marcus tenía la habilidad de hacerle cambiar de ánimo con una sola palabra.

–¡No he conocido nunca a alguien tan arrogante! –sacudió la cabeza, pero le resultaba imposible esconder la diversión que hacía brillar sus ojos.

–Pero te gusto.

–Sí, podría decirse que sí –contestó Eloise, riendo ella también. Y cuando, de una forma casi reverencial, Marcus inclinó la cabeza y la besó, ella le devolvió el beso completamente rendida.

Marcus le deslizó suavemente el vestido por los hombros, la levantó en brazos y acarició con la punta de la lengua uno de los pezones.

–Oh, sí –suspiró ella, hundiéndose inmediatamente en un mar de placenteras sensaciones–. Por favor…

–Sí –ronroneó Marcus también, cerrando la boca sobre el pezón y lamiendo lentamente la carne henchida hasta hacerle arder de deseo y pasión.

Después, la alzó todavía más y capturó su lengua con un beso embriagador mientras la llevaba al dormitorio. Una vez allí, volvió a ponerla de pie, deslizándola a lo largo de su cuerpo y dejándola sentir su palpitante excitación antes de quitarle el vestido con un solo movimiento.

Pero él continuaba llevando demasiada ropa. Con un ronco gemido de frustración, Eloise deslizó las manos bajo su chaqueta y le hizo bajar la cabeza para encontrarse nuevamente con su boca.

Marcus la levantó para posarla en la cama y segundos después, se reunía desnudo con ella. De los labios de Eloise escapó un erótico suspiro de placer.

Marcus trazó con la yema de los dedos el contorno delicado de su cuerpo, la suave curva de su cintura, la sedosa planicie de su vientre… Y Eloise tembló. Se aferraba a sus hombros presa de un deseo febril. Marcus jugaba con su boca, lamiéndola, mordisqueándola, hundiendo en ella la lengua. Y, en todo momento, continuaba acariciándola, pero evitando deliberadamente alcanzar los rincones que más anhelaba Eloise que acariciara.

–Marcus –jadeó, olvidándose de todo, salvo de lo mucho que lo deseaba.

–Dime lo que quieres. ¿Esto quizá?

Todo el cuerpo de Eloise se estremeció cuando Marcus entreabrió los aterciopelados pliegues de su carne para acariciar el palpitante y húmedo botón del placer.

Eloise acarició febrilmente los hombros de Marcus, descendió por su pecho y dibujó la dura línea de su estómago, dejándose llevar por una necesidad primigenia y femenina de poseer y ser poseída. Encontró lo que buscaba y curvó los dedos alrededor del satinado sexo de Marcus.

Lo sintió temblar y aquello le hizo sentirse increíblemente poderosa. Pero un instante después, cuando Marcus se apoderó de sus labios, atrapándolos con un beso voraz, ya no fue capaz de pensar en absoluto. Involuntariamente, tensó los dedos alrededor de él.

Con un gemido gutural, Marcus alzó la cabeza.

–Hazlo –le pidió bruscamente, clavando sus ojos en Eloise.

Y Eloise obedeció…

Eloise se despertó a la mañana siguiente, se estiró lánguidamente y al instante fue consciente de que había alguien a su lado. Volvió lentamente la cabeza y abrió los ojos de par en par al reparar en Marcus.

Con los ojos cerrados y la sombra de la barba oscureciendo su barbilla, parecía menos autosuficiente, más joven y, de alguna manera, vulnerable.

Recordó avergonzada lo que había ocurrido la noche anterior. Lo había tocado íntimamente con manos y boca, algo que jamás se habría imaginado haciendo. Era increíble….

Marcus era maravilloso. Habían hecho el amor con una pasión que había durado horas y, saciados y agotados, habían terminado hundiéndose en un relajado sueño. Sonrió satisfecha, deslizando la mirada por su torso desnudo.

No podía apartar la mirada de aquel cuerpo perfecto mientras evocaba el placer de la noche anterior. Incapaz de resistirse, alargó la mano y acarició su vello oscuro, desde el centro de su pecho hasta la zona que desaparecía bajo las sábanas.

–Hum. Eso me gusta –murmuró Marcus, dándole un beso en la frente.

–Pensaba que estabas dormido.

Eloise se sonrojó ligeramente y se echó hacia atrás, sintiéndose casi feliz. Marcus había dicho la noche anterior que se creía lo que le había contado sobre Ted. Aquel era un paso de gigante.

–Lo estaba, hasta que me has despertado.

–¿Yo?

–Sí, tú –contestó Marcus y después de darle un beso, dio media vuelta en la cama–. Voy a preparar el desayuno, tú empieza a hacer las maletas. Nos vamos a Grecia.

–Estás bromeando, por supuesto –exclamó ella, observándolo y preguntándose cómo un hombre desnudo podía parecer tan increíblemente elegante–. Ahora mismo no puedo irme de Londres.

–Claro que puedes, Eloise. En Londres hay demasiadas cosas que te distraen –sabía que sonaba muy duro, pero no pudo evitarlo. Eloise le había mirado con el rostro pálido como el papel, casi horrorizada y aquello había vuelto a causarle aquella peculiar sensación en la zona del corazón.

¿Cómo era posible que cambiara tan repentinamente de actitud, transformándose de pronto en un auténtico tirano?, se preguntaba Eloise. Una noche de pasión no parecía significar nada para Marcus. Aquella carencia total de sentimientos le confirmó lo que ya sabía.

Pero ella vivía allí, se dijo Eloise con firmeza. Trabajaba allí. Marcus tenía que estar loco. No podía dejarlo todo y marcharse a Grecia solo porque él lo dijera.

–No seas ridículo.

–Sería ridículo si te dejara aquí sola. En Rykos, cuando yo no esté cerca, podrán cuidarte mi familia y mis amigos –Marcus sabía por experiencia propia lo difícil que era tener una vida sexual en aquella pequeña isla en la que todo el mundo se conocía.

Y si era difícil para un hombre, para una mujer era prácticamente imposible. Ningún hombre se acercaría a ella, y eso era lo que él quería.

–No necesito que nadie me cuide –replicó Eloise furibunda.

Él no era nadie para darle órdenes y así pensaba decírselo, pero Marcus desapareció antes de que ella hubiera podido abrir la boca.

Oyó el ruido de la ducha y suspiró. No tenía sentido discutir con él, decidió con amargo resentimiento. Después de la noche que habían pasado juntos, había albergado grandes esperanzas de que Marcus pudiera llegar a confiar en ella, de que pudiera llegar a quererla. Pero Marcus había dejado brutalmente claro que no era así. Y aquella no era la menor de las preocupaciones de Eloise. Normalmente Marcus había sido extremadamente cuidadoso, nunca había dejado de utilizar preservativos. Pero la noche anterior ambos lo habían olvidado…

Media hora después se reunía con Marcus en la cocina.

Mientras caminaba hacia él con unos vaqueros y una camiseta gris, era consciente de que iba hecha un desastre, pero no le importó. No iba a ir a ninguna parte y aquel iba a ser el final.

–¿Eso es lo que vas a ponerte para el viaje? No es muy elegante, y en agosto en Grecia hace demasiado calor para ponerse vaqueros.

–No voy a ir a Grecia. No tengo ni tiempo ni ganas –le dijo fríamente.

Arrastró una de las sillas y se sentó en la mesa de la cocina frente a él. La asombró ver que había preparado café, tostadas y una selección de embutido.

Así que no era un completo inútil en la cocina, pensó secamente, sintiéndose repentinamente hambrienta. Se sirvió una taza de café, bebió un sorbo y alargó el brazo para tomar una tostada.

–En otra ocasión, quizá.

–Buen intento, Eloise –respondió él, con expresión burlona–. Pero no es una petición, es una orden.

–Lo siento, pero tengo que trabajar y además tengo un compromiso con Katy.

–¿Necesito recordarte que hemos hecho un trato? En primer lugar, estás comprometida conmigo. Y en cuanto a tu trabajo, puedes hacerlo perfectamente en Grecia.

Aquella deliberada mención de su trato fue como una bofetada cruel para Eloise. Se despreció a sí misma por haber albergado la absurda esperanza de que Marcus pudiera llegar a amarla. ¿Cuándo iba a aprender? El orgullo fue lo único que le permitió contener las lágrimas mientras decía:

–Pero yo no quiero ir.

–No tienes otra opción.

–Entonces este es el fin de la tregua.

–Sí, si es así como quieres verlo. ¿Por qué seguir fingiendo, Eloise? Los dos sabemos que me bastaría con tocarte para que cambiaras de opinión.

Eloise perdió el apetito ante su arrogancia. La tostada se le cayó de entre los dedos. Y lo más terrible era ser dolorosamente consciente de que Marcus estaba diciendo la verdad. Se sentía tan vulnerable…

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Eloise se levantó de un salto y estuvo a punto de tropezar durante su vertiginosa carrera hacia la puerta. Marcus pretendía hacerse cargo de toda su vida. Y ella no parecía tener la fuerza necesaria para impedírselo.

Y eso la asustaba.

Katy entró en el vestíbulo.

–Toma, el periódico –lo dejó caer en la mesita del vestíbulo y alzó la cabeza para olfatear–. ¿Estoy oliendo a café? –se dirigió inmediatamente a la cocina.

Eloise cerró la puerta y se agachó a tomar el periódico. Se había caído al suelo y había quedado abierto por la página central. Sus ojos repararon en un nombre que allí aparecía: Rick Pritchard. La sangre abandonó su rostro, las manos le temblaron y tuvo que cerrar los ojos para tranquilizarse. Después, con deliberada lentitud, se levantó, dobló el periódico y volvió a dejarlo en la mesita.

Aquel nombre era un recuerdo muy oportuno. Durante los últimos meses, había permitido que Marcus la tuviera bajo control. Había dejado que rompiera el escudo tras el que escondía sus emociones. Era la única persona que lo había hecho en cuatro años. Lo que tenía que hacer era volver a erigir sus defensas contra él. Un trémulo suspiro escapó de sus labios. Irguió los hombros, respiró varias veces y puso en práctica los ejercicios de relajación que le habían enseñado.

Si la falta de precauciones de la noche anterior tenía alguna consecuencia, Eloise sabía que tendría que abandonar a Marcus. Y eso significaba que debería vender la casa y acabar con su sociedad. Las visitas matutinas de Katy, al igual que su amistad, se convertirían en un recuerdo del pasado. Y todo por culpa de Marcus Kouvaris. Pero en ese preciso momento eso no era lo más importante. Tenía cosas más trascendentales de las que preocuparse, como la de permanecer viva… De pronto, Grecia le parecía un lugar muy deseable para permanecer.

Para cuando Eloise volvió a la cocina, Marcus ya había convencido a Katy de que era una maravillosa idea que Eloise fuera a Grecia. Eloise protestó, no quería que Marcus se diera cuenta de que había cambiado de opinión porque de pronto quería estar en cualquier lugar que no fuera Inglaterra…

Una doncella de piel morena la acompañó por las escaleras de mármol del palacete y a través del largo pasillo que conducía al dormitorio.

–El dormitorio –le dijo entre risas.

Eloise la miró sin comprender.

–Gracias –musitó, sorprendida por no estar más avergonzada.

La doncella retrocedió y cerró la puerta tras ella.

Eloise miró impasible a su alrededor. Se encontraba en una habitación suntuosamente elegante, con una enorme cama colocada sobre una tarima. Caminó a través del suelo de mosaico y empujó la puerta del baño, decorado en oro y negro con una bañera redonda, doble ducha y paredes de mármol y espejo. Perfecto para Marcus, pensó, volvió al dormitorio y se acercó a los ventanales por los que se accedía a un largo balcón. El aire le parecía caliente y pesadamente perfumado después de la frialdad del dormitorio. Y la vista era arrebatadora.

Un patio central con una piscina en forma de delfín conducía a un jardín que en aquel momento, bajo el sol de la mañana, era un derroche de color. El jardín descendía suavemente hasta el mar. Eloise miró de lado a lado y distinguió grandes extensiones de naranjos y limoneros. En la distancia, podía distinguir los perfiles de otras lujosas villas. Por supuesto, ninguna tan lujosa como aquel palacete que, cinco años atrás, se había convertido en el escenario del drama que había convertido su vida en una tragedia. Miró en dirección contraria y el corazón se le detuvo en el pecho. Acababa de reconocer el acantilado y el precario camino que descendía hacia aquella cala escondida.

Se volvió bruscamente hacia el dormitorio. Marcus la había llevado a su casa de Rykos, una casa que había construido y diseñado durante los últimos dos años. Lo que no le había dicho era que estaba tan cerca del acantilado y de la playa en la que por primera vez se habían acariciado.

Eloise había guardado el recuerdo de aquel día perfecto como una suerte de talismán. En los momentos de dolor y tristeza, lo utilizaba para conjurar el horror. Resultaba irónico que, tras haber leído el nombre de Rick Pritchard en el periódico de aquella mañana, hubiera necesitado conjurar aquella vista. Sin embargo, la tenía en aquel momento ante sus ojos y parecía haber perdido completamente su eficacia.

La inocencia de los diecinueve años se había ido para siempre. Marcus se había asegurado de eliminarla. Y, lo más triste de todo era que él ni siquiera se había dado cuenta.

Capítulo 10

Eloise deshizo metódicamente la maleta y guardó su ropa en los armarios y cajones del dormitorio, evitando deliberadamente mirar las prendas masculinas con las que se veía obligada a compartirlos.

–¿Qué demonios estás haciendo?

Eloise, que estaba de rodillas colocando la ropa interior en el último cajón de la cómoda, alzó la mirada. Marcus estaba en el marco de la puerta, descalzo. Se había desabrochado los pantalones del traje, que colgaban peligrosamente de sus caderas. La camisa la llevaba desabrochada hasta la cintura, revelando los cincelados músculos de su pecho y el vello oscuro que los cubría. Se fijó en la expresión de su rostro; la estaba mirando con arrogante estupefacción.

–¿Qué crees que estoy haciendo? Deshacer las maletas. Son el tipo de cosas que hacemos los mortales.

Marcus la miró con los ojos entrecerrados.

–Yo contrato a mis empleados para que se encarguen de ese tipo de cosas.

–Oh, sí, mi dueño y señor –musitó ella.

–Te he oído –le advirtió Marcus con voz sedosa–. Y, si mal no recuerdo, habíamos quedado en intentar llevarnos bien.

Marcus escrutó sus ojos esmeralda, anticipando una furiosa negativa, pero para su sorpresa, Eloise se limitó a contestar:

–De acuerdo –y se levantó.

–Espera –Marcus la agarró del brazo cuando pasó por delante de él, inexplicablemente irritado por su aparente indiferencia–. Mis empleados tienen la obligación de atender a mis invitados y les gusta hacer ese trabajo. Se sentirían ofendidos si no se lo permitiéramos –sonaba como un mojigato pedante y él mismo lo sabía.

Eloise miró la mano con la que sujetaba su brazo desnudo y levantó la mirada hacia él.

–Sí, de acuerdo.

Maldita fuera. Eloise había vuelto a seguirle la corriente y no le gustaba nada. Al pensar en ello, se dio cuenta de que había estado

haciéndolo desde que Katy había empezado a convencerla de que se fuera a Grecia. Y esa había sido también su actitud en el avión.

Miró intensamente su adorable rostro. El brillo habitual de sus ojos verdes había desaparecido.

–De acuerdo –arrastraba las palabras con cinismo–. Ahora compartiremos la ducha –le exigió.

Eloise era consciente de que estaba intentando enfadarla, aunque no entendía por qué. Lo único que hasta entonces los había unido era el sexo, y seguiría siéndolo hasta que su relación llegara a su final; algo que, teniendo en cuenta lo poco que confiaban el uno en el otro, no tardaría en ocurrir. Pero lo más importante de momento era que había podido alejarse de Inglaterra.

Si al final descubría que había tenido la mala suerte de quedarse embarazada, el pacto tendría que concluir, KHE debería seguir adelante sin ella y ella se quedaría sola. Hasta entonces, intentaría disfrutar de todo lo que Marcus le ofrecía. Estaba segura de que, si se lo proponía, ella podía ser tan dura como cualquier hombre.

–Sí, de acuerdo –contestó, posando la mano en su pecho.

Marcus hizo el amor con ella bajo la ducha, sosteniéndola entre sus brazos y apoyándola contra las baldosas de la pared. Fue un acto duro y rápido, pero disfrutaron del placer de alcanzar la plenitud del clímax al mismo tiempo.

Al terminar, Marcus, con respiración jadeante, le dirigió una mirada abrasadora, y, lentamente, la dejó en el suelo de la ducha. Sin dejar de sujetarla, cerró el grifo y le dio un beso en la frente.

–Será mejor que salgamos y nos vistamos –dijo con pesar–. Pretendía decirte algo antes de que nos distrajéramos. Tía Christine y Stella van a venir a cenar con nosotros.

Eloise se enderezó y se deshizo de su abrazo.

–Sí, de acuerdo –contestó con calma.

Ajena por completo a su propia desnudez, salió de la ducha, se envolvió en una toalla y salió del baño sin volverse siquiera a mirar a Marcus.

«Sí, de acuerdo». Había vuelto a hacerlo… Marcus, frunciendo el ceño con expresión incrédula, agarró una toalla y se la colocó alrededor de las caderas. Por primera vez en toda su vida adulta, se sentía culpable después de haber hecho el amor. Y no le gustaba nada aquella sensación.

Eloise se secó rápidamente y se vistió sin mirarse siquiera en el espejo. Se sentía como si estuviera moviéndose, hablando y

actuando a través de una espesa niebla. Había experimentado en otras ocasiones aquella sensación y sabía que se debía a la impresión causada por las últimas noticias sobre Rick Pritchard. Solo en los brazos de Marcus había vuelto a ser plenamente consciente otra vez, pensó con una irónica sonrisa. Desgraciadamente, no iba a poder pasar el resto de su vida entre sus brazos.

La cena no fue la terrible experiencia que Eloise anticipaba. Christine era una mujer de poco más de cuarenta años. Era pequeña, rellenita y de ojos oscuros. Y Stella era una versión de su madre pero con diecisiete años. Poco a poco, Eloise fue dándose cuenta de que Christine no estaba al corriente del estado en el que su marido había dejado sus finanzas. Era una mujer adorable y, por los comentarios que hacía, debía tener una fe inquebrantable en Marcus.

Después de admirar los pendientes de ámbar de Eloise y enterarse de que era diseñadora de joyas, le comentó que era la primera mujer que Marcus presentaba a la familia.

–Tienes mucha suerte –añadió–. Marcus es un brillante hombre de negocios y estoy segura de que podrá ayudarte, ¿verdad, Marcus?

Eloise sintió un nudo en la garganta al advertir las tiernas miradas que cruzaron. Y cuando la velada terminó y Christine y Stella se despidieron de ella con un abrazo y pidiéndole que fuera a visitarlas, la emoción estuvo a punto de desbordarla.

Pero aquello no podía ser. En otras circunstancias, realmente habría adorado a los parientes de Marcus. Pero saber que su madre había tenido una aventura con el marido de Christine y le había estafado una gran cantidad de dinero, le dejaba un amargo sabor en la boca.

–¿Te apetece tomar una copa? –le preguntó Marcus, cuando volvieron al interior de la casa.

–No creo que sea prudente después de todo el vino que hemos bebido –en realidad no había bebido mucho, pero le apetecía distanciarse de Marcus un rato.

–No te preocupes, no te dejaré emborracharte.

–Sí, de acuerdo.

La sonrisa de Marcus desapareció para convertirse en una dura línea. Eloise lo miró y sonrió, pero en realidad era como si no estuviera allí.

–Siéntate en la terraza. Yo llevaré las bebidas.

Eloise se sentó sin decir una sola palabra, pero en vez de sentirse complacido, Marcus se sentía irracionalmente furioso.

Reclinada en una de las tumbonas de la terraza con un vaso de zumo en la mano, Eloise miró a Marcus. Estaba enfadado con ella, pero Eloise no comprendía qué podía haber hecho mal en aquella ocasión. ¿Acaso no había sido suficientemente servil?

–¿Te han gustado Christine y Stella? –le preguntó Marcus de pronto.

–Sí, son encantadoras. En otras circunstancias, estoy segura de que nos habríamos hecho amigas.

–¿Qué quieres decir con eso? Estas circunstancias no tienen nada de malo.

–Sí, claro, si tú lo dices.

Marcus se acercó inmediatamente a ella y posó las manos en sus hombros.

–¿Cómo que «sí, claro»? ¿Qué es eso de estar de acuerdo con todo lo que digo? «Sí, claro», «sí, de acuerdo». Apenas has dicho otras frases desde que hemos salido de Londres.

–Lo siento. No sabía que nuestro trato me obligaba a mantener conversaciones brillantes –replicó.

–Olvídate de ese maldito trato –gruñó Marcus–. Esta es mi casa y quiero que seas feliz en ella. Quiero que los dos seamos felices… –y mientras lo decía, comprendió que era completamente cierto. Quería mucho más de Eloise que sexo. Quería su calor, su amistad… su amor.

¡Quería que olvidara el trato! Eloise estaba tan sorprendida que la impresión que la había mantenido abrumada durante todo el día, se desvaneció, y respondió tentativamente:

–Estoy un poco cansada por el vuelo. Y también desorientada.

Y en lo más profundo de su ser, deseaba que así fuera. No quería dejar que el fantasma del pasado que durante todo el día la había perseguido se saliera con la suya.

–Vamos a la playa –sugirió Marcus–. La brisa del mar te ayudará a despejarte.

–De acuerdo… –comenzó a decir otra vez, y una tímida sonrisa asomó a las comisura de sus labios–. Me parece una buena idea.

Caminaron juntos a lo largo de la playa en un silencio relativamente tranquilo.

En cuanto a Eloise, aunque no desapareció del todo la tensión, el aire limpio de la noche y el sonido de las olas le hacían sentirse a salvo. Miró de reojo a su acompañante y, consciente de que tenía

que agradecerle a Marcus aquella sensación de bienestar, tomó la decisión de intentar relajarse y vivir plenamente el momento.

Era una noche maravillosa. La luna llena resplandecía sobre la superficie del agua. Eloise se quitó los zapatos, se acercó hacia las olas que lamían suavemente la arena y se volvió juguetona hacia Marcus.

–Ven, vamos a chapotear un rato.

–Podemos hacer algo mejor que chapotear –respondió él, comenzando a desnudarse.

Eloise lo miraba, sintiendo cómo crecía lentamente el calor del deseo en su vientre.

Marcus permanecía, alto y erguido, a solo unos centímetros de ella. Su cuerpo era una obra de arte, capaz de rivalizar con el mismísimo David de Miguel Ángel.

–Ahora te toca a ti, Eloise.

–Sí –admitió Eloise quedamente, hipnotizada por el ardor intenso de su mirada. Se levantó el vestido, se lo quitó por encima de la cabeza y lo dejó en la arena.

Lentamente se desprendió de las bragas y cuando estuvo completamente desnuda, se enderezó y miró a Marcus.

Permanecieron mirándose en silencio el uno al otro, completamente desnudos y fundiendo sus siluetas con la arena, el mar y el cielo.

Marcus alargó la mano y Eloise posó la suya sobre ella. La adrenalina corría por sus venas; la anticipación caldeaba su sangre. Por primera vez en su vida, se regocijaba en su propia sexualidad. No la temía ni la avergonzaba.

En aquel momento solo veía dos seres desnudos como la naturaleza, liberados de toda clase de convencionalismos. Dio un paso adelante.

–Eres perfecta –musitó Marcus cuando sus bocas se fundieron al calor de una pasión desesperada.

Tomó sus senos con manos temblorosas y rozó con los pulgares los pezones, antes de levantarla en brazos y tumbarla sobre la chaqueta que había dejado extendida en la arena.

–Cuanto más te veo, más te deseo.

Eloise le enmarcó el rostro con las manos y lo urgió a tumbarse junto a ella.

–No digas nada –musitó.

No quería que nada pudiera estropear el erótico sueño que la consumía y selló sus labios con un beso.

El tiempo adquirió una nueva dimensión, mientras se tocaban,

dejando que el mar acariciara sus piernas, hasta culminar su unión con un glorioso y delirante orgasmo, que los dejó ambos estremecidos y satisfechos.

Marcus fue el primero en recuperarse y, sonriéndole, le dio un beso en la punta de la nariz.

–Ahora, a bañarse.

Aquella fue otra primera vez para Eloise. Nunca se había bañado desnuda y de noche. Mientras regresaban a casa, se preguntaba si volvería a hacerlo otra vez.

El sol entraba a raudales por la ventana cuando se despertó. Marcus estaba de pie frente a la cama, vestido con unos pantalones cortos y una camiseta negra.

–¿Qué hora es? –le preguntó.

–Casi las doce.

–¿Qué? –abrió los ojos como platos.

–He pensado que necesitabas descansar. Ha llamado Katy. Al parecer, ha convencido a Harry para que le permitiera venir a pasar unos días aquí. Llegará esta tarde.

Eloise miró a Marcus con atención. El amante de la noche anterior había desaparecido. La miraba con expresión pensativa y todo su cuerpo reflejaba tensión.

–Será estupendo –contestó educadamente, pero la obvia reserva de Marcus le hacía mantener cierta distancia emocional.

–Quizá, pero me parece una decisión demasiado repentina por parte de Katy. De hecho, me inclino a pensar que quizá hayas tenido algo que ver con ella. ¿De verdad te molesta tanto la idea de quedarte a solas conmigo?

Marcus había vuelto a su habitual frialdad. Pero Eloise habría jurado que en medio de la noche lo había sentido abrazándola, sosteniéndola protectoramente contra ella. Comprendió con infinita tristeza que probablemente solo había sido un sueño. Inexplicablemente, sintió unas inmensas ganas de llorar. Pero apretó los dientes, luchó contra las lágrimas y se cubrió con la sábana hasta la barbilla.

Eloise tomó aire, e inclinó la cabeza.

–Estás bromeando. No se me ocurriría invitar a ningún amigo mío a estar cerca de ti a menos que no tuviera más remedio que hacerlo. Y puesto que esta es tu casa y seguro que Katy te ha pedido permiso, siempre podrías haberle dicho que no.

Marcus dio un paso hacia ella. Eloise acababa de herirle en lo

más profundo. Eloise no tenía familia, pero ni siquiera quería que se acercara a sus amigos, mientras que él había querido llevarla a su casa, le encantaba haber podido presentarle a su familia y estaba deseando que conociera a sus amigos de la isla.

En aquel momento, Marcus, un hombre que nunca había creído en el amor, comprendió que estaba loca y apasionadamente enamorado de Eloise. Se inclinó hacia adelante.

–Eloise –susurró y le acarició delicadamente el pelo.

Eloise retrocedió al instante.

–No –dijo Marcus con brusquedad–. Yo… –pero no podía decirlo.

Había descubierto de pronto el verdadero motivo de su trato. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Le importaba un comino vengarse de ella. Lo que realmente había querido siempre era estar cerca de Eloise, pero había sido demasiado arrogante y estaba demasiado celoso para admitirlo.

–Iré a buscar a Katy –le dijo–. Tú descansa, desayuna y mímate un poco.

Debía sonar como un estúpido incoherente, lo sabía, pero eran tantas las cosas que tenía que arreglar con Eloise que no sabía por dónde comenzar. Necesitaba una estrategia para atraerla, para ganarse su amor. Quizá, Katy pudiera hacerle alguna sugerencia.

–¿Que me mime? –preguntó Eloise. Y al advertir todo el espectro de sentimientos que se reflejaron en el rostro de Marcus, se quedó completamente confundida.

Al advertir su confusión, Marcus se olvidó completamente de toda su estrategia.

–Quiero que estemos juntos, que nos casemos –dijo con fiera determinación. Se sentó en la cama y la abrazó con fuerza.

Eloise sacudió la cabeza, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

–Maldita Katy –musitó Marcus, alzando la cabeza al oír las palas del helicóptero cortando el aire.

Eloise alzó la mirada hacia sus ojos. ¿Estaba soñando o realmente Marcus le había pedido que se casara con él? Marcus parecía frustrado y, algo completamente inaudito en él, inseguro y vulnerable.

–Katy –musitó Eloise de forma completamente irracional.

–Tengo que ir a buscarla, pero piensa en lo que te he dicho –le pidió. Se levantó de un salto y se marchó.

Capítulo 11

No has traído a Benjamin? –preguntó Marcus después de un amistoso recibimiento–. Me sorprende que lo hayas dejado en casa –sonrió mientras acompañaba a Katy al helicóptero–. Ha debido de ser una decisión muy repentina por tu parte la de venir a ver a Eloise.

–Sí, ha sido algo muy repentino. Y solo me voy a quedar una noche. Pero después de leer el periódico, he pensado que no podía darle a Eloise esta noticia por teléfono.

–No me digas que ha bastado un día sin ella para que la empresa quiebre.

–No, pero es algo que le concierne directamente a Eloise –miró a Marcus y le sonrió–. ¿Sabes? Antes de conocerte, habría jurado que Eloise permanecería virgen durante el resto de su vida. Pero desde que está contigo, se ha convertido en una mujer increíblemente confiada. Harry y yo estábamos impresionados el día que accedió a ir al estreno de esa película contigo. Habría jurado que Eloise nunca volvería a aparecer en público después del trauma que sufrió en el juicio. Se suponía que el nombre de la víctima iba a permanecer en secreto, pero ese canalla envió una carta a la prensa desde la prisión para vengarse de ella. El día que fue contigo a ese estreno pensamos que por fin había superado el miedo a los hombres y a que alguien pudiera reconocerla –miró a Marcus agradecida–. Aun así, es difícil romper con las viejas costumbres. Llevamos tanto tiempo intentando protegerla… Quería estar a su lado para cuando lo averiguara.

¿Víctima? ¿Juicio? ¿De verdad Eloise era virgen? La mente de Marcus corría a toda velocidad mientras sentía que se abría un inmenso abismo ante él. Era obvio que Katy pensaba que sabía de qué le estaba hablando.

–¿Averiguar qué? –le preguntó muy tenso, mientras la ayudaba a montar en el helicóptero.

–Supongo que Eloise te habrá hablado de aquel intento de violación y de su herida –Marcus sintió que la sangre abandonaba su rostro mientras escuchaba con creciente horror el relato de Katy–. Fue una época terrible y ella superó con gran valor esa

prueba. Pero lo que seguramente no sabes es que Rick Pritchard, que había sido condenado a siete años de prisión, ha salido después de haber cumplido solamente cuatro.

–Ya entiendo –Marcus se había quedado helado.

–Después de ser condenado, juró que volvería a encontrarse con Eloise. La carta que envió dos semanas más tardes a la prensa lo reafirmaba. Pero ahora te tiene a ti para protegerla, y además tiene la suerte de estar en Grecia. Es muy poco probable que ese canalla pueda encontrarla en Rykos.

Marcus no había sentido tanta furia en toda su vida, dirigida sobre todo contra sí mismo. Dios, ¿qué había hecho? De repente, muchos detalles comenzaban a cobrar sentido. La actitud protectora de Harry y de Katy, el temor de Eloise a la publicidad…

Al oír el helicóptero, a Eloise le dio un vuelco el corazón. Se miró por última vez en el espejo y bajó corriendo las escaleras. La felicidad coloreaba sus mejillas y hacía resplandecer sus ojos esmeralda.

No estaba soñando. Marcus le había pedido que se casara con él. Por primera vez desde su reencuentro con Marcus, su corazón ardía de esperanza.

Se detuvo en la puerta y salió al patio trasero de la casa, donde tenían la pequeña pista de aterrizaje. Observó a Marcus descendiendo del avión y ayudando a Katy a bajar.

–Es fantástico –musitó Katy, mirando a su alrededor–. ¡Esto sí que es una casa, Eloise!

–Me alegro de que te guste –Eloise sonrió a Katy de oreja a oreja–. Y espera a que veas la piscina –alzó la mirada hacia Marcus–. Quizá podamos probarla después de que Katy se haya instalado –sonrió un poco nerviosa, pero no recibió ninguna sonrisa a cambio. Marcus la miraba con expresión distante y sombría.

–Yo no, tengo trabajo del que ocuparme en el estudio. Nikos os enseñará la habitación de Katy, y puesto que solo piensa quedarse un día aquí, supongo que tendréis muchas cosas de las que hablar. Nos veremos durante la cena –y se metió en el interior de la casa sin siquiera mirar atrás.

Poco después, una llamada telefónica le hacía ponerse blanco como el papel. La mano con la que sujetaba el auricular temblaba con la fuerza de sus emociones.

–Envíamelo todo por fax. La transcripción del juicio, los artículos de prensa –dejó caer el teléfono y comenzó a caminar por el estudio como si fuera una animal enjaulado.

No podía creerlo, no quería creerlo, pero sabía que era verdad. El detective al que había contratado le había dicho que Eloise era pura como la nieve y él, con su habitual cinismo, había dado por sentado que era un comentario irónico. Pero leer la transcripción del juicio le puso enfermo. Eloise era virgen cuando había sido atacada, y continuaba siéndolo después de aquel asalto.

Eloise, su Eloise, había sido brutalmente atacada en un parque por un depravado llamado Rick Pritchard. Afortunadamente, una pareja que paseaba a su perro había conseguido ponerle freno.

Enterró la cabeza entre las manos, horrorizado por todo lo que había ocurrido y deseando poder matar a Rick Pritchard con sus propias manos.

–Ahora entiendo por qué Marcus ha querido traerte aquí –comentaba Katy media hora más tarde, sentada frente a Eloise en el balcón de su dormitorio.

–Vamos, Katy, dime de una vez por qué has venido –era totalmente impropio de Katy andarse con tantos rodeos.

Katy miró a su amiga con expresión compasiva.

–Hay cosas que no resulta fácil decir. Rick Pritchard está fuera de la cárcel desde el lunes pasado, Eloise.

–¿Y eso es todo? –Eloise intentó sonreír. Estaba profundamente conmovida por la preocupación de su amiga. Pero si algo había aprendido durante los últimos tres meses, era que no podía seguir escondiéndose de la dura realidad de la vida, ni dependiendo de los demás para que la protegieran–. Lo sé, Katy. Lo leí ayer, cuando me llevaste el periódico. Pero no tiene importancia.

–¿Estás segura? ¿No estás asustada?

–De verdad, Katy. ¿Te parece que estoy asustada? –señaló a su alrededor–. Mira donde estamos y con quién. No creo que ningún hombre se atreva a enfrentarse a Marcus –se permitió una fugaz sonrisa.

–Sí, tienes razón. Harry ha dicho que me estaba preocupando innecesariamente y Marcus se ha quedado helado cuando se lo he contado. Pero bueno, ahora que estamos aquí, por lo menos podemos intentar disfrutar de la piscina.

–¿Se lo has contado a Marcus? –preguntó Eloise horrorizada.

–Sí, mientras veníamos, ¿por qué? ¿he hecho algo malo?

–No, por supuesto que no. Pero hazme un favor, no vuelvas a mencionarlo –la mortificaba la idea de que Marcus conociera su secreto–. Es un hombre muy machista y supongo que se habrá

puesto de muy mal humor al recordar que otro hombre intentó atacarme. Además, preferiría no volver a hablar de lo ocurrido.

Aunque estaba segura de que Marcus querría conocer toda la historia. En aquel momento, comprendió por qué había vuelto tan sombrío después de ir a buscar a Katy.

–Claro, si tú lo dices, tema zanjado. Y ahora, llévame a bañarme.

Pasaron el resto de la tarde en la piscina, pero Marcus no apareció. Aquella situación estaba poniendo a Eloise al borde de un ataque de nervios. Hasta entonces, había conseguido engañar a Katy haciéndole pensar que Marcus era el amor de su vida y que todo iba estupendamente. Si Katy se daba cuenta de que las cosas no eran lo que parecían, comenzaría a hacerle preguntas hasta obligarla a confesar la verdad.

¿Pero cuál era la verdad? se preguntó Eloise mientras se arreglaba en el dormitorio para la cena. El día anterior se estaba diciendo a sí misma que odiaba a Marcus por ordenarle que se fuera con él a Grecia. Pero por la noche, tras el episodio de la playa, se había sentido libre como nunca en su vida. Aquella mañana, cuando Marcus le había ofrecido matrimonio, había creído que la felicidad era posible. Pero cuando Marcus había vuelto con Katy, había tenido la sensación de que las últimas veinticuatro horas no habían existido.

Que el cielo la ayudara. Era una completa novata en las relaciones con los hombres, pero estaba segura de que un hombre tan tradicional como Marcus y con la posición que ocupaba, jamás se casaría con una mujer que había estado a punto de ser violada y se había convertido en la protagonista de una sórdida noticia, concluyó con tristeza.

Cuadró los hombros y abandonó el dormitorio para reunirse a cenar con Katy y con Marcus.

Cenaron en la terraza, disfrutando de la vista del mar. Marcus condujo la conversación con todo el encanto y el ingenio que era capaz de desplegar en aquellas ocasiones. Pero Eloise no se dejó engañar. Advertía la tensión que su cuerpo exudaba.

No habían vuelvo a hablar a solas desde que aquella mañana le había propuesto matrimonio y había esperado a que Katy y ella estuvieran sentadas a la mesa para presentarse a la cena. Era evidente que la estaba evitando. Y también que se había arrepentido de su propuesta de matrimonio. Pero en el fondo, Eloise nunca había creído que estuviera hablando en serio. Ella no creía en los milagros.

De sus labios escapó un suspiro de alivio cuando Katy anunció que estaba cansada y se marchaba a la cama.

–Sí, yo también estoy cansada –se mostró de acuerdo Eloise, levantándose de su asiento–. Creo que me voy a la cama –le dijo a Marcus–, si no te importa.

–Yo me tomaré antes una copa. Te veré más tarde.

Mientras seguía a Katy al interior de la casa, Eloise advirtió el tono sarcástico de su voz y se volvió hacia él. Para su asombro, descubrió una expresión de tan amarga devastación en su oscuro rostro que se detuvo. Necesitaba preguntarle qué le ocurría. Pero pronto se impuso el sentido común. Marcus no había necesitado a nadie en su vida, así que continuó caminando hacia su habitación.

Después de desnudarse y ducharse, se sentó en la cama con el cepillo en la mano y comenzó a cepillarse el pelo. Marcus la confundía y atormentaba de tal manera que no era capaz de pensar correctamente. Lo había intentado. Había intentado mantener el control, defender su pobre corazón contra la sobrecogedora atracción que sentía hacia él, pero estaba comenzando a creer que era una tarea imposible. El labio le tembló y una lágrima solitaria comenzó a rodar por su mejilla. Se la secó rápidamente. Se negaba a caer en la autocompasión.

Estaba tan absorta en sus propios pensamientos que no se dio cuenta de que Marcus había entrado en la habitación. Pero al cabo de un tiempo, alzó la mirada y lo descubrió a solo unos metros de distancia, quieto como una estatua de mármol.

–El baño está libre –le dijo estúpidamente.

–Y también tu atacante –siseó Marcus entre dientes–. ¿Por qué no me habías contado que te habían intentado violar?

–Creía que no te interesaba. En cualquier caso, Katy ya te lo ha contado.

–Katy pensaba que lo sabía. Después de unas cuantas llamadas, me han enviado la transcripción del juicio y de todo lo que salió en prensa. Acabo de terminar de leerlo.

Eloise palideció y el cepillo que tenía en la mano cayó al suelo.

–Ha pasado mucho tiempo desde entonces –intentaba parecer natural, pero el dolor todavía se reflejaba en su voz.

–¿Por qué no me lo contaste? –le preguntó salvajemente. Se acercó a ella y la agarró del brazo–. ¿Por qué me mentiste? Te pregunté por esa cicatriz y me dijiste que había sido un accidente.

Eloise se levantó lentamente y le dijo la verdad.

–Me daba vergüenza; al menos la primera vez.

–¿Pero por qué ibas a querer esconderme una cosa así? –la

furia de Marcus era tan violenta que Eloise retrocedió asustada–. Tenías miedo de mí –siseó, con indignada incredulidad.

Eloise se estremeció.

–No, solo quería olvidarlo.

–¿Olvidarlo? ¿Y cómo se supone que puedo olvidarlo yo? ¿Tienes la menor idea de cómo me siento? ¿Cómo voy a olvidar que te forcé a acostarte conmigo?

Eloise retrocedió como si acabaran de abofetearla, pero el orgullo la ayudó a enfrentarse a él. Le dirigió una mirada fría como el hielo. Recordaba a otro hombre acusándole en otro lugar. Era como si ella fuera la culpable de tener un cuerpo deseable. Se sentía como si el pasado volviera a atraparla otra vez.

–¡No me toques! ¡Suéltame! –estalló. El enfado la ayudaba a mitigar el dolor que Marcus le había infligido con sus duras palabras–. Si, como acabas de decir, has leído lo que ocurrió en el juicio, sabes que técnicamente fue un intento de violación. Tú no entras dentro de esa categoría –le dirigió una mirada de puro desprecio–. Al menos todavía.

Marcus la soltó tan bruscamente que Eloise estuvo a punto de caer de espaldas en la cama. Marcus se pasó nervioso la mano por el pelo. Diablos, ¿qué estaba haciendo? Nada de lo que había pasado era culpa de Eloise. Ella era la víctima, por el amor de Dios.

–No debería haberte dicho eso –admitió–. Me he dejado llevar por el enfado. Lo siento.

–Olvídalo –musitó Eloise, sacudiendo la cabeza y se sentó en la cama. Las piernas ya no la sostenían–. Yo ya lo he hecho –después del juicio, se había prometido a sí misma que no volvería a justificarse delante de ningún hombre y no iba a empezar a hacerlo delante de Marcus.

Se hizo un largo silencio. Marcus tomó aire y se enderezó.

–No puedo olvidar lo que te hizo ese hombre, Eloise. No estoy enfadado contigo, sino con ese tipo y conmigo mismo. No he podido caer más bajo. Me negué a creerte porque todas las pruebas me decían que eras una mentirosa. No puedo decir que me arrepienta de haberme acostado conmigo, pero… reconozco que no soy mucho mejor que el hombre que te atacó. Pero no tienes que tener miedo de mí. No volveré a tocarte otra vez.

Eloise se quedó blanca como el papel. Se hizo un tenso silencio mientras digería lo que Marcus acababa de decirle.

–De acuerdo –dijo por fin. Siempre había sospechado que, en cuanto descubriera su pasado, Marcus perdería todo el interés en

ella–. Mañana me iré con Katy –no iba a llorar, se prometió, no iba a suplicar–. En cuanto al dinero que te debo…

–No me debes nada, Eloise. Lo he sabido desde que Harry me contó que habías invertido tu herencia en levantar el negocio y que ahora los tres sois socios a partes iguales.

Eloise comprendía, en algún lugar remoto de su mente, que Marcus le estaba diciendo algo vital, pero no era capaz de pensar correctamente. Sentía náuseas y solo un supremo esfuerzo de voluntad le permitía sostener las defensas mentales que le impedían llorar.

–De acuerdo.

Lo estaba haciendo otra vez. Marcus entrecerró los ojos mirando su pálido rostro. Su brillante cerebro comprendió al instante lo que estaba haciendo Eloise. Era increíble que su propia insensibilidad le hubiera impedido descubrir antes aquella táctica.

–¡No, maldita sea, no puedes estar de acuerdo! No vuelvas a hacer eso otra vez. Ahora comprendo por qué ayer estabas como estabas. Esa es tu forma de protegerte. Ayer ya sabías que habían soltado a ese violador, ¿verdad?

–Leí el periódico antes de salir de Londres, sí –admitió.

Dejó caer la cabeza. Ya no le importaba lo que Marcus pudiera pensar o sentir. Lo único que deseaba era que se fuera antes de que se derrumbara completamente.

Un gemido agónico le hizo alzar la cabeza. Marcus permanecía de pie, con los hombros hundidos y el rostro entre las manos. Bajó los brazos y clavó en ella la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el horror dibujado en cada una de sus facciones.

–¡Que el cielo me ayude! Ayer estabas en estado de shock y te ordené que te metieras conmigo en la ducha.

Eloise no había visto tanto dolor y tanta angustia en toda su vida. Alargó la mano para buscar la de Marcus.

–Disfruté del rato que pasamos en la ducha –le dijo suavemente.

Marcus continuaba mirándola como si no la hubiera oído. Al cabo de unos minutos, la agarró con fuerza de la mano.

–Dios mío, Eloise –gimió, abrazándola con fuerza–. Me gustaría que fuera cierto.

–Lo es –murmuró Eloise, inclinando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Marcus la miró en solemne silencio; sus ojos sondeaban los de Eloise con ardiente intensidad. Y de pronto, como si no pudiera evitarlo, volvió a gemir y bajó la cabeza.

–Te quiero tanto. No puedo soportar la idea de que alguien te haga daño y sé que yo debo haberte hecho sufrir. ¡Dios! Te he obligado a estar conmigo. No soy mejor que ese canalla que te apuñaló.

La abrazaba con tanta fuerza que Eloise se sentía como si le faltara aire en los pulmones. No podía creer lo que acababa de oír. Marcus la amaba. Alzó la mano vacilante hacia su cabeza. Odiaba ver a su orgulloso amante tan angustiado. Pero ella sabía lo que tenía que hacer.

–Marcus, nunca me has hecho daño, y mucho menos físicamente. Siempre te he deseado, incluso cuando discutíamos, y quiero que me creas.

–Eres demasiado buena –gimió Marcus, buscando sus labios–. Necesitas que alguien te cuide –rozó su boca con el más delicado de los besos–. Deja que sea yo y te juro que nadie volverá a hacerte nunca daño.

–Pero tú… ¿me amas? –tenía que preguntárselo, necesitaba estar segura.

–Eloise, te amo, y jamás en mi vida me he sentido más indigno. Lo único que puedo hacer ahora es rezar para que me perdones y me permitas hacerte feliz.

Eloise abrió sus enormes ojos verdes de par en par. Le resultaba casi imposible creerlo, pero la verdad estaba allí, en la profundidad de sus ojos oscuros. Y también en la fuerza con la que la abrazaba. Y sabía que estaba también allí, en su corazón.

–No hay nada que perdonar. Bastará con que me beses y vuelvas a decirme que me amas.

–Te amo, Eloise –gimió Marcus, la levantó en brazos y la dejó sobre la cama, cubriéndola de besos.

Hicieron el amor con una profunda pasión que le llegó a Eloise hasta el alma. Marcus besó la cicatriz, besó su cuerpo entero y se amaron hasta que terminaron acurrucados en la cama, el uno en brazos del otro, con los corazones latiendo al unísono.

–Por favor, cásate conmigo –le pidió Marcus, y Eloise se movió sinuosamente contra él.

–¿Quieres que hagamos otro trato? –bromeó ella.

–No. Y nunca deberíamos haber hecho el trato anterior –reconoció Marcus con escrupulosa honestidad–. Tenemos que hablar, Eloise.

Se colocó de lado, apoyó la cabeza sobre el codo y la miró.

–Cuando Theo murió y descubrí lo que Chloe había hecho, contraté un detective para encontrarla. Cuando me dijeron que

había muerto y que no tenía una hermana, me quedé intrigado. El dinero significaba poco para mí; la verdad era que lo que más me interesaba era encontrarte. Me habías robado el sueño durante años y tenía curiosidad por saber en qué te habías convertido. El detective te localizó, me informó de tu verdadero nombre y me contó que eras propietaria de una joyería de diseño. Yo estaba amargamente desilusionado; cuando el detective me dijo que eras tan pura como la nieve, ya no quise seguir escuchándole. Creía que pretendía ser sarcástico.

–Pero yo te dije la verdad, Marcus. Mi madre utilizó mi proyecto de carrera y también falsificó mi firma. Eso no tenía nada que ver conmigo –protestó.

–Ahora lo sé –Marcus trazó con el dedo el perfil de sus labios–, Déjame terminar. Cuando te encontré en aquel club, me quedé completamente impactado. Eras más hermosa de lo que recordaba, pero estabas con un hombre mayor…

–Pero ya sabes que entre Ted y yo…

–Chss. Por primera vez en mi vida sentí celos. Y pensé en lo que tú y tu madre le habíais hecho a mi familia. Me puse furioso.

–Ya te expliqué…

Marcus la silenció con un beso.

–Por favor, Eloise, quiero que todo quede claro entre nosotros. No quiero nada de secretos. Cuando te invité a cenar, pensaba acusarte de ser una mentirosa y exigirte que devolvieras el dinero de Theo, pero durante la cena, te mostraste tan dulce, tan divertida, que pensé, ¿por qué molestarse? No necesitaba el dinero… Y después hicimos el amor.

Eloise le sonrió con expresión soñadora.

–Aquella noche fue perfecta. Para mí fue un milagro. Pensaba que jamás podría tolerar que un hombre me tocara, pero contigo era diferente. Creo que era porque te había conocido antes del ataque. Fue como si no hubiera existido nunca ese trauma y tuviera diecinueve años otra vez.

–Dios mío, Eloise, estabas tan nerviosa que comprendí que era la primera vez. Pretendía cuidarte, olvidar todo lo que le había pasado a mi tío… Pero después de esa llamada de teléfono, me dijiste que la noche anterior habías obtenido financiación para tu empresa gracias a Ted, e insinuaste que te habías acostado con él. Me dijiste que habías llegado a casa a las tres, pero estabas tan emocionada que no te habías dormido hasta las cinco… y que habías firmado el contrato por la mañana y lo habíais celebrado con una comida –el semblante se le oscurecía al recordar tanto

dolor–. Estaba destrozado, pensando que podía haberme confundido, y que en realidad habías pasado la noche con Ted para que invirtiera en KHE, igual que había hecho tu madre.

–Entonces… –lo miraba con los ojos abiertos como platos–. Me preguntaba por qué te mostrabas tan distante cuando me llevaste a casa. ¡Pero estabas completamente confundido! Ted me dejó en la puerta de mi casa y después estuve hablando con Katy y con Harry hasta muy tarde. Al día siguiente, Ted vino a reunirse con Harry y nos invitó a todos a comer. Pero claro, si pensabas…

–Sí, eso es exactamente lo que pensaba. Tenía el ego absolutamente destrozado. Necesitaba alejarme de ti para pensar. Por eso alargué mi estancia en los Estados Unidos y llevé deliberadamente a Nadine a ese baile benéfico, esperando que vieras la fotografía.

–Y la vi –admitió Eloise–. Me sentí terriblemente herida, pero, extrañamente, seguía estándote agradecida porque, aunque no volviera a verte nunca, me habías curado un trauma emocional en lo que a los hombres se refería. Por lo menos eso era lo que me decía a mí misma.

Marcus arqueó una ceja con expresión irónica.

–Supongo que tengo que tomarme eso como un cumplido, pero no estoy seguro de que quiera convertirme en un consejero sexual.

–Y será mejor que no lo hagas. A partir de ahora, yo soy la única mujer a la que vas a aconsejar sobre cuestiones sexuales.

–Tú eres la única mujer a la que deseo –deslizó la mano por su cuello hasta alcanzar sus senos henchidos con una tierna caricia.

–¿Y Nadine? –preguntó la joven vacilante–. ¿Qué ocurrió con ella?

–Soy bastante mayor que tú, y ha habido otras mujeres en mi vida, pero solo han sido relaciones informales. Nadine fue una de ellas. Hacía meses que no la veía y me la encontré al llegar a Londres, pero nunca ha habido nada serio entre nosotros. Además, tú eres la única mujer con la que me he acostado desde el momento en el que volví a verte. Créeme.

–Te creo –pero todavía no comprendía por qué había tardado tres meses en volver a ponerse en contacto con ella y se lo preguntó.

–No me atrevía. Dios, te habías convertido en una obsesión, me estabas volviendo loco. Después de hacer el amor contigo, comprendí que ya no habría ninguna otra mujer para mí. Cuando me fui a Estados Unidos –se interrumpió un instante–… estaba enfadado y decidido a vengarme de ti. Consulté a mi abogado y él

era de la opinión de que me costaría más iniciar un juicio que el dinero que Theo había perdido. Pero me decía a mí mismo que no quería volver a verte nunca. Y lo intenté, realmente lo intenté. Me concentré en el trabajo. Estaba completamente decidido a olvidarte. Después Ted Charlton se puso en contacto conmigo y prácticamente me suplicó que asumiera su compromiso en KHE. Después de haber pasado dos meses echándote de menos, me pregunté, ¿por qué no? Era una razón legítima para verte. Entonces me contó que se había acostado contigo, fue como la confirmación de lo que ya sabía y me convencí a mí mismo de que, si te habías acostado con él por dinero, también podrías acostarte conmigo.

–Nunca me acosté con él.

–Ahora lo sé, pero los celos son un sentimiento muy poderoso. Y, para serte sincero, creo que en el fondo me asustabas. Prefería verte como a una especie de ladrona porque de esa forma podía negar mis verdaderos sentimientos hacia ti. El caso es que estaba decidido a tenerte y Ted me dio una herramienta para hacerlo. Y, para mi vergüenza, la utilicé.

–Pero entonces, ¿cuándo fuiste por fin consciente de que estabas enamorado de mí? –intentó sentarse, pero Marcus le hizo tumbarse nuevamente colocándose sobre ella, apoyando los codos a ambos lados de sus hombros y enmarcándole la cabeza con las manos.

Un largo beso después, Marcus fijó la mirada en sus ojos.

–Siempre he estado enamorado de ti. Me había propuesto casarme contigo cuando tenías diecinueve años, pero desapareciste. Así que me negué a mí mismo ese amor. Lo consideraba como un signo de debilidad y decidí negarlo… Hasta esta mañana. Te he mirado y he sabido que me estaba engañando. He perdido el control y, probablemente, mi propuesta de matrimonio haya sido la menos romántica del mundo, pero estaba aterrado ante la posibilidad de que tu respuesta fuera no.

–Pues a mí me ha gustado.

–Perdóname, Eloise, y cásate conmigo. Te cuidaré, te protegeré y sé que puedo hacer que me ames, aunque muera en el intento.

–No vas a tener que intentarlo, Marcus. Te amo y la respuesta es sí.

Epílogo

Katy se dejó caer en el sofá de bambú, al lado de Harry.

–Por fin han comenzado las vacaciones. Prepárame una copa.

Eloise sonrió y Marcus se levantó y se acercó hasta el carrito de las bebidas.

–¿Qué quieres, Katy, vino o algo más fuerte?

–Un gin-tonic, lo necesito.

Con un suspiro de satisfacción, Eloise miró a su marido preparar la bebida. Se habían casado con una sencilla ceremonia en la isla, con los amigos más cercanos y la familia. Eloise jamás se había sentido más feliz.

Siguió con una mirada resplandeciente los movimientos de Marcus; aquella noche llevaba unos pantalones cortos y una camisa de algodón y, sin duda alguna, era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Y la amaba.

Consciente de su escrutinio, Marcus le tendió el vaso a Katy, se sentó al lado de Eloise y le pasó el brazo por los hombros.

–¿Estás bien, mi amor? –le preguntó con voz ronca y buscó sus labios.

–Nunca he estado mejor –susurró Eloise.

Lo besó y, por un instante, deseó no haber invitado a Katy y a Harry a que pasaran con ellos una semana de vacaciones.

–Eh, vosotros –bromeó Harry–. Hemos venido aquí a pasar una semana de vacaciones, no a ver una película X.

Marcus se echó a reír.

–Bueno, creo que todos somos adultos –miró alrededor de la terraza con expresión burlona–. Parece que Benjamin por fin se ha acostado.

–Sí, gracias a Dios –Katy suspiró y dio un largo sorbo a su bebida.

–Supongo que todavía no os habéis enterado –dijo Harry, cambiando de tema–. Salió en los periódicos la semana pasada: Rick Pritchard tuvo una pelea la semana pasada en un pub de Dover. Lo encontraron gravemente herido en un callejón. Ahora está en cuidados intensivos. Al parecer, no tendréis que volver a preocuparos por él nunca más.

–Nunca me he preocupado por él. Esa clase de tipos normalmente terminan encontrando lo que se merecen –repuso Marcus.

Al observar a Marcus, Eloise tuvo la sensación de que no le sorprendía en absoluto la noticia. Tiempo después, mientras estaban solos en el dormitorio, se inclinó contra él y jugueteó con la cintura de sus calzoncillos.

–¿Tú sabías algo sobre lo de Pritchard? –le preguntó con voz ronca, mientras Marcus deslizaba las manos por debajo del camisón, urgiéndola a estrecharse contra él.

–Me moriría si te perdiera –gimió Marcus mientras Eloise lo acariciaba íntimamente.

–Esa no es una respuesta –musitó Eloise, descubriendo un brillo triunfal en los indomables ojos de su esposo.

–Es la única que necesitas –gruñó Marcus. Le quitó el camisón y la llevó hasta la cama.

Mucho tiempo después, Eloise suspiraba feliz, segura y satisfecha entre sus brazos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

